



**Richard Matheson** nació en 1929 en los EE. UU. *Soy leyenda* (1954) muestra ya lo que serán los temas y climas más importantes en su obra: lo sobrenatural como parte de la vida común o el accidente insólito de consecuencias imprevisibles. Pero es quizá en los cuentos y relatos cortos donde el arte y la inventiva de Matheson alcanzan un nivel más alto. *El tercero a partir del sol* reúne algunos de esos famosos relatos, verdaderos clásicos de la ciencia-ficción moderna: el horroroso monólogo de un monstruo doméstico; un anuncio personal en el que una muchacha de Venus “busca hombre de la Tierra”; un mundo futuro en el que la palabra “comida” es insoportablemente obscena; una serie de desapariciones —teléfonos, relojes, casas enteras y amigos— que culminan con la extinción del lenguaje; un último viaje por el espacio al tercer planeta a partir del sol; un viajero del tiempo que asiste al acontecimiento más asombroso de la historia: un hombre da la vida por las cosas en que cree.

**Lectulandia**

Richard Matheson

# **El tercero a partir del Sol**

ePub r1.1

GONZALEZ 14.07.14

Título original: *Third from the Sun*  
Richard Matheson, 1954  
Traducción: Edith Zilli & Norma B. de López

Editor digital: GONZALEZ  
Corrección de erratas: Tetrammeron  
ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# NACIDO DE HOMBRE Y MUJER

---

(*Born of Man and Woman*, 1950)

Hoy, cuando había luz, mamá me trató de infeliz. Eres una infeliz, me dijo.

Le vi en los ojos que estaba enojada. ¿Qué querrá decir infeliz?

Hoy empezó a caer agua desde arriba. Caía por todas partes. Por la ventana pude ver la tierra en la parte trasera. Sorbía el agua como una boca sedienta.

Bebió demasiada y se enfermó, se puso líquida y parda. A mí no me gustó.

Mamá es bonita, lo sé. Donde duermo, en el rincón de paredes frías, tengo unas cosas de papel que estaban detrás de la caldera. Dice ESTRELLAS DE LA PANTALLA. En esas fotografías se ven caras como las de papá y mamá. Papá dice que son bonitas. Una vez lo dijo.

Y mamá también, él lo dijo. Mamá tan bonita y yo bastante pasable. En cambio, mírate bien, me dijo, y no puso cara linda. Le toqué el brazo y le dije: está bien, padre. Él lo apartó de un tirón, para que yo no pudiera tocarlo.

Hoy mamá me quitó un poco la cadena para que pudiera mirar por la ventana. Entonces vi el agua que caía desde arriba.

\* \* \*

Hoy todo está dorado por arriba. Lo sé porque me ardieron los ojos cuando miré. Después de mirar hacia arriba, el sótano quedaba todo rojo.

Esto debe ser lo que llaman iglesia. Se van de allá arriba. La máquina grande los traga y los hace rodar y se los lleva. Atrás va la madrecita. Es mucho más pequeña que yo. Lo sé. Puedo ver todo desde la ventana, todo lo que quiera.

Hoy, mientras estaba oscuro, tuve que comer mi comida y algunas chinchas. Oí algunas risas allá arriba. Me gusta averiguar de qué se ríen. Así que saqué la cadena de la pared y me la envolví al cuerpo. Caminé hasta la escalera y todo crujía. Cuando camino con eso, hace ruido. Las piernas se me resbalan, porque no sé caminar por las escaleras. Los pies se me quedan pegados a la madera.

Subí y abrí una puerta. Era un lugar todo blanco. Blanco, tan blanco como las piedras que a veces caen desde arriba. Entré y me quedé muy quieta. Escuché más risas. Me acerqué al ruido y miré a la gente. Era mucha la gente, más de lo que yo creía. Pensé que podría reír con ellos.

Mamá vino y empujó la puerta hacia adentro. Me golpeó y me dolió mucho. Caí de espaldas en el suelo y la cadena hizo ruido. Yo lloré. Ella dijo *chist* y se llevó un

dedo a los labios. Los ojos se le abrieron muy grandes.

Se quedó mirándome. Oí que papá la llamaba. ¿Qué se cayó?, preguntaba. Ella le dijo que la tabla de planchar. Ven a ayudarme a levantarla. Él vino diciendo vamos, acaso eso es tan pesado que necesitas... Al verme, se puso más grande. Se le veía en los ojos que estaba enojado. Me pegó. De un brazo solté algunas gotas sobre el suelo. No era nada bueno. Formaba una mancha verde, muy fea.

Papá me dijo que fuera al sótano. Tuve que ir. La luz me hacía mal en los ojos. En el sótano no es así.

Papá me ató los brazos y las piernas. Me puso en la cama. Escuché las risas de allá arriba mientras miraba una araña negra que se balanceaba sobre mí. Pensaba en lo que había dicho papá: *¡Oh, Dios!, y tiene sólo ocho años.*

\* \* \*

Hoy papá volvió a fijar la cadena antes de que hubiera luz. Tengo que sacarla otra vez. Dijo que hice mal en subir. Dijo que nunca más lo hiciera porque me pegaría fuerte. Y eso duele.

Me duele. Dormí todo el día. Con la cabeza apoyada en la pared fría. Estuve pensando en allá arriba.

\* \* \*

Pude sacar la cadena de la pared. Mamá estaba arriba. Escuché unas risitas muy fuertes. Miré por la ventana. Vi a toda esa gente chiquita como la madrecita, y al padrecito también. Son agradables, todos.

Hacían ruidos bonitos y saltaban por el suelo. Movían mucho las piernas. Son como mamá y papá. Mamá dice que la gente que está bien es así como ellos.

Uno de los padrecitos me vio y señaló la ventana. Yo me retiré y me deslicé por la pared en la obscuridad. Me doblé toda, para que no pudieran verme. Los oía hablar cerca de la ventana y correr. Arriba se golpeó una puerta. Oí la voz de la madrecita que llamaba. Y oí unos pasos pesados. Me escondí en la cama. Puse la cadena en la pared y me tendí de espaldas.

Oí que mamá bajaba. Has estado en la ventana, me dijo. Oí su enojo. Debes quedarte lejos de esa ventana; otra vez has arrancado la cadena.

Tomó el palo y me pegó. No lloré, no puedo hacerlo. Pero el líquido corrió por toda la cama. Ella lo vio, se dio vuelta e hizo un ruido. ¡Oh Dios mío, Dios mío!, dijo, por qué me haces esto a mí. Oí que el palo rebotaba en el suelo de piedra. Ella corrió hasta arriba. Dormí todo el día.

\* \* \*

Este día hubo otra vez agua. Cuando mamá estaba arriba oí de nuevo que la chiquita bajaba los escalones. Me escondí en la carbonera, porque mamá se enoja si la madrecita me ve.

Ella tenía una cosita viva. Caminaba sobre los brazos y tenía orejas puntiagudas. La madrecita le decía cosas.

Todo fue bien hasta que la cosa viva me olió. Subió corriendo por el carbón y me miró. Se le pusieron los pelos de punta. Hizo un ruido de malo con la garganta. Yo siseé y eso me saltó encima.

No quería hacerle daño, pero me asusté, porque me mordió más fuerte que la rata. Me dolió, y la madrecita empezó a gritar. Yo apreté fuerte fuerte a esa cosita viva. Hizo unos ruidos que yo nunca había oído antes. Lo apreté todo en una pelotita. Quedó hinchado y rojo sobre el carbón negro.

Cuando mamá me llamó, me escondí. Tenía miedo del palo. Ella se fue. Subí con la cosita por el carbón. Lo escondí bajo mi almohada y me apoyé en ella. Volví a poner la cadena en la pared.

\* \* \*

Éste es otro tiempo. Papá me ajustó bien las cadenas. Me duele porque me pegó. Esta vez le quité de un golpe el palo que tenía en la mano; hizo un ruido y se fue con la cara toda blanca. Salió corriendo de donde duermo y cerró la puerta con llave.

No estoy tan contenta. Todo el día mucho frío aquí. Cuesta sacar la cadena de la pared. Y estoy muy enojada con papá y mamá. Ya les voy a mostrar. Voy a hacer lo mismo que hice la otra vez.

Voy a chillar y a reír fuerte. Voy a correr por las paredes. Después colgaré cabeza abajo con todas mis piernas y me reiré y gotearé todo verde por todas partes. Hasta que se arrepientan de no tratarme bien.

Y si tratan de pegarme otra vez, los atacaré. Eso es lo que voy a hacer.

# CUANDO ESTÁS CERCA, AMOR MÍO

---

(*Lover, When You're Near Me*, 1952)

La nave plateada desgarró el velo de las nubes, precipitándose hacia atrás, y se deslizó como por un tobogán a través de la atmósfera de Estación Cuatro. Los eyectores escupieron las rojas llamaradas de la desaceleración al compensar, con rugidos huracanados, la fuerza de la gravedad.

El aire se tornó más denso; la mácula rutilante del cohete corrió suavemente por él, posándose con la calma de un misil dotado de paracaídas. El sol moteaba de luz sus costados metálicos. En tanto, las aguas azules del océano formaron una amplia onda para devorarlo. La nave se sumergió en amplio arco y retrocedió hacia la superficie guarnecida en rojo y verde.

En la estrecha cabina, tres hombres sujetos con correas aguardaban el impacto del descenso con los ojos cerrados; los nudillos se destacaban muy blancos en sus tensos puños. Todos sus músculos se contraían instintivamente para resistir la fuerza que los atraía.

El suelo se elevó hacia la nave, bloqueándole el paso, y ésta se apoyó con un violento espasmo sobre el anclaje posterior. Un instante después había alcanzado ya la inmovilidad total, el silencio absoluto. Y sin embargo, acababa de recorrer billones de kilómetros a través del vacío nocturno.

A unos trescientos metros de allí se alzaban el depósito, la aldea y la vivienda.

El diagnóstico oficial era claro: *peligrosa*. Eso, que supuestamente debía permanecer en secreto, era bien sabido por David Lindell, así como por los otros empleados de Wentner. La llamaban «Estación Cuatro, la Inservible», o «Psico-sala de las Tres Lunas». No eran sino habladurías, y era necesario tomarlas con pinzas. Lindell lo sabía también.

Pero todo eso tenía algún sentido: las burlas, la mala fama, el silencio que guardaban los superiores. En otras estaciones, uno quedaba confinado por un período de años. Allí, en la cuatro, era sólo por seis meses. Todo eso parecía concordar. “Todo cuenta”, solían decir en la sala de Instrucciones, allá en la Tierra. La compañía Wentner de Comercio Interestelar no se esforzaba sino por un beneficio. Y Lindell así lo creía.

—Pero, como digo siempre —afirmó—, ¿de qué sirve preocuparse?

Eso fue mientras cruzaba penosamente la dilatada planicie con Martin, el copiloto de la nave, en dirección al lejano puesto, cargados ambos con el equipaje.

—Tienes toda la razón —contestó Martin—. No te preocupes.

—Es lo que yo digo.

Un rato después pasaron junto al silencioso depósito, de proporciones pantagruélicas. A través de las puertas corredizas, parcialmente abiertas, Lindell divisó el suelo de hormigón y los rayos de sol que se filtraban por la claraboya; estaba desierto. Según dijo Martin, la nave carguera lo había dejado vacío algunas semanas antes. Lindell cambió de mano su equipaje con un gruñido.

—¿Dónde están los obreros? —preguntó.

Martin hizo un ademán con el casco señalando la aldea de los trabajadores, distante unos trescientos metros.

—Estarán en la cama —aventuró—. Duermen a pierna suelta una vez que han terminado el trabajo. Ya los verás mañana, cuando empiecen a llegar los embarques.

—Y las familias, ¿están aquí?

—No.

—¿No es norma de la compañía que...?

—No, aquí no. Los gnees no hacen mucha vida de familia. Son pocos y bastante retardados.

—Qué bien, magnífico —exclamó Lindell. Y agregó, encogiéndose de hombros—: No habrá por qué preocuparse, supongo.

Mientras subían las escaleras hacia el vestíbulo de la casa, preguntó a su compañero dónde estaba Corrigan.

—Regresó en la nave carguera —respondió Martin—. Es bastante habitual. Después de todo, aquí no hay nada que hacer una vez que ha sido cargada toda la mercadería.

—¡Oh!, y esta puerta ¿qué es? —inquirió Lindell.

Al abrirla de un puntapié, comprobó que se trataba de un cuarto combinado, mezcla de sala y biblioteca.

—Tantas comodidades como en...

—Más —aclaró Martin, mirando a su compañero—. Aquí tienes un proyector de cine y una grabadora.

—¡Magnífico! —comentó Lindell—. Podré hablar oficialmente conmigo mismo... —haciendo una mueca, agregó—: Dejemos estas maletas por algún lado. Tengo los brazos dormidos.

Recorrieron el pasillo, arrastrando los pies; Lindell echó al pasar un vistazo a la cocina. Estaba limpia y tenía las paredes cubiertas de azulejos.

—¿Qué tal cocina esa mujer gnee?

—Por lo que he oído —respondió Martin—, vas a comer como los reyes.

—Es una buena noticia. Escucha, hablando de todo un poco, ¿se te ocurre por qué llaman a esto la Psico-sala de las Tres Lunas?

—¿Quién le puso ese nombre?

—Los muchachos, allá en la Tierra.

—Están todos chiflados. Esto te va a gustar.

—Sí, pero... ¿por qué sólo son seis meses?

—Éste es tu dormitorio.

Cuando entraron, ella estaba arreglando la cama, de espaldas a la puerta. Se volvió en cuanto dejaron las maletas. Lindell sintió que las manos se le contraían, pero dominó inmediatamente su impresión. “Bueno”, pensó, “he visto cosas peores”.

La mujer tenía una pesada túnica sujeta al cuello, que pendía hasta el suelo formando un cono trunco. Sólo la cabeza quedaba al descubierto. Era una cabeza pequeña, de textura rústica y rosada; estaba desprovista de cabellos. Parecía el vientre pecoso de una perra a punto de dar a luz. Un par de cavidades, situadas a ambos lados del rostro plano y carente de mentón, reemplazaban a las orejas. La nariz era apenas un botón con una sola ventana. El pequeño anillo de la boca estaba circundado por labios gruesos, similares a los de un mono. Lindell contuvo el impulso de saludarla con un “Hola, preciosa”.

Ella se acercó silenciosa. La mirada de aquellos ojos lo hizo parpadear. Sintió que una mano húmeda y esponjosa se apoyaba en la de él.

—¡Hola! —saludó.

—No oye —explicó Martin—. Es telepática.

—Es cierto, lo había olvidado.

*¡Hola!*, pensó, y enseguida llegó la respuesta correspondiente: *¡Hola!, es un placer conocerlo.*

—Gracias —dijo.

Parecía una buena muchacha, estafalaria y feúcha. Una pregunta le rozó la mente como una mano tímida.

—Sí, claro —contestó.

Y agregó de inmediato con el pensamiento: *Sí.*

—¿Qué pasa? —preguntó Martin.

—Me preguntó si puede desempacar, me parece.

Lindell se dejó caer en la cama y exploró el colchón, exclamando:

—Ah, ¡esto sí que es bueno!

Mientras la mujer desempacaba, los dos volvieron al vestíbulo. Lindell preguntó:

—Dime, ¿cómo se sabe que es hembra?

—Por la túnica. Los hombres no llevan túnica.

—¿Es la única diferencia?

Martin hizo una mueca.

—Hay otros detalles, que no te incumben en absoluto.

Ya en la sala, Lindell se sentó en el sillón, para comprobar si era cómodo. Se reclinó muy hacia atrás, satisfecho, y deslizó los dedos por los brazos.

—Peligrosa o no, esta estación les gana a todas en comodidad.

Permaneció así sentado, recordando los ojos de la mujer. Eran enormes; le abarcaban casi un tercio de la cara, como si fueran dos grandes platos de vidrio con una mancha oscura en vez de pupila. Y eran húmedos como dos escudillas llenas de líquido. Encogiéndose de hombros, trató de apartar de ella sus pensamientos.

Qué problema hay, se dijo. Esto no es nada.

Martin le estaba diciendo algo. Preguntó:

—¿Cómo? ¿Qué decías?

—Decía que tengas cuidado —le advirtió Martin, entregándole una flamante pistola de gas que tenía en las manos—. Está cargada.

—¿Y para qué la quiero?

—Para nada —respondió Martín, guardándola en el cajón del escritorio—. Es parte del equipo corriente. Y ya sabes dónde están los libros. La oficina del depósito tiene la misma distribución que las de las otras estaciones.

Lindell asintió.

—Bueno, ya tengo que irme —concluyó Martin, echando una ojeada a su reloj. Mientras ambos se dirigían a la puerta, agregó—: ¿Me queda algo por decirte? Naturalmente, ya conoces el reglamento: no causar daño a los nativos, ¿no es cierto?

—¿Y quién tiene interés en hacer daño a...? ¡Epa!

Al salir de la habitación estuvieron a punto de chocar con ella. La mujer reaccionó con un elástico salto hacia atrás y los miró con ojos abiertos y atemorizados.

—Tranquila —dijo Lindell, apaciguándola—. ¿Qué pasa?

¿Comer? La idea brotó ante él, como un mendigo en la puerta trasera de su conciencia. Frunció los labios y asintió, pensando: *Me adivinaste el pensamiento.*

La miró con fijeza y trató de concentrarse: *Voy a acompañar al copiloto hasta la nave y volveré enseguida. Prepara algo bueno.*

Ella asintió con vehemencia y entró corriendo a la cocina. Mientras se dirigían hacia la escalera, Martin le preguntó:

—¿Adonde va con ese andar de murciélago?

Lindell se lo dijo.

—Eso es lo que se llama un servicio de primera clase —comentó, haciendo chasquear la lengua—. Este asunto de la telepatía me está gustando. En las otras estaciones uno se ve forzado a aprender el idioma para pedir un simple emparedado de jamón, o tiene que enseñarles nuestro idioma para no morir de hambre. En ambos casos hay siempre una etapa de transición en la que uno se ve en apuros a la hora de comer. —Y agregó, satisfecho—: Aquí están muy en onda.

Se acercaron a la nave, que aguardaba en posición vertical; las botas iban aplastando el alto y crujiente césped. Martin extendió la mano:

—Pórtate bien, Lindell. Hasta dentro de seis meses.

—Hasta entonces. Hazme el favor de dar al viejo Wentner mi más caluroso puntapié.

—Con mucho gusto.

Vio menguar la silueta del copiloto, en tanto éste ascendía la escalerilla metálica hasta la escotilla. Un diminuto Martin se introdujo en la nave y cerró tras de sí la portilla de metal, que retumbó sordamente. Lindell se despidió por señas de aquella pequeña silueta entrevista detrás del cristal y salió corriendo para evitar la ráfaga.

Se detuvo unos instantes en una colina bajo el espeso follaje escarlata de un árbol. Desde allí pudo oír una voz líquida que sacudió las entrañas de la nave; hubo una explosión de gases. Por unos momentos la nave pareció pegada a su escape flamífero, y luego se proyectó hacia el cielo verdeazulado, chamuscando las plantas al partir. Desapareció casi instantáneamente.

Emprendió el regreso a la casa con pasos largos y perezosos, contemplando admirado la lujuria de la vegetación cárdena y las flores silvestres, asediadas por insectos bulbosos.

Mientras caminaba se quitó la chaqueta, para llevarla colgando de una mano. El sol parecía una bendición sobre su espalda. De pronto, como hablando con el aire fragante, se dijo:

—Aquellos muchachos están todos locos.

\* \* \*

El sol enorme y flamante estaba desapareciendo, y salpicaba el cielo con la sangre de su muerte cíclica. Las tres lunas no tardarían en elevarse para trastornar a cualquiera que intentase buscar su propia sombra.

Sentado en la sala de estar, Lindell contemplaba la campiña por la ventana. Ese aire, ese clima..., todo lo que allí crecía no tenía parangón con el pálido tecnicolor de la Tierra. En ese remoto rincón de la galaxia, la naturaleza se había superado a sí misma. Se desperezó con un suspiro y comenzó a pensar en la cena.

*¿Beber?*

Se interrumpió en medio de un bostezo y juntó los dedos con tanta rapidez que hizo sonar los nudillos. Ella estaba de pie a su lado, y le ofrecía un vaso en una bandeja. Lo aceptó; su corazón retornó a su ritmo normal después del sobresalto anterior.

—Sería mejor que llamas —sugirió.

Los grandes ojos tomaron una forma elíptica para mirarlo, sin comprender. Tomó un sorbo de líquido tibio y pungente.

—Bien, dejemos pasar eso —dijo, chasqueando los labios. Tomó un sorbo más largo y pensó—: *Muy bueno. Gracias, amor.*

Pestañeó sorprendido ante la palabra que acababa de pronunciar. ¿Amor? Era el término menos adecuado de todos. Le echó una mirada y se esforzó por contener la risita ahogada que le subía por la garganta.

Ella permanecía inmóvil. Su cara estaba plasmada en una expresión fija que podía tomarse por una sonrisa. Pero su boca no estaba diseñada para sonreír.

*Oye, ¿cuándo comemos?*, le preguntó, para disipar el embarazo que le provocaba la inmóvil mirada de sus líquidos globos oculares. Ella se volvió, dirigiéndose de prisa hacia la puerta, y lo miró desde allí.

*Todo listo ya*, fue el mensaje.

Él ensayó una sonrisa y bebió el resto del vaso antes de levantarse para seguirla. Ella avanzó por el corredor escasamente iluminado, arrastrando los pies.

\* \* \*

Él empujó el plato con un suspiro y se reclinó en el respaldo de la silla.

*Eso sí que estuvo bien*, dijo.

Captó en su mente que la satisfacción de ella se hinchaba como un resorte escondido. *Amor te agradece*. No tardó en adoptar el nombre, pensó. Ella continuaba mirándolo con los ojos muy abiertos. Quizá se trataba otra vez de sonreír. Para él, todas sus expresiones resultaban iguales: los cambios faciales de un idiota. Si algo sugería la sonrisa, eran los pensamientos que acompañaban esa expresión.

Se dio cuenta de que estaba lagrimeando, y volvió la cabeza con un parpadeo. Un poco nervioso, echó un terrón de azúcar en el café y comenzó a revolver. Sentía sobre sí la mirada de ella. Una punzada de disgusto empañó sus pensamientos; de pronto ella se volvió. Así es mejor, pensó él, más aliviado.

*Oye, Amor...* empezó. Bueno, se dijo, es mejor que nos vayamos acostumbrando. *¿Eres casada?*

En respuesta le llegaron pensamientos confusos.

*¿Tienes pareja?*, modificó.

*¡Oh, sí!*

*En la aldea de los trabajadores*, supongo.

*Ellos no tienen pareja*, replicó ella, con cierta altivez en la respuesta.

Se encogió de hombros y comenzó a sorber el café. Bueno, pensó para sí; un trabajador satisfecho volvería locos a los demás. Se comerían las uñas, si es que las tienen. Y con este pensamiento me despido esta noche.

Ya en la cama, se dedicó a escribir su destartalado diario. Aquellas tapas desgastadas contenían unos escasos comentarios, escritos en seis planetas diferentes. Éste era su séptimo contrato. «Mi número de la suerte», escribió en tinta azul.

Silencio absoluto.

¿Para dormir? La pluma se deslizó y escupió tres borrones. Miró hacia arriba y la vio otra vez ahí, con la bandeja.

Sí, dijo. *Sí, gracias Amor. Pero haces el favor de avisarme cuando...* pero apreció enseguida la inutilidad de sus esfuerzos y se interrumpió.

¿Esto es para dormir?, preguntó.

¡Oh, sí!, respondió ella.

Tomó un sorbo echando un vistazo a la página borroneada de azul. Recién comenzaba, pensó; no se ha perdido ninguna obra maestra de la literatura. Rasgó la página y la estrujó con la mano.

*Esto es muy rico*, dijo, señalando el vaso con la cabeza, y levantó la hoja de papel.

*Lo tiro, lo tiro, ¿eh?*, preguntó ella.

*Eso es. Y ahora lárgate. ¿Qué demonios haces en la habitación de un caballero?*

Ella se marchó, cerrando suavemente la puerta tras de sí. Lindell, sonriente, terminó de beber y apoyó el vaso en la mesita de noche; luego apagó la lámpara. Con un suspiro, se recostó en la suave almohada. Qué engendro, pensó en medio de un satisfecho aturdimiento.

*Buenas noches.*

Abrió apenas los pesados párpados y miró en torno suyo. La habitación estaba vacía. Se hundió cómodamente en la cama.

*Buenas noches*, de nuevo. Se incorporó sobre un codo y parpadeó en la obscuridad. *Buenas noches*, una tercera vez.

¡Oh!, dijo, *que tengas buenas noches.*

Sus pensamientos claudicaban. Volvió a recostarse, con un gran bostezo que descubrió todos los dientes en la oscura cueva de su boca.

—¿Qué les parece esto? —murmuró confuso, volviéndose sobre un costado—. ¿Ven? No hay espejos; no tengo nada en las mangas. ¿Qué les parece...?

Tuvo un sueño. Al despertar, estaba cubierto de sudor.

\* \* \*

Después del desayuno salió de la casa y se dirigió hacia el depósito, con los adioses de ella tironeándole aún el cerebro. Vio enseguida que varios hombres gnee transportaban bultos sobre la cabeza, formando una hilera en continuo movimiento. Iban hasta el depósito y allí dejaban los bultos sobre el suelo de hormigón. Desde el centro del local los controlaba un capataz gnee, provisto de una pizarra cubierta de numerosas boletas.

Al acercarse Lindell, todos los hombres hicieron una inclinación; en sus recorridos siguientes parecieron demostrar más obsecuencia. Tenían la cabeza más achatada que Amor, una pigmentación algo más oscura y ojos más pequeños. Eran

anchos de cuerpo y de musculatura pesada. Parecían bastante estúpidos.

Se acercó el hombre encargado del control y le envió un pensamiento; no obtuvo respuesta y llegó a la conclusión de que éstos no eran telepáticos, o no querían serlo.

—Hola, cosita —dijo el hombre de la voz chillona—. Yo controlo ¿Controlas?

—Está bien —dijo Lindell, apoyando la mano en la pizarra. Cuando esté lista la primera tanda tráeme esto a la oficina.

—¿Qué? ¿Cómo? —preguntó el hombre.

¡Jesús, eres un caso serio!, pensó Lindell. Y repitió, golpeando con el dedo la pila de papeles sujetos a la pizarra.

—Trae esto a la oficina —y se volvió para señalársela—. Tráemelo a mí. A mí. Cuando entre la mercadería.

La cara manchada del hombre pareció iluminarse con una suerte de vibrante estupidez; asintió enérgicamente.

Lindell le palmeó el hombro. Así me gusta, pensó cáusticamente; seguro que en una crisis eres como dinamita. Con los dientes apretados, se dirigió a la oficina.

Una vez allí, cerró la puerta plástica y echó un vistazo a la oficina. Era igual a la que había visto en otras estaciones, excepto que en ésta había un catre en un rincón.

No me digan que por las noches debo dormir aquí, pensó, gruñendo. La mugrienta funda de la plana almohada guardaba aún la huella de una cabeza. Levantó un cabello castaño. Y ésto, ¿qué demonios es?, se preguntó.

Debajo del catre encontró un cinturón sin hebilla. En la pared cercana se veían profundos rasguños..., como si alguien hubiera tratado desesperadamente de salir de esa oficina. Los contempló en silencio.

Mientras sacudía vagamente la cabeza llegó a la siguiente conclusión: este tugurio está embrujado. Y encogiéndose de hombros se alejó de allí. De qué vale preocuparse, pensó. Tengo que permanecer seis meses aquí, y nada logrará vencerme. Se sentó con decisión ante el escritorio y tomó el pesado cuaderno de bitácora de la estación. Levantó la pesada cubierta y empezó a leer desde el principio, encogiéndose de hombros.

Las primeras entradas databan de veinte años atrás; estaban firmadas por un tal Jefferson Winters, reducido, más adelante, a un simple «Jeff». Después de recorrer seis meses concentrados en cincuenta y dos densas páginas, Lindell encontró en la página 53 un mensaje, adornado con un delicado trabajo de pluma: «¡Adiós para siempre, Estación Cuatro!».

Según las apariencias, Jeff no había tenido dificultades en amoldarse a aquella vida.

Lindell retiró un poco la silla hacia atrás y apoyó el pesado libro en sus rodillas con un suspiro de aburrimiento.

Las anotaciones hechas por el primer sustituto de Jeff perdían su prolijidad al

cabo de dos meses. Había palabras medio borradas, garabatos hechos con premura, datos tachados y vueltos a corregir. Aparentemente, algunos de los errores habían sido corregidos mucho más tarde por un reemplazante posterior.

Todo continuaba así, por unas cuatrocientas páginas: era como para inducir al sueño: una triste sucesión de errores y correcciones. Lindell, fatigado, trató de hojear lo que pudo, sin encontrar el menor interés en el contenido del libro.

Después encontró unas anotaciones firmadas por un tal Bill Corrigan; con un bostezo que le hizo saltar las lágrimas se enderezó, apoyó el libro en el escritorio y empezó a prestar atención.

Sucedía lo mismo que con todos los anteriores, a excepción del primero: el trabajo, eficiente al principio, comenzaba a declinar y se lanzaba por un tobogán de errores; la escabrosidad de las anotaciones iba en progreso. Cada mes, los errores de escritura eran más verosímiles hasta tornarse, por último, casi ilegibles. Encontró algunas sumas con errores.

Pudo notar, por ejemplo, que la escritura de Corrigan quedaba interrumpida una tarde en mitad de una palabra. Y durante el último mes y medio de la estadía de ese hombre, todas las páginas estaban en blanco. Las hizo pasar cuidadosamente bajo el pulgar, moviendo la cabeza de un lado a otro. Debo admitir que no entiendo nada, pensó.

Al atardecer, mientras descansaba en la sala, y también más tarde, durante la cena, comenzó a tener la sensación de que, en alguna forma, los pensamientos de Amor tenían vida. Eran como insectos microscópicos que se filtraban entre los pliegues de su cerebro. A veces apenas se movían; en cambio, otras saltaban con entusiasmo. En una ocasión en que la mirada de sus ojos lo irritaron, los pensamientos se convirtieron en invisibles suplicantes e intentaron, con torpeza, acariciarle la mente.

Pero aún más tarde, cuando leía en la cama, llegó a la conclusión de que la sensación persistía aunque ella no estuviera en la misma habitación. Ya resultaba bastante desconcertante sentir esa interminable corriente de pensamiento que flotaba hacia él mientras la tenía cerca; pero ese control remoto era más de lo que podía soportar.

*¡Eh, vamos ¿qué pasa?! Así trató de hacerla razonar, de buenas maneras. Pero ahí estaba ella, mirándolo con los ojos bien abiertos por toda respuesta, sin la menor señal de comprensión.*

No, imposible, susurró, arrojando el libro sobre la mesa de noche. Tal vez allí está el secreto, pensó, mientras se acomodaba para dormir. Esta treta de la telepatía quizá terminó con los otros. Bueno, conmigo no pasará. No voy a dejar que eso me preocupe. Apagó la lámpara y se dispuso a dormir.

*Dormir, murmuró involuntariamente, sólo a medias consciente. No llegó a*

conciliar el sueño, ni siquiera a adormecerse. Su conciencia se hundía en una bruma borrosa y era invadida por una misma escena, con todos sus detalles. Se alejaba, desapareciendo con un estallido. Se agrandaba, hinchándose hasta tragarlo a él y a todo lo demás.

Amor. Amor. Ecos de un chillido por un largo corredor negro. La túnica deslizándose cerca. Veía sus pálidas facciones. *No*, dijo, *no te acerques*. Lejos... cerca... detrás... frente... Soltó un grito: *No. NO. NOOOOO*.

Con un gruñido ahogado, dio un salto en la oscuridad. Tenía los ojos bien abiertos. Su mirada recorrió vacilante el cuarto entero; la cabeza parecía hervirle.

Alargó la mano en la oscuridad y encendió la lámpara. Se puso apresuradamente un cigarrillo entre los labios y se reclinó, agotado, contra la cabecera de la cama, dejando escapar nubes de humo. Farfulló palabras sin sentido con las manos temblorosas, mientras le palpitaban las ventanas de la nariz. Recogió los labios en una expresión de asco, preguntándose de dónde diablos surgiría ese olor a muerto. En el aire había un intenso olor a sacarina, que se acentuaba a cada segundo. Apartó las frazadas. Era eso: a los pies de la cama, alguien había puesto una montaña de lívidas flores de color púrpuro.

Las contempló unos minutos, antes de inclinarse para recogerlas y tirarlas. Pero una espina le punzó el pulgar y retrocedió con un quejido. Se apretó el dedo y limpió las gruesas gotas de sangre. Aquel pegajoso perfume le embotaba el cerebro.

\* \* \*

*Le agradezco la gentileza*, fue el mensaje que envió a Amor, *pero basta de flores*. Ella lo miró. Parecía no comprender. *¿Me entiende?*, preguntó. Sobre las distintas capas de su cerebro se esparcieron oleadas de afecto, espesas como un jarabe. Revolvió el café; las transferencias empezaron a disminuir, como temerosas de ofrecerlo.

En el silencio de la cocina sólo se oía el tintinear de los cubiertos en los platos del desayuno y el ligero crujido susurrante de la túnica.

Tomó de un sorbo el café y se levantó para irse. *Almorzaré por ahí...*

*Ya lo sé*, contestó ella sin dejarlo terminar, con cierto dejo de autoridad. Él se dirigió al vestíbulo, sonriendo para sí. Ese mensaje telepático fue muy semejante a un regaño maternal.

Después, mientras atravesaba el terreno, el sueño volvió a cruzar su imaginación y le congeló la sonrisa, borrando de su rostro todo signo de alegría.

Durante la mañana se sintió irritado por la estupidez de los hombres gnee. Si se les caía un bulto, volverlo a levantar era toda una proeza. Parecen vacas sin cerebro, pensó mientras los miraba por las ventanas de la oficina; trajinaban con los hombros

caídos, fija la mirada de sus ojos opacos.

Para ese entonces ya sabía sin lugar a dudas que no eran telepáticos. No acusaban recibo de los mensajes. Reaccionaban solamente si uno les repetía un par de palabras en voz alta, o simples sílabas, si era posible. Y aún así, reaccionaban como retardados mentales.

A media mañana levantó la vista de toda la papelería atrasada que había dejado Corrigan; sobresaltado, acababa de notar que los pensamientos de Amor, desde la casa, le llegaban hasta allí.

Y no eran siquiera pensamientos que pudiera traducir en palabras. Eran sensaciones amorfas, que se hacían presentes en forma vaga. Tenía la sensación de que ella lo estaba controlando, que de vez en cuando enviaba rayos exploratorios para ver si todo andaba bien.

Las primeras veces sólo se sintió algo divertido; chasqueando suavemente la lengua volvió a su trabajo. Pero después las exploraciones comenzaron a seguir un ritmo perturbadoramente regular, que lo hacía agitarse inquieto en la silla. Descubrió de pronto que se ponía rígido, pues los presentía segundos antes de que le llegaran.

Ya avanzada la mañana, trató de rechazarlos conscientemente; arrojó la pluma sobre el escritorio y le ordenó, furioso, que lo dejara trabajar tranquilo. Los pensamientos se interrumpieron, penitentes, pero no tardaron en volver, como reptiles ensañados en su contra; insinuantes e impávidos a los insultos.

Sus nervios comenzaban a desgastarse. Salió de la oficina para dar una vuelta por el depósito; con manos inquietas comenzó a abrir bultos y a controlar la mercadería. Los pensamientos lo seguían, fieles como perros. Cada vez que pasaba delante del capataz, éste lo saludaba: “Hola, cosita”, con lo que se enfurecía más aún.

En una ocasión se irguió de pronto sobre un bulto, gritando:

—¡Vete de aquí!

El capataz dio un salto de varios centímetros; el lápiz y la pizarra volaron por el aire y el infeliz se escondió detrás de una columna, desde donde lo miró aterrorizado. Lindell fingió no reparar en él. Más tarde, de vuelta en la oficina, quedó pensativo ante el libro de bitácoras abierto.

No era extraño, pensó, que los hombres gnee no practicaran la telepatía. Sabían muy bien lo que les convenía.

Después miró por la ventana a la hilera trajinante de los trabajadores. Tal vez ellos evitaban la telepatía. Tal vez no estaban capacitados para ello, o lo habían estado en otros tiempos y a eso se debía su presente estado de impasibilidad incurable.

Pensó en lo que Martin mencionara: había más mujeres que hombres. Y una frase comenzó a rondarle la mente: «matriarcado del pensamiento». La expresión le resultó ofensiva, pero de pronto tuvo miedo de que fuera cierta. Eso explicaría el trastorno de

los otros hombres, porque si allí prevalecían las mujeres, bien podía ser que su inherente avidez de dominio no hiciera distinciones entre los hombres de su especie y los de la Tierra. Un hombre era un hombre; eso bastaba. Furioso, se rebeló ante la idea de que se lo considerara equivalente a esos idiotas que vivían en la aldea.

Bruscamente se puso de pie. No tengo hambre, pensó. Pero volveré a la casa y le daré órdenes de preparar el almuerzo, y también le diré que no tengo hambre. La acostumbraré a ser dominada, así perderá la costumbre de tomarme como víctima. Juro por Dios que no me dejaré rebajar por estas hembras con cara de bichos.

En ese momento se volvió, parpadeando: acababa de reparar en el extraño dibujo que formaban los arañazos en la pared de la oficina. El cinturón sin hebilla trazaba una perezosa curva debajo del catre.

\* \* \*

Otra vez el mismo sueño. Parecía destrozarle el tejido del cerebro con garras de acero. Cubierto de sudor, se revolvió en la cama con un gruñido y despertó súbitamente, con la mirada fija.

Creía haber visto algo al pie de la cama. Cerró los ojos y meneó la cabeza. Volvió a mirar. El cuarto estaba vacío. Sintió que pensamientos agotadores retrocedían en su mente como una oleada extraña.

Apretó los puños con furia. Me ha estado acosando mientras dormía, pensó. Maldita sea su alma, me lo ha estado haciendo.

Apartó las mantas y se arrastró, nervioso, hasta los pies de la cama. No había nada. Pero los aromas subieron desde el suelo ondulantes como escurridizas serpientes para llenarle la nariz. Presa de las náuseas, se arrojó de bruces sobre la cama, con un nudo en el estómago. Por qué, murmuró su cerebro, una y otra vez. Por qué, mi Dios, por qué.

\* \* \*

Furioso, arrojó las flores a la vista de ella; los pensamientos, implorantes, comenzaron a caer sobre él como gotas de lluvia.

*He dicho que no, ¿verdad?*, le gritó mentalmente.

Después se sentó a la mesa e hizo un gran esfuerzo por controlarse. Todavía falta mucho, se dijo, tratando de dominar su voluntad. Tranquilízate, tranquilízate.

Ahora sabía porqué eran sólo seis meses. Eso era más que suficiente. Pero no voy a volverme loco, se prometió. Ella no va a enloquecer, así que será mejor no aflojar. *Ella es demasiado estúpida para enloquecer.* Lo agregó deliberadamente, confiando en que ella lo captaría.

Al parecer lo captó, porque de pronto dejó caer los hombros, desilusionada; no dejó de moverse en su torno como una tímida corona mientras él desayunaba, con el rostro apartado y los pensamientos distantes. Lindell estuvo a punto de sentir lástima por ella. Tal vez no tuviera la culpa: quizá fuera una característica innata de las mujeres gnee dominar a los hombres.

Enseguida notó que los pensamientos, tiernos y agradecidos, sensibleros, volvían a él. Trató de adoptar una posición neutral y fingió ignorarlos, pero siguieron aguijoneando melosamente su apatía.

Trabajó intensamente todo el día, y pagó al capataz gnee en especies y granos para que los distribuyera entre los trabajadores. Tal vez las pagas irían a manos de las mujeres, dondequiera que ellas estuvieran.

Más tarde, esa misma noche, comenzó a dictar:

«Estoy grabando mi voz. Quiero oírme a mí mismo para olvidarme de ella. No tengo con quién hablar, de manera que hablaré a solas. Es muy triste. Bueno, empiezo.

»Compañeros, estoy aquí en Estación Cuatro; lo paso muy bien y desearía que ustedes estuvieran aquí en mi lugar. Pero no me interpreten mal: esto no es tan desesperante. Creo saber ya lo que aniquiló a Corrigan y a los otros infelices que le precedieron. Fue Amor; ella los devoró con su mente caníbal. Pero de una cosa no caben dudas: a mí no podrá devorarme. Apuesten lo que quieran. Amor no va a conseguir...

No, no te he llamado. Vaya, déjame en paz, ¿quieres? Vete al cine, o a cualquier otra parte. Sí, sí, ya sé. Vete a dormir, entonces. Déjame solo. Solo.

Eso es. Lo que se merece. Le va a costar mucho volverme chiflado.

\* \* \*

Antes de acostarse tomó la precaución de echar cerrojo a la puerta. Durmió agitado y quejoso a causa de la misma pesadilla, y no pudo lograr paz ni descanso.

A media mañana se despertó sobresaltado; a tropezones se dirigió hacia la puerta para ver si estaba cerrada. Con dedos torpes, tanteó desmañadamente la cerradura. Por último llegó a la conclusión de que la puerta seguía cerrada, y volvió a la cama con pasos inciertos. Allí se arrojó para caer en un sueño estúpido.

Al despertar encontró a los pies de la cama unas flores de fuerte aroma y de color violáceo. La puerta estaba cerrada.

No pudo interrogar a Amor; en cuanto ella le llamó *querido*, salió de la cocina asqueado.

*No pondré más flores, ¡lo prometo!*, le gritaban los pensamientos, persiguiéndolo. Se encerró en la sala, sentándose ante el escritorio. Estaba descompuesto. Entrelazó

fuertemente las manos y apretó con furia los dientes, ordenándose: ¡Contrólate!

¿Comer?

Presintió que estaba detrás de la puerta. Cerró los ojos y contestó: *Vete y déjame solo.*

*Lo siento, querido,* repuso ella.

—¡Deja de decirme querido! —gritó, descargando un puñetazo sobre el escritorio.

Al volverse en su silla, la hebilla del cinturón se enganchó en el tirador del cajón y éste se abrió. Lindell se quedó mirando la brillante pistola de gas guardada en su interior. Casi sin darse cuenta estiró la mano para acariciar su caño pulido.

Cerró el cajón con un movimiento convulso. ¡Nada de eso!, se dijo.

Echó una mirada en torno, sintiéndose de pronto solo y libre. Se levantó y corrió a la ventana. Allí iba Amor, caminando deprisa con un cesto al brazo.

Iré a buscar verduras, pensó, pero... ¿qué la impulsó a marcharse tan repentinamente?

La pistola, naturalmente. Habrá captado mis malos pensamientos. Soltó un suspiro; se sentía más calmo, como si se viera libre de ciertos fluidos viscosos y nocivos.

Todavía me quedan cartas por jugar, se dijo.

Decidió aprovechar su ausencia para revisar su habitación, pensando localizar el panel corredizo por donde entraba a dejar las flores. Cruzó velozmente el pasillo y abrió de un empujón la puerta de su pequeña cámara, escasamente amueblada.

De inmediato percibió un gran manojo de flores violáceas amontonadas en un rincón. Se tapó la nariz y la boca con una mano y contempló con asco los pimpollos, algunos frescos, otros marchitos. Se preguntó qué representaban. Tal vez se tratara de una muestra de cortesía. Se le contrajo la garganta. ¿O acaso era más que cortesía? El sólo pensamiento le arrancó una mueca.

Recordó aquella primera noche, cuando le puso el apodo de Amor. ¿Qué lo había impulsado a elegir ese nombre entre la infinita variedad disponible? No lo sabía; al menos, creía no saberlo.

Sobre el diván encontró un pequeño cúmulo de baratijas; un botón, un par de viejos cordones de zapatos, el trozo de papel arrugado que él le había dado para tirar y una hebilla de cinturón con dos iniciales grabadas: «W. C.».

No encontró ningún panel secreto.

Se sentó en la cocina y perdió la mirada en una taza de café intacta.

No había manera de que ella pudiera entrar en su habitación. «W. C.»: William Corrigan. Debía luchar contra eso. Tenía que seguir luchando.

\* \* \*

Pasó el tiempo. De pronto se dio cuenta de que ella había vuelto a casa, sin el menor ruido, como un fantasma. Pero él lo percibió. Una nube de sensaciones la precedía, invadiendo las habitaciones como un cachorro excitado, en busca de algo. Los pensamientos se arremolinaron.

*¿Estás bien? ¿No estás enojado? Amor está de vuelta.* Uno detrás de otro, rápidos y ansiosos se aferraron a él.

Entró en la cocina con tanta seguridad, que a él le temblaron las manos y volcó la taza de café. El líquido caliente le salpicó la camisa y los pantalones; se apartó de un salto, haciendo caer la silla.

Ella dejó la cesta y tomó una toalla para limpiarle las manchas. Nunca la había tenido tan cerca. En realidad, nunca la había tocado, excepto aquella primera vez, al darse la mano.

La rodeaba cierto aroma que él aspiró penosamente, ensanchando el pecho más que de costumbre. Mientras tanto, los pensamientos de ella le acariciaron la mente, así como sus manos parecían acariciarle el cuerpo.

*Ya está. Ya está... Aquí estoy a tu lado, David querido.*

Dominado casi por el horror, contempló su piel rosada y esponjosa, los ojos enormes, la fina herida de la boca.

\* \* \*

Esa mañana, en la oficina, cometió tres errores seguidos en el libro de bitácora. Tuvo que romper una hoja y la arrojó lejos de sí, ahogando un grito de rabia.

Es mejor evitarla. Las reconvenciones no surten efecto. Trató de limpiar totalmente su mente, para que los pensamientos encontraran algún asidero allí. Si lograba relajar del todo la mente, los pensamientos entrarían y volverían a salir. Tal vez ese proceso se llevaría parte de su voluntad, pero debía correr el riesgo. Y si trataba con ahínco, y llenaba su cabeza con sólidos bloques de números, lograría mantenerla a distancia y sus manos no temblarían tanto.

Tal vez le convendría dormir en la oficina...

Fue entonces cuando encontró la nota de Corrigan.

Era una banda de papel escondida en el libro de bitácora; el blanco se perdía en el blanco. La descubrió al repasar las páginas una a una, repitiendo las fechas en voz alta para mantener la mente ocupada.

«Ayúdame, Dios mío», decía la nota, escrita con letra despareja y negra. «Amor atraviesa las paredes».

Lindell clavó la vista. «Yo mismo lo vi», afirmaban las palabras. «Me estoy volviendo loco. Siempre esa mente animal tironeando de mí y destrozándome. Y ahora ni siquiera puedo mantener su cuerpo apartado. Dormí aquí, pero ella vino

igual. Y yo...».

Lindell volvió a leer la nota; era como soplar sobre la hoguera de su terror.

A través de las paredes. Ante esas palabras se sintió agonizar. ¿Era posible?

Era Corrigan, por lo visto, quien le había dado el nombre de Amor. Desde el comienzo, la relación se había desarrollado en los términos impuestos por ella, sin que Lindell tuviera injerencia alguna.

*Amor*, murmuró, y los pensamientos lo envolvieron de pronto, como alas de un ave de rapiña que descendiera desde el cielo para cobrar la presa. Él levantó los brazos, gritando: ¡*Déjame solo!*

Mientras la mente fantasmal lo abandonaba, tuvo la sensación de que lo hacía con menor timidez, con la paciencia que sólo alguien conocedor de su propia fuerza es capaz de desplegar.

Se dejó caer en la silla, exhausto, súbitamente vacío por tanta lucha. Arrugó la nota en el puño derecho, pensando en los arañazos que lucía la pared a sus espaldas. Imaginó a Corrigan en aquel catre, convulso y afiebrado, incorporándose con un grito de horror al verla ante sí. Pero ¿y después? ¿Después? La escena se tornaba oscura.

Se frotó el rostro con una mano temblorosa. No enloquezcas, se dijo, pero sonó como una sugerencia temerosa y no como una orden. Una devastadora bruma se cernió sobre él en ondas heladas: «Ella viene a través de las paredes».

\* \* \*

Esa noche volvió a arrojar en la pileta de baño la bebida que ella preparaba. Echó cerrojo a la puerta y, en la habitación a oscuras, se acuclilló en un rincón, al acecho, respirando a bocanadas espasmódicas.

El termostato disminuyó la calefacción. Las tablas del suelo se tornaron muy frías y los dientes comenzaron a castañetearle. No me voy a acostar, juró con furia. Sin saber por qué, la cama le daba miedo. *No lo sé*. Se esforzó por modular lentamente esas palabras; sin embargo lo sabía, aunque en una forma vaga, pero no deseaba admitirlo siquiera por un instante.

Tras algunas horas de inútil espera tuvo que vérselas con sus articulaciones rígidas; volvió a la cama a tropezones. Se metió bajo las cobijas y permaneció así, tembloroso, tratando de mantenerse despierto. Si me duermo, vendrá, pensó; no debo dormirme.

Cuando despertó, a la mañana, había flores en el suelo. Y así empezó otra jornada; después los días se apretarían confusamente en la masa informe de los meses.

\* \* \*

Uno puede acostumbrarse al horror, pensó. Sobre todo cuando ha dejado de ser inminente, ya no nos punza y se convierte en una dieta permanente. Cuando nos ha degradado con una cadena de acontecimientos capaces de obnubilar la mente. Cuando el sobresalto es un escalpelo que pincha y se hunde en los delicados ganglios hasta hacerles perder toda sensación.

Había dejado de ser horror y, sin embargo, era mucho peor que eso. Sus nervios al desnudo sangraban una hemorragia de cólera. Libraba sus batallas hasta las heces de cada segundo, aferrado a su voluntad, expulsando a Amor entre gritos, lanzándole flechas de odio desde su atormentada cabeza. Si ella se rendía, la tortura era tanta como cuando resultaba victoriosa. Regresaba sin excepción. Lo perseguía como un gato que restregara sus costados contra él, despertándole pensamientos de...

¡Sí, admítelo!, se gritaba a sí mismo, en sus noches pobladas de lucha...

Pensamientos de amor.

Y allí estaba la tendencia oculta, la amenaza de nuevos espantos que echarían por tierra su edificio vacilante. Sólo necesitaba... un pequeño empujón, otra herida de puñal, un golpe más de martillo.

La indefinida amenaza pendía sobre él. La aguardaba cien veces en una hora, especialmente por las noches. Esperar. Esperar. Y a veces, cuando creía saber lo que estaba esperando, el sobresalto de admitirlo le estremecía, lo impulsaba a arañar las paredes y a romper cosas y a correr hasta que la oscuridad lo devorara.

Si lograra olvidarla, pensó. Sí, si lograra olvidarla al menos por un momento, por un corto instante, habría conseguido algo. Eso murmuraba para sí mientras armaba el proyector de películas en la sala.

Desde la cocina, ella suplicó: *¿Puedo ver?*

¡No!

Todas sus respuestas, formuladas en palabras o en pensamientos, eran como las réplicas cortantes de un viejo gruñón. ¡Si los seis meses pasaran con celeridad! Ése era el problema. Los meses no transcurrían con la rapidez necesaria. Y el tiempo era como ella; resultaba imposible hacerlo razonar.

En la repisa de la pared había varios rollos de película; alargó la mano y, sin vacilar, eligió una. No se dio cuenta. Su mente ya era inmune a las sugerencias.

Colocó el carrete en el eje, apagó las luces y se sentó con un gruñido. De la lente surgió un tembloroso cono de luz lechosa que comenzó a proyectar las imágenes en la pantalla.

Apareció un hombre enjuto, de barba oscura, con los brazos cruzados y los dientes descubiertos en una sonrisa artificial. Se acercó a la cámara. El sol borró la imagen por un segundo. Pantalla negra. Título: «Mi imagen».

Desde la pantalla, aquel hombre de pómulos salientes y ojos brillantes continuó riendo sin sonido. Señaló hacia un costado y la cámara giró. Lindell permaneció

alerta.

Era la estación.

Parecía haber sido filmada durante el otoño. Mientras la cámara recorría la casa y la aldea —con una pequeña sacudida, como si hubiera cambiado de mano—, pudo ver que los árboles estaban rodeados de hojas secas. Estremecido, esperaba algo sin saber qué era.

La pantalla volvió a obscurecerse. Apareció otro título, escrito con burdas letras blancas: «Jeff en la Oficina».

El hombre miraba la cámara con una sonrisa idiota; la piel blanca resaltaba contra el borde de su cuidada barba negra. La imagen desapareció.

Nuevo enfoque. El hombre ensayó unos pasos de baile por el depósito desierto; las manos levantadas dibujaron una pose graciosa, el pelo le saltaba en desorden.

En la pantalla apareció otro título. Lindell se puso rígido y de pronto quedó sin aliento.

Título: «Amor».

Su cara surgió en blanco y negro, repulsiva en extremo. Estaba de pie junto a la ventana del dormitorio principal, con la cara convertida en una máscara de satisfacción. Ahora Lindell podía afirmar que era de satisfacción. Antes hubiera dicho que parecía una poseída: la boca torcida como una cicatriz abierta, fijos los ojos grotescos.

Giró sobre sí, la túnica se arremolinó en su torno. El estómago de Lindell se convirtió en roca a la vista de sus gruesos tobillos.

Ella se acercó a la cámara; pudo distinguir unos tenues párpados sobre los ojos. Era igual a su sueño, y las manos comenzaron a temblarle con violencia. *Era* su sueño; en todos sus mórbidos detalles. Por lo tanto, no se trataba de un sueño engendrado por su mente. Un sollozo le anudó la garganta. En ese momento ella apartaba los pliegues de la túnica. ¡Ahí está!, gritó su mente torturada de pánico. Con un lloriqueo, alargó la mano temblorosa para apagar el proyector.

No.

La fría orden surgió de la obscuridad. *Mírame*, conminó. Quedó pegado al asiento, presa del terror, en una suerte de fascinación demente. Ella, con un movimiento sensual, deslizaba la túnica desde el cuello, por los hombros redondos y formaba en el suelo un montón espeso y ondulante.

Él lanzó un grito.

Con un movimiento brusco del brazo, golpeó el proyector recalentado y lo arrojó al suelo. La noche se instaló en el cuarto. Se puso de pie con esfuerzo y cruzó la habitación tambaleándose. ¿Lindo? ¿Lindo? La palabra se le clavaba como un cuchillo mientras buscaba la puerta a manotazos. La encontró y salió al pasillo. Se abrió la puerta, la del cuarto de Amor, y ella apareció en la penumbra, con la túnica

colgándole de un hombro.

Él se detuvo, sobresaltado.

¡Vete de aquí!, le gritó.

No.

Se acercó a ella con un movimiento convulsivo, extendiendo las manos como rígidas garras; pero retrocedió al ver la piel rosada y húmeda. ¿Sí?, fue la sugerencia emitida por la mente de ella. Le pareció escucharla en una voz irónicamente alta.

—Escucha... —exclamó, buscando la puerta de su cuarto—. Escucha, tienes que irte: ¿comprendes? Vete con tu pareja.

La respuesta le provocó un espasmo de horror: *Estoy con él.*

La sola idea lo paralizó. Quedó boquiabierto, sintiendo los latidos lentos y enormes de su corazón; la túnica se deslizaba por los hombros de Amor, cayéndole sobre los brazos.

El giró sobre los talones con un grito y golpeó la puerta al encerrarse en su habitación. La mano le temblaba sobre el picaporte. En su mente resonaban los pensamientos, como una queja. Dominado por el terror y el asco, empezó a gimotear; no había salvación, porque no conseguiría mantenerla fuera.

Era como si tuviera la cabeza llena de monos parloteantes. Como si todos ellos, tendidos de espaldas, patalearan contra su cráneo. Como si tomaran húmedos bulbos de materia gris para apretarlos entre sus sucias garras.

Se volvió de un costado, con un gemido. Voy a volverme loco, pensó. Como Corrigan; igual que todos ellos, menos el primero; ese tipo viscoso fue quien empezó todo, quien agregó una nueva circunvolución a su dominante cerebro de gnee. Él la bautizó Amor, porque eso representaba para él...

Se incorporó de pronto, jadeante de terror y miró hacia los pies de la cama. Viene a través de las paredes, aulló su cerebro. No pudo ver nada. Sus dedos se crisparon sobre las sábanas. El sudor le corría por la frente deslizándose por los costados de la nariz.

Volvió a acostarse. Se levantó otra vez, gimoteando como un niño asustado, envuelto en una nube de negrura. Ella. Ella. En la obscuridad alcanzó a balbucir *No*. De nada sirvió.

Lloriqueó. *Dormir. Dormir.* La palabra latía, se hinchaba y le oprimía el cerebro. *Era la hora. Bien lo sabía; sabía, sabía...*

La cuchilla cayó, decapitando su cordura, que se desplomó temblorosa y sanguinolienta en la canasta.

¡No! Trató de levantarse, pero no pudo hacerlo. Una marejada nocturna se cernía sobre él. *Dormir.*

Cayó sobre la almohada enseguida, y trató débilmente de levantarse sobre un codo. *No*. Sus pulmones estaban exhaustos. *No*.

Continuó luchando. Pero era demasiado. Emitió un grito espeso y barboteante.

Ella dispuso entonces de su voluntad quebrada y fútil. Recién comenzaba a usar toda su fuerza; él, en cambio, estaba débil y abatido. Volvió a caer en la almohada con un ruido sordo, con los ojos vidriosos y completamente flácido.

Entre débiles quejidos, cerró los ojos, los abrió, los cerró, los abrió...

Otra vez el sueño. La locura.

No era un sueño.

\* \* \*

Al despertar no encontró flores. Había pasado la época del cortejo. Incrédulo, boquiabierto, contempló el cuerpo tendido a su lado. Estaba aún cálido y húmedo.

Rió en voz alta. Escribió maldiciones en su diario. Las escribió en letras grandes y negras, tomando el lápiz como si fuera un cuchillo. También las escribió en el cuaderno de bitácora. Si los comprobantes no eran del color adecuado, los rompía. Sus asientos eran líneas torcidas de cifras, semejantes a ondulantes tendones. Ya apenas le importaba. La mayor parte de las veces no se daba cuenta de lo que hacía.

Después de cerrar la puerta, empezaba a rondar por el depósito lleno de mercaderías, murmurando para sí, con los ojos enrojecidos. Trepaba por las filas de bultos y contemplaba el cielo vacío a través de la claraboya. Había adelgazado ocho kilos. No se lavaba. Tenía la cara erizada de pelos. Después la cuidaría, para lucir una barba bien recortada. Pero ella lo quería así. No quería que se lavara o se afeitara, o cuidara de su salud. Le llamaba «Jeff».

Es imposible luchar contra algo semejante, se repetía él. Si uno pierde, no puede ganar. ¿Si no avanza? En realidad retrocede, porque cuando se está demasiado fatigado para luchar, ella vuelve y se apodera de la ciudadela del alma.

Por eso, cuando nadie podía oírlo, susurraba en el depósito:

—Pero todavía me queda una salida.

A la noche, muy tarde, se deslizó hasta la sala y guardó en su bolsillo la pistola de gas. Estaba prohibido hacer daño a los gnee. Bueno, es un error. Se trata de matar o morir. Por eso me llevo la pistola a la cama. Por eso la acaricio mientras miro el techo. Sí, eso es. Esta es la roca sobre la cual descansaré en mis días y en mis noches.

Y comenzó a revisar proyectos así, como un animal huele las piedras planas en busca de insectos para comer.

Días. Días. Días. Susurraba para sus adentros:

—Mátala.

Asentía con un movimiento de cabeza y sonreía para sí. Acariciaba el frío metal, diciéndole:

—Eres mi amiga, mi única amiga. Todos sabemos que ella debe morir.

Ideó muchos planes, pero todos eran lo mismo. La mató en el pensamiento un millón de veces: allí, en las secretas cámaras que descubriera en su conciencia y que abriera una a una; allí podría agazaparse, taimado, para forjar sus planes sin que nadie lo perturbara.

Animales. Salió a caminar y echó un vistazo a la aldea de los trabajadores. Animales. No voy a terminar igual que ustedes. No lo haré. No voy a... No voy...

\* \* \*

Con los ojos muy abiertos, se levantó del escritorio tambaleando; la saliva le corría por la comisura de los labios. Su mano temblorosa aferraba la pistola.

Abrió de un golpe la puerta de la oficina y avanzó vacilante por el suelo de hormigón, a través de los pasillos abiertos entre las pilas de bultos que llegaban al techo. Su boca era una línea recta. La pistola apuntaba hacia adelante.

Corrió el seguro y abrió una puerta maciza. Bajo la luz enceguecedora del sol echó a correr. De la casa surgían susurros de terror. Se sintió feliz al oírlos, y corrió más aprisa. Las piernas, débiles, no lograron sostenerlo y cayó.

La pistola voló por el aire. Se acercó gateando hasta ella y le quitó el polvo. Ahora verán, aseguró a los monos reunidos en su cabeza.

Ahora.

Se puso de pie, completamente mareado, y emprendió el regreso a la casa, cojeando. Algo hendió el aire: un haz de luz le cruzó las mejillas y los ojos. Levantó la vista, parpadeando: era la nave de carga.

Los seis meses.

Arrojó la pistola y se dejó caer junto a ella, para arrancar manojos de pasto, estúpidamente. Miró atontado hacia la nave que acababa de bajar; se abrieron las escotillas, dando paso a los hombres.

—¡Vamos! —dijo—. Lo tienen todo demasiado bien calculado.

Su voz parecía normal, pero rompió en sollozos y en risitas ahogadas, y la emprendió a puñetazos contra el aire.

\* \* \*

—Te repondrás —le dijeron para tranquilizarlo, ya de regreso a la Tierra.

Y continuaron inyectándole tranquilizantes para calmar sus nervios destrozados y ayudarle a olvidar. Pero jamás lo logró.

# ANUNCIOS POR PALABRAS

---

(SRL Ad, 1952)

Solitaria muchacha de Venus, bonita, sí, y sociable; totalmente afectuosa y alegre, busca hombre de la Tierra con características similares. No vacile en contestar. Loolie, Mansión Verde, Venus.

5 de julio de 1951

Estimada Loolie:

No sé muy bien en qué me estoy metiendo, pero a esta altura estoy demasiado cansado como para que me importe. ¿Alguna vez pasaste la noche entera dedicada al cálculo astrofísico? Bien, yo acabo de hacerlo y he quedado aturdido.

Tomo tu aviso al pie de la letra. ¡Al diablo con todo, qué importa! Me senté a descansar media hora antes de meterme en la cama y de pronto se me ocurre poner la máquina de escribir a funcionar. Y aquí estoy, con una taza de jugo de paraguas.

Me importa un bledo que vivas en Venus, en Plutón o en una pequeña cabaña de paja en Kehalic Kehooey, Hawai. Lo único que espero es que no trates de venderme nada.

¿Sabes una cosa? Sería muy interesante saber si realmente hay habitantes en Venus, o en Marte, o en cualquiera de esas condenadas pelotitas que giran en torno al sol. Está bien, partamos de la idea de que no sabes nada sobre la Tierra. No sabes un bledo —eso es una expresión idiomática vulgar—. ¿No te gusta la Tierra, solitaria muchacha de Venus?

¿Qué te traes escondido? ¿A qué viene toda esa paparruchada? ¿Es sociabilidad? Te haré investigar a fondo, tenlo por seguro.

Bonita, sí. Y eso, ¿qué quiere decir?

En cuanto a mí, no tengo nada de bonito. Pero soy totalmente afectuoso. Me despierto en medio de la noche y me pongo totalmente afectuoso y nadie me puede parar. Especialmente si Willy —mi compañero de cuarto— y yo hemos consumido algunas jarras de ese brebaje que, según dicen, se extrae de cierto cereal en vías de desaparición. ¿Se conoce la cerveza en Venus?

«Venus, Venus, sólo un toque». Ese es el título de un espectáculo musical que dan aquí. Venus, según creo, fue la diosa del amor. ¿Te pareces a Mary Martin? No, no lo

creo. Si por casualidad te parecieras a Ava Gardner... ¡Tío Sam, no largues todavía esa nave misil, que estoy haciendo la maleta!

Pero, ¿quién soy yo, este repulsivo jovenzuelo que trata de comunicarse en forma semigraciosa, regalando tus pobres ojos con esta cháchara baladí?

Me llamo Todd Baker. Sigo el curso de Astronomía aquí, en la universidad de Fort, en Fort, Indiana. La universidad está subvencionada por un viejo escuerzo millonario que se volvió chiflado con la prosa de Fort.<sup>[1]</sup>

¿Sabes? Se me acaba de ocurrir que si realmente estás en Venus... lo que no me cabe en la cabeza, porque eso me parece un montón de... ¡Ja, ja! De todas maneras, si estuvieras realmente en ese dorado mundo fantasmal, allá lejos, no podrías sacar nada en limpio de mis confusas divagaciones.

Por lo tanto, y para organizar las cosas (a modo de ejercicio mental), fingiré que estás de veras allá arriba. Distancia mínima desde el sol: 67,2 millones de millas; excentricidad: 0,0868; inclinación de la elíptica: 3°23'38".

Perdón. Me dejé llevar por el entusiasmo de los números que me brotan en la mente, como las plantas en una maceta. Así queda uno después de cierto tiempo. Integrales. Diferencial. Función de una función. Ni te acerques a eso, muchacha. Es preferible seguir solitaria en Venus.

Soy un muchacho. Estoy en mis cabales, a pesar de las pruebas en contra que pueda aportar el precedente material epistolar. Llevo aquí, en la universidad de Fort, tres grotescos años, preparándome para una vida fabulosamente oscura, dedicada a estudiar esas puntas de alfiler que alguien tuvo la osadía de colocar en la penumbrosa lontananza.

¿No podía haberme dedicado a fontanero? ¡No, por Dios, yo no! Mi deber es poner el termómetro en el gaznate de las estrellas y diagnosticar: "Hum, el paciente está envejeciendo cada vez más; sólo le restan noventa y cinco millones de años".

Está bien. Queda prohibida toda cháchara evasiva y totalmente no alegre, así como toda metáfora fallida.

Ésta es la Tierra. Tiene un diámetro de 7.900 millas. No preguntes por qué. Es un secreto.

Soy un terrícola de características similares. Tengo veintiséis años, y eso significa que vengo experimentando un proceso de crecimiento mental y físico (bueno, por lo menos físico) de 26 veces por 365 días. La Tierra tarda 365 días en dar la vuelta en torno al sol y un día es la revolución de dicha bola solar en torno a su propio eje.

En la Tierra, en este continente, es decir, en este trocito de Tierra de este hemisferio que David Jones encontró indigno de guardar en su cofre eterno, aquí existe un país llamado Estados Unidos de Norteamérica. En la universidad estoy yo. En mí está la idiotez de escribirle a una muchacha que dice ser venusina.

Quiero decirte lo que vamos a hacer.

Me contarás todo sobre Venus. Los que estamos aquí abajo no podemos ver aquello, como tú sabes. Allá arriba hay alguien que fuma un maldito cigarro, bien grueso.

Entonces, tú me darás algunas cifras sobre Venus. Hasta puedes enviarme algunas muestras de rocas, plantas, polvo, etcétera. ¿Qué te parece? Caíste en la trampa, ¿eh?

De todos modos, aunque seas un bufón de la madre Tierra desde tus primeras generaciones, envíame unas líneas cuando sientas que el cerebro te oprime.

Y ahora me voy a la cama. Que descanses bien esta noche. Las cuatro horas completas.

Me desdigo: Willy está roncando.

Saludos desde el verde planeta en rotación.

Todd Baker, Calle J 1729 Fort, Indiana

¡Oh, querido Toddbaker!

Que agradable recibir noticias. Estoy siempre agradecida. Muy bueno. Quisiera tener un diccionario más nuevo, pero aquí no hay. ¿Ves? Discúlpame, querido.

Tengo tu mensaje. Rápido vino muy rápido. Mis guardianes lo recibieron. Soy muy, feliz que enviaste mensaje a Loolie. No recibí ninguno más. No podría ser feliz sin una sola respuesta. Mucho trabajo para poner la nota donde la viste. Bien escrita, ¿eh?

Muchas cosas no conozco en tu mensaje. Diccionario viejo, ¿ves? No está jugo de paraguas. Tampoco está por siempre ama como adjetivo. Ni pelotita. Ni Kehalick Kahooey, Hawai. ¿Es planeta?

Soy aquí, en lo que tu llamas Venus. Preciosura (expresión idiomática vulgar, ¿no?). Yo te amo.

¡Oh, sí!, yo amo Tierra. Pero más amo Toddbaker. Yo no pensaba estar allí con tu después... Espera un poco, debo buscar la palabra exactitud. Después... ¿casamiento? ¡No!

No. Yo pienso tu vienes a mi planeta. Pero más tarde, hay tiempo eso decidir. No preocupes, querido.

Sociabilidad. Es error, comprendo. Yo soy sociabilidad. Puedo tener muchos niños. Diez por vez enseguida. Estarás muy orgulloso. Y bonita..., sí, soy. Y tú, yo sé, eres hermoso. Sé. Estaremos tan feliz. ¡Oh! Querido, qué suerte encontrarte.

No soy diosa del amor. Pero amo a ti... ¿de todas maneras? Esto no es pregunta, pero el diccionario muestra siempre después de cómo. ¿Es?

Estoy contenta tu posees un compañero de cuarto. Supuesto no puede venir con tu y yo a Venus. Sin embargo si Willy, así tu le llamas, quiere otra Muchacha Solitaria de Venus yo puedo hacer. Conozco muchas. Todas tan bonitas, sí, como yo bonitas. Sí.

¿Mary Martian?<sup>[2]</sup> No supe que tu planeta tiene acción de mensajes con el 4 de CU. No creemos se puede vivir. Esto es bueno. Le dije a nuestros hombres del cielo. Están contentos de saber. David Jones y Ava Gardner no conocemos. ¿Quién es Sam?

Oh, querido, no eres repulsivo. Sé, eres encanto. Seremos encanto una para otro juntos. Qué querido. Muchos niños. Cien. Mi... no me acuerdo.

No conocer Fort. Elegí un puntito y mis guardianes bajaron para decir que yo solitaria. Soy la primera de tratar. Como sale bien..., y salió bien..., sí. Entonces diré a todas mías. Tengo doscientas y siete hermanas. Lindas. Bonitas todas. Gustarás cuando ves a ellas.

Yo tengo L. Quiere decir, pienso 8,5 años en tus números. Soy muy joven. Espero no te importa casamiento con tan... niña. Ya puedo tener niños. Por menos doscientos, supuesto. Y ahora tengo enviar este mensaje de tu Loolie. Iré pronto buscarte. Gustarás más en Venus que en tu Tierra fría como hielo, que falta de menos calor y aire de bastante. Aquí es tan cálido todo en el U L (año en tu idioma. 224,7 días.

Y ahora, querido Toddbaker. Aquí mi adiós una vez. Pronto voy. ¿Cuan felices seremos? Sí. Mi amor es cariño envío. Un beso.

LOOLIE

Calle J 1729 Fort, Indiana  
10 de julio de 1954  
Departamento de Avisos  
The Saturday Review  
Calle 45 Oeste  
25 Nueva York 19, NY

De mi consideración:

Deseo hacer una consulta con respecto a un aviso publicado en su número del 3 de julio por una «Solitaria Muchacha de Venus».

Escribí a esa persona, quien afirmaba ser residente del planeta Venus. Naturalmente, pensé que tal afirmación era una chanza.

A los dos días de enviar mi carta recibí contestación. Ahora bien, el hecho de que ésta estuviera escrita en una especie de jerigonza no prueba nada de por sí. Sin embargo, junto con la carta recibí una hoja con estadísticas matemáticas y una caja con minerales y muestras de plantas; la llamada «Muchacha de Venus» afirmaba que provenían de su planeta.

En estos momentos, un profesor de la universidad en la que estudio (Fort) está sometiendo a examen las muestras y las cifras. Hasta el momento no ha efectuado

ninguna declaración. Pero estoy casi convencido de que tales muestras corresponden a variedades desconocidas en la Tierra. Parecen ser realmente de otro planeta, y de eso estoy casi seguro.

Quisiera saber cómo logró esta persona, o quien sea, comunicarse con ustedes y colocar en esta revista el aviso de referencia. Según las normas que ustedes postulan, me parece que un aviso así, por su propia naturaleza, está lejos de ser «decoroso».

Esta «Muchacha de Venus», o Loolie, habla de casarse conmigo, para lo cual quiere venir aquí a buscarme. Este es, por lo tanto, un asunto muy urgente y agradecería una pronta contestación.

Desde ya, agradecido quedo de ustedes,  
S. S.

TODD BAKER

Nueva York, 11 de julio de 1951

Estimado señor Baker:

Acusamos recibo de su carta fechada el día 1. Debemos aclarar nuestra total ignorancia con respecto al asunto de referencia. En nuestro número del día 3 de julio no hay aviso alguno como el que usted dice haber leído en nuestra Sección de Avisos Clasificados.

En nuestra opinión, ha sido usted víctima de una broma de mal gusto. No obstante, nos hemos puesto en contacto con uno de nuestros representantes regionales en Fort para que investigue lo ocurrido.

Si podemos serle de alguna utilidad, no vacile en comunicarse con nosotros.  
Le saluda atte.

J. Linton Freedhoffer  
P. Dirección

Estimado profesor Reed:

Estuve en su oficina para verlo, pero usted se hallaba ausente. ¿Hay alguna novedad?

Estoy sumamente preocupado. Si descubre que esas muestras son auténticas, como yo creo, estaré perdido. Cada vez que pienso en los poderes de esa tal Loolie, me echo a temblar. Jamás podré entender cómo puso ese anuncio en el *Saturday Review*. Es de esperar que sea realmente una broma de mal gusto, pero ¿qué pasará si no lo es?

Por favor, en cuanto llegue a una conclusión definitiva, comuníqueme de qué se trata.

TODD BAKER  
Calle J 1729 Fort, Indiana

Querido Toddy:

Llamó el profesor Reed. Dijo haber descubierto que las muestras (sean lo que sean) son absolutamente auténticas. Que provienen realmente de un lugar extraterrestre. ¿A quién trata de embromar? Epa, lo siento, Charles.

Lo importante es que el viejo quiere verte en su casa esta noche, para charlar a fondo. ¿Desde cuándo eres favorito del maestro? Qué vergüenza.

Me voy a comer. Te adora,  
Tu compañero de cuarto,  
el estudiante eterno,

WILLY

P. D.: Llegó una carta para ti.

11 de julio de 1951

¡Oh, querido Toddbaker!

¡Piensa! Qué felicidad está. Conseguí una nave espacial. Puedo ir ahora enseguida mañana. Qué suerte. Prepara tus cosas, querido. Voy para traerte con yo. Estoy llena de alegría. Por favor, date prisa.

Con todo,

LOOLIE

¡LOOLIE!

¡No! No puedes hacerme eso. Soy terrícola y quiero seguir siéndolo. Quédate donde estás. No iré a ninguna parte contigo. Te lo advierto.

¡Por favor, no vengas!

T. BAKER

P. D.: Ten cuidado: tengo un revólver.

(Del *Fort Daily Tribune*, 13 de julio de 1951)

## GLOBO FLOTANTE SOBRE EL RECINTO DE LA UNIVERSIDAD

Más de treinta estudiantes y ciudadanos de Fort afirman haber visto anoche un globo flotante en esta ciudad. Según los informes, dicho globo permaneció suspendido por sobre el recinto de la Universidad durante diez minutos, por lo menos. Luego se dirigió hacia las afueras de la ciudad, donde desapareció.

Querido Diario:

Bueno, aquí estoy, de regreso. No entiendo nada. Me han tomado el pelo. Parece tan extraño...

Después del trabajo que me costó insertar ese aviso en la publicación terráquea, cuando ese Todd baker se tomó la molestia de contestar, pensé: «Bueno, ya está. Por fin encontré una pareja». Parecía tan interesado y tan bueno...

Pero... ¡Santo cielo! En cuanto le dije que nos íbamos a unir, empezó a protestar muchísimo, como si fuera algo horrible. ¿Tiene sentido una cosa semejante? Pensé que sería tímido, como los machos agotados que tenemos aquí.

Por lo tanto, llegada la tercera fase, me embarqué en la nave (las penurias me costó conseguirla), y en unos siete eks estuve en la Tierra.

Permanecí casi medio ek allá abajo, suspendida sobre un lugar verde lleno de estructuras altas. Con ayuda del protobuscador, localicé las ondas de Todd baker y me dirigí hacia la calle J.

Aterricé detrás de su estructura particular. Entonces salí y me dirigí hacia ese lugar. El proto me permitía percibir su presencia, pues las ondas surgían con toda fluidez por un agujero cuadrado que había en lo alto de una pared.

Conecté mi cinturón de aire y floté hasta allí para introducirme por ese agujero. Apenas pude escurrirme, pues era muy estrecho.

Y allí estaba. ¡Qué sorpresa!

Tenía en las manos una cosa larga y brillante, apuntada hacia mí. Pero después la dejó en el suelo y dijo algo.

No sé cómo hacen estos hombres terrícolas para entenderse entre sí. Era un gorgoteo muy extraño y no le brotaba de la garganta. Se quedó mirándome; la cavidad de la voz era muy grande. Luego la estiró hacia los costados y mostró los dientes.

Entonces los órganos de la vista, situados en la parte superior, se dieron vuelta hacia atrás y desaparecieron. Creí que el aire de mi nube había causado ese efecto.

Alargó un brazo hacia mí y trató de dar un paso, pero enseguida cayó al suelo con un chillido. Dijo algo: «Mamá».

Me acerqué para examinarlo. ¡Oh, oh!

Sus características no eran similares en absoluto. Resultaba imposible manipularlo. ¡Se lo veía tan frágil y pálido! No creo que esa raza pueda durar mucho. Con esa forma, es imposible. ¡Son tan pequeños!

Y allí lo dejé, pobrecito. Me sentía tan feliz antes de que pasara esto...

Ahora continúo solitaria. Quiero una pareja. ¿Y ahora qué? Nada, me imagino. Bueno, tal vez alguno...

20 de julio de 1951

Estimada señora Baker:

Me parece conveniente que venga a buscar a Todd para llevarlo a su casa. Está en la miseria. No asiste a las clases, no come. No hace más que pasarse las horas en su cuarto, mirando las cosas que tiene alrededor. En toda la semana ha dormido apenas unas pocas horas; e incluso cuando duerme, habla continuamente y llama a una tal «Luli». Por aquí no conocemos a ninguna Luli.

Esta tarde encontré en el cesto el papel que le adjunto. No comprendo.

Será mejor que venga a buscar a Todd con urgencia.

WILLY HASKELL

(Adjunto)

De nuestra consideración:

Lamentamos informarle que el aviso enviado por usted para su publicación en Clasificados no resulta aceptable para dicha sección. Por lo tanto, se lo devolvemos adjunto con la presente.

(Adjunto)

LOOLIE: Lo siento. No sabía que eras tan grande y tan hermosa. Por favor, vuelve. Te estaré esperando. Te ama, Todd.

MUCHACHA SOLITARIA DE VENUS, bonita, sí, y buena para sociabilidad, totalmente afectuosa y alegre, busca hombre de la Tierra con características similares. No vacile en contestar. Nota: soy amiga de Mary

Martian. LOOLIE, Mansión Verde, Venus

# CÓLERA

---

(*Mad House*, 1953)

Se sienta ante el escritorio. Toma un lápiz amarillo y largo y comienza a escribir sobre un bloc de apuntes. La punta de la mina se quiebra.

Las comisuras de los labios se le vuelven hacia abajo. Sin decir nada, con la boca apretada en una fea grieta sin labios, toma el sacapuntas.

Retira los restos de madera, y arroja el sacapuntas dentro del cajón. Una vez más empieza a escribir. En ese momento la punta vuelve a quebrarse y la mina rueda sobre el papel.

El rostro, súbitamente, se le torna lívido. Una furia salvaje se aferra a los músculos de su cuerpo. En un arranque de cólera, maldice a gritos al lápiz. Lo mira fijamente, con auténtico odio. Lo parte en dos con un manotazo brutal y lo arroja al cesto de papeles, diciendo en tono de triunfo:

—¡Ahí tienes! ¡A ver qué tal estás ahí!

Se sienta, tenso, con los ojos dilatados y los labios trémulos. Se estremece ante la ira frenética que se extiende como un ácido por sus entrañas.

El lápiz yace en el cesto, quebrado e inmóvil. Es madera, mina, metal, goma. Muerto por completo, sin conciencia de la ardiente furia que ha provocado. Y sin embargo...

Él, de pie junto a la ventana, mira en silencio hacia la calle, mientras deja que la tensión se diluya. Un leve crujido surge del cesto y cesa enseguida, sin que él lo perciba.

Pronto su cuerpo vuelve al estado normal. Se sienta. Toma una estilográfica.

\* \* \*

Se sitúa ante la máquina de escribir. Inserta una hoja de papel y empieza a teclear.

Sus dedos son muy largos. Acciona dos teclas al mismo tiempo y los dos tipos se atorán mutuamente. Quedan suspendidos en el aire, forcejeando impotentes ante la cinta.

Él, disgustado, se inclina hacia adelante y les asesta un manotazo. Se separan y caen nuevamente en sus respectivos sitios. Vuelve a teclear.

Acciona una tecla equivocada. Una maldición cae inconclusa de sus labios. Aferra la goma redonda y borra la letra indeseable de la hoja.

Deja caer la goma y vuelve a escribir. El papel se ha movido en el rodillo. Las

frases siguientes quedan algo por encima de las anteriores. Cierra un puño; ignora el error.

La máquina se traba. Él contrae los hombros y suelta un puñetazo sobre la barra espaciadora, maldiciendo en voz alta. El carro salta, suena la campanilla. Empuja violentamente el carro, que se estrella en el margen.

Escribe con mayor celeridad. Tres teclas se atorán mutuamente. Los dientes le rechinan; gime en inútil furia. Asesta un golpecito a los tipos, pero éstos no se separan. Los aparta a viva fuerza, con dedos crispados y temblorosos. Caen. Sus dedos están manchados de tinta. Suelta otra maldición, tratando de sublevar al aire mismo en su deseo de vengarse de la estúpida máquina.

Ahora golpea brutalmente el teclado; los dedos se abaten sobre él como las rígidas garras de una grúa. Otro error; borra con salvajismo. Escribe aún más rápido. Cuatro teclas se atorán.

Grita.

Golpea la máquina con los puños. Aferra el papel y lo arranca a pedazos de la máquina. Amasa los fragmentos en el puño y lanza el papel retorcido a través de la habitación. Acomoda el carro a empujones y baja ruidosamente la cubierta de la máquina.

Se pone en pie con un salto y le clava una mirada flamígera.

—¡Imbécil! —grita, con voz amarga y convulsa—. ¡Estúpida, idiota, asesina!

Su voz chorrea desprecio. Sigue hablando hasta llegar a la locura:

—¡No sirves para nada! ¡Para nada! Te voy a hacer pedazos. ¡Te voy a reducir a astillas, te voy a fundir, a matar! ¡Máquina estúpida, imbécil, máquina maldita y podrida!

Tiembla mientras grita. Y se pregunta, allá en los escondrijos más recónditos de la mente, si no se está matando a sí mismo con el enojo, si no se está destrozando el organismo con esa furia.

Volviéndose, sale de la habitación a grandes trancos. Está demasiado iracundo como para notar que la cubierta de la máquina se desliza; no oye el ligero susurro del metal, como si las teclas se estremecieran en sus ranuras.

\* \* \*

Está afeitándose. La navaja no corta. O la navaja está demasiado afilada y corta demasiado. En ambos casos, una maldición ahogada le infla los labios. Tira la navaja al suelo y la pateo contra la pared.

El hombre se apacigua. Las secreciones orgánicas dejan de borbotear, el fuego se apaga, las brasas se dispersan.

Pero el enojo sigue allí, a su lado. La energía jamás se pierde: ley fundamental.

\* \* \*

Está comiendo.

La esposa le sirve un bistec. Él toma cuchillo y tenedor y corta. La carne es dura, la hoja no tiene filo. Sobre sus mejillas aparece una mancha roja. Entrecierra los ojos. Aprieta el cuchillo contra el bistec. La hoja no penetra en la carne tostada.

Dilata los ojos. La tempestad contenida lo estremece. Mira la carne como si le diera una última oportunidad de ceder.

La carne no cede. Él gruñe:

—¡Maldita sea!

Aprieta los dientes blancos. El cuchillo sale disparado por la habitación.

Aparece su mujer; una suave alarma cava heridas transitorias en su frente. El marido está fuera de sí; por sus arterias circula el veneno. Deja escapar otra ráfaga de temperamento bestial. Es como una neblina: pende sobre los muebles y gotea por las paredes.

Algo vivo.

Y así día y noche. Su cólera cae como un hacha enloquecida sobre la casa, sobre cuanto posee. Rocíos de histeria, entre dientes chirriantes, empañan las ventanas y caen sobre el suelo. Océanos de odio salvaje e incontrolado inundan cada cuarto de la casa, llenan cada ápice del espacio con una vida inquieta y palpitante.

Acostado de espaldas, contemplaba el cielorraso moteado de sol.

\* \* \*

El último día, se dijo. La frase había estado paseando por su cerebro desde el momento de despertar.

Oyó el ruido del agua que corría en el baño. Oyó el ruido del botiquín al abrirse y al volverse a cerrar. Oyó el ruido de las chinelas de su mujer, que se arrastraban por el suelo de mosaicos.

Sally, pensó, no me abandones.

—Si te quedas, tomaré las cosas con calma —prometió, al vacío de un susurro.

Pero sabía que le era imposible tomar nada con calma. Resultaba mucho más fácil soltar las riendas, gritar y atacar.

Se volvió sobre un costado para contemplar el pasillito del baño. Podía ver la línea de luz bajo la puerta. Allí está Sally, pensó. Sally, mi mujer, con quien me casé hace muchos años, cuando era joven y estaba lleno de esperanzas.

Súbitamente cerró los ojos y apretó los puños. Y otra vez el ataque. La enfermedad, que brotaba con más violencia cuanto más la reprimía. La enfermedad de la desesperación, de la ambición perdida. Lo arruinaba todo. Echaba un vapor de

amargura sobre todos sus trajines. Le quitaba el apetito, le impedía el sueño, destruía sus afectos.

—Tal vez si hubiésemos tenido hijos... —murmuró, y supo, antes de terminar, que no era ésa la solución.

Hijos. Qué felices habrían crecido, observando al desalmado padre que se hundía más y más en el pozo de su fiebre introspectiva.

*Bien*, se ensañó su mente; *enfrentemos los hechos*. Hizo rechinar los dientes y trató de dejar la mente en blanco. Pero ella, como una idiota de ojos vacuos, siguió repitiendo las palabras que él murmuraba con frecuencia en sueños, durante la tortura de sus noches sin descanso.

Tengo cuarenta años. Enseño literatura en la universidad de Fort. En otros tiempos quería ser escritor. Creí que éste sería un buen lugar para escribir. Daría clases durante parte del día y pasaría el resto escribiendo. Conocí a Sally en la escuela y me casé con ella. Pensé que todo saldría bien; pensé que el éxito era inevitable. Hace dieciocho años.

Dieciocho años.

¿Y cómo has registrado el paso de casi dos décadas?, se preguntó. El tiempo parecía una masa informe de esfuerzos fracasados, de noches angustiosas; de secretos, respuestas, revelaciones que siempre habían estado fuera de su alcance. Se balanceaban en lo alto, en un vaivén enloquecedor, como un trozo de queso ante el hocico de una rata perseguida.

Y el rencor, siempre en aumento. Días enteros observando a Sally que compraba comida y ropas, y pagaba el alquiler con su magro sueldo de profesor. Viendo cómo compraba cortinas nuevas o nuevas fundas para las sillas, y sintiendo en cada oportunidad una dolorosa punzada, porque eso lo alejaba un poco más del momento en que le sería posible dedicar todo su tiempo a escribir. Cada centavo que ella gastaba era como un golpe asestado a sus aspiraciones.

Se forzaba a pensarlo así. Se obligaba a creer que era sólo tiempo lo que necesitaba para escribir bien.

Pero cierta vez, un estudiante furioso le había gritado: “¡Usted no es más que un talento mediocre escondido detrás de un escritorio!”.

Lo recordaba bien. ¡Oh, Dios!, cómo recordaba ese momento. Recordaba la fría náusea que lo convulsionara cuando esas palabras hirieron su cerebro. Recordaba su agitación, y el temblor de su voz.

Ese semestre, el estudiante no aprobó, a pesar de sus buenas notas. Hubo mucho jaleo al respecto. El padre fue a la Universidad y todos comparecieron ante el doctor Ramsey, jefe del departamento de Literatura.

También recordaba eso; cualquier otro recuerdo quedaba empañado ante esa escena. Él, sentado a un lado de la mesa de conferencias, frente a la ira de padre e

hijo. El doctor Ramsey acariciándose la barba, hasta que llegó a tener ganas de arrojarle lo primero que encontrara a mano. El doctor Ramsey había dicho: “Bueno, veamos si podemos arreglar esto”.

Se consultó el registro y quedó claro que el estudiante tenía razón. El doctor Ramsey levantó la vista, sorprendido. “En realidad, no comprendo qué...”, había dicho y dejó que su melosa voz se quebrara, para mirarlo con insistencia, como si esperara una explicación.

Toda explicación había sido inútil, un embrollo sin sentido: actitud irresponsable —dijo él—, conducta imperdonable y exhibicionista; una grave falta de moral. Y el doctor Ramsey, con la papada enrojecida, expresó con toda claridad que la moral no era materia obligatoria en la Universidad de Fort. Hubo más, pero lo había olvidado. Le costó un gran esfuerzo olvidarlo. Pero no podría olvidar que jamás llegaría a titular. Ramsey se encargaría de impedirlo. Y el sueldo continuaba siendo insuficiente, y las cuentas a pagar se amontonaban, y jamás podría escribir.

Volvió al presente; se encontró aferrando las sábanas con dedos tensos, y mirando con ojos cargados de odio la puerta del baño.

¡Vete! —dijo su mente, vengativa—. ¡Vuelve a casa con tu adorada madre! Qué me importa. ¿Por qué una separación provisional? Que sea definitiva. Déjame en paz. Así puede ser que escriba un poco.

«Así puede ser que escriba un poco». La frase le dio náuseas. Ya no tenía significado alguno. Como una palabra repetida hasta convertirse en un galimatías, así esa frase había sido usada ya hasta la extinción. Sonaba tonta, como alguna manida frase de radioteatro. El héroe diciendo en tonos dramáticos: “Ahora, por Dios, puede ser que escriba un poco”. Absurdo.

Sin embargo, por un momento se preguntó si no sería verdad. Tal vez, cuando ella se hubiese ido, podría olvidarla y trabajar un poco. ¿Dejar la cátedra? ¿Enterrarse en algún cuarto amueblado, de los más baratos, y escribir?

Tienes ciento veintitrés dólares con ochenta y nueve, le informó la mente. Fingió que ése era el único impedimento. Empero, muy en el fondo de su cerebro, se preguntó si habría algún sitio en el que pudiera escribir. Esa pregunta solía arrojarse sobre él cuando menos la esperaba. *Tienes cuatro horas cada mañana* —la afirmación surgía como un fantasma amenazador—. *Tienes tiempo para escribir varios miles de palabras. ¿Por qué no lo haces?*

Y la respuesta se perdía siempre en una mezcla de “porqués” y “buenos”, e interminables razones a las que se aferraba, como a las pajas un hombre a punto de ahogarse.

\* \* \*

Se abrió la puerta del baño y ella salió, vestida con el traje rojo.

De pronto y aparentemente sin razón alguna, él reparó en que Sally venía usando ese conjunto desde hacía más de tres años, sin comprarse otro. Aquello lo encolerizó aun más. Cerró los ojos, confiando en que ella no lo mirara. *La odio*, pensó. *La odio porque ha destruido mi vida.*

Le llegó el susurro que hizo la falda al sentarse ella ante el tocador y el ruido de un cajón al abrirse: siguió con los ojos cerrados, escuchando el ligero golpeteo de las cortinas venecianas contra el marco de la ventana, agitadas por la brisa matinal. Percibió en el aire su tenue perfume.

Mientras tanto, trataba de imaginar cómo sería la casa sin ella; pensó en lo que sería regresar, después de las clases, cuando Sally no estuviera esperándolo allí. Por alguna razón, la idea le parecía imposible. Y eso lo encolerizaba. *Sí*, pensó; *me he aficionado a ella. Ha obrado sobre mí en forma tal, que dependo de ella para cosas de otro modo prescindibles, y sufro bajo la impresión de que no podré vivir si ella no está.*

Súbitamente se dio vuelta sobre el colchón y la miró.

—Entonces, es cierto que te vas —dijo, con voz fría.

Ella se volvió a mirarlo. Su rostro no revelaba enojo, sino cansancio.

—Sí —dijo—, me voy.

Qué liberación. Las palabras trataron de pasar por sus labios. Las reprimió. En cambio, dijo:

—Supongo que tendrás tus razones.

Por un momento, los hombros de Sally se contrajeron en un gesto que a él le pareció de divertido cansancio.

—No tengo intenciones de discutir contigo —aclaró él—. Lo que hagas de tu vida es cosa tuya.

—Gracias —murmuró su mujer.

*Está esperando que le pida perdón*, pensó él. *Quiere oírme decir que no era cierto, que no la odio. Que no fue a ella a quien golpeé, sino a todas mis esperanzas deformadas y maltrechas, a la burlona imagen de mi propia fe perdida.*

—¿Y cuánto durará esta separación provisional? —preguntó, ácida la voz.

—No lo sé, Cris —respondió ella, meneando lentamente la cabeza—. Depende de ti.

—Depende de mí. Siempre depende de mí, ¿no es cierto?

—Por favor, queri... Cris. No quiero discutir más. Estoy demasiado cansada para seguir discutiendo.

—Es más fácil hacer las maletas y escapar.

Ella se volvió a mirarlo. Sus ojos eran muy oscuros y tristes.

—¿Escapar? —dijo—. ¿Después de dieciocho años me acusas de eso? Dieciocho

años viendo cómo te destrozas. Y a mí contigo. ¡Oh!, no pongas cara de sorpresa. Debes saber, sin duda, que me has vuelto medio loca a mí también.

Le volvió la espalda, y él notó que sus hombros temblaban.

—No... no es sólo porque me pegaste —dijo, secándose algunas lágrimas—. Eso decías anoche, cuando te dije que me iba. ¿Crees que importaría si... —tomó aliento—... si hubieses estado furioso contra mí? En ese caso, podrías golpearme todos los días. Pero no me golpeaste a mí. Para ti no soy nada. No me quieres contigo.

—¡Oh!, deja de...

—No —le interrumpió—. Por eso me voy. Porque no puedo soportar que me odies cada día más por algo que... que no es mi culpa.

—Supongo que tú...

—No digas nada más —dijo ella, levantándose.

Salió aprisa del cuarto y entró en la sala. El clavó la vista en su tocador.

¿*No digas nada más?*, preguntó su mente, como si aún la tuviera delante. Pero hay más que decir, muchísimo más. Pareces no comprender lo que he perdido. Pareces no comprender. Yo tenía ilusiones, ¡oh, Dios, qué ilusiones tenía! Iba a escribir una prosa capaz de asombrar a las gentes; les diría cosas que necesitaban mucho y se las diría en una forma muy entretenida, para que nadie notara que la verdad se le iba metiendo. Crearía obras inmortales.

Y ahora, cuando muera, habré muerto y nada más. Estoy atrapado en esta aldea deprimente, sepultado en una facultad de ciencias donde los hombres se inclinan hacia el polvo, sin saber que hay estrellas en lo alto. ¿Y qué puedo hacer, qué puedo...?

Sus pensamientos se interrumpieron. Contempló desolado los frascos de perfume, la polvera musical que tocaba *Siempre* cuando se levantaba la tapa.

*Te recordaré, siempre.*

*Mi amor será fiel, siempre.*

La letra es pueril y cómica, pensó. Pero sintió una opresión en la garganta y un súbito escalofrío.

—Sally —dijo, en voz tan baja que apenas pudo oírse.

\* \* \*

Después de un rato se levantó para vestirse.

Mientras se ponía los pantalones, una alfombra se deslizó bajo sus pies; tuvo que agarrarse a la cómoda para no caer. Bajó la vista, con el corazón batiéndole en esa furia total que había aprendido a controlar en cuestión de segundos.

—Maldita seas —explotó.

Olvidó a Sally. Lo olvidó todo. Sólo quería arreglar cuentas con la alfombra. La

envió de un puntapié bajo la cama. El enojo, aplacado, desapareció. *Me siento mal*, pensó, meneando la cabeza. Pensó en ir a decirle que se sentía mal.

Al entrar al baño apretó los labios. *No me siento mal*, pensó. No es nada físico, al menos. Es mi mente la que está enferma y lo exagera todo.

En el baño perduraba todavía el calor húmedo que dejara Sally. Abrió un poco la ventana y una astilla se le clavó en el dedo. Con voz ahogada, soltó una maldición contra la ventana. De pronto levantó la vista. *¿Por qué hablar en voz baja?*, se preguntó. *¿Para que ella no me oiga?*

—¡Maldita seas! —exclamó entonces en voz alta, dirigiéndose a la ventana. Y se oprimió el dedo hasta sacar la astilla.

Tironeó de la puerta del botiquín. Estaba atascada. Enrojeció. Tiró con más fuerza y la puerta se abrió, golpeándole la muñeca. Se la apretó, girando sobre sus talones y echando la cabeza hacia atrás con un violento gemido.

Con los ojos nublados por el dolor, clavó la vista en el cielorraso. Miró la quebradura que lo cruzaba serpenteando localmente y luego cerró los ojos.

Entonces empezó a sentir algo. Algo intangible. Una sensación de amenaza.

Aquello le pareció extraño. *Vamos... Es imaginación, por supuesto*, se dijo. Es la decrepitud moral de mi propio subconsciente. Me está echando un sermón. Dice: debes ser castigado por hacer que tu pobre esposa se vea obligada a volver a los brazos de su madre. No eres un hombre, eres un...

—¡Oh, cállate! —dijo.

Se lavó las manos y la cara. Se inspeccionó la barbilla con el dedo. Necesitaba una afeitada. Abrió el botiquín con mucha cautela y tomó su navaja. La sostuvo, mirándola.

El mango se había desplegado. Lo pensó de inmediato, con un estremecimiento; la hoja pareció surgir de él por voluntad propia y ahora centelleaba ante la luz de la lámpara.

Contempló con fascinada repulsión aquel acero brillante. Tocó el filo. *Qué filoso*, pensó. Bastaba un roce para herir la carne. Que cosa horrible.

—Ha sido mi mano.

Lo dijo involuntariamente, y cerró la navaja con brusquedad. Era su propia mano, tenía que ser así. La navaja no podía abrirse por sí misma; ésa era una idea enfermiza.

Pero no se afeitó. Volvió a guardar la navaja en el botiquín, con un vago presentimiento de fatalidad.

No importa que la costumbre mande afeitarse todos los días, musitó para sí. No correré el riesgo de que me falle la mano. De cualquier modo, será mejor conseguir una navaja de seguridad; esta no es para mí. Soy demasiado nervioso.

De pronto, como impelida por esas palabras, brotó en su cerebro la imagen de sí mismo, dieciocho años atrás. Recordó cierta cita con Sally.

Le había dicho entonces que él era tan tranquilo como el agua de un pozo. «Nada me perturba», había dicho. Y en esa época era verdad. También recordaba haberle dicho que no le gustaba el café, que le bastaba una taza para quedar desvelado toda la noche. Que no fumaba, pues no le agradaba el gusto ni el olor del tabaco. «Quiero mantenerme sano», había dicho. Recordaba sus palabras exactas.

—En cambio, ahora... —murmuró, ante su imagen flaca y gastada.

Ahora bebía litros de café por día, hasta que el líquido chapoteaba en su interior como un charco negro, y dormir le resultaba tan imposible como volar. Ahora fumaba interminables cadenas de cigarrillos, que le iban dejando los dedos amarillentos, hasta que sentía la garganta áspera y obstruida, hasta que no podía escribir a lápiz debido al temblor de su mano.

Pero todos esos estimulantes no le ayudaban a escribir. Los papeles puestos en la máquina quedaban en blanco. Las palabras no le brotaban, los argumentos morían en él. Los personajes se le mostraban esquivos y burlones tras el velo de lo no creado.

Y el tiempo transcurría con celeridad creciente. Parecía reservarlo para un castigo especial. A él, que había empezado a otorgarle una valoración neurótica y le acusaba de desequilibrar su vida, el sólo pensar en su transcurso bastaba para hacerlo sentir enfermo.

Mientras se cepillaba los dientes, trató de discernir cuándo había comenzado a dejarse dominar por ese temperamento irracional. Pero no había forma de seguirle la huella. En algún momento se había lanzado sobre él, entre neblinas impenetrables, con una palabra petulante, con una iracunda contracción de músculos o un estallido de inmemorable rencor.

Y desde entonces, como una ameba hinchada, había seguido su propio curso de evolución, degenerado y descendente, hasta alcanzar en él su punto más bajo, convirtiéndolo en un hombre amargado, cuyo único solaz era el odio.

Escupió la espuma blanca y se enjuagó la boca. Al dejar el vaso, éste se quebró. Una astilla de vidrio se le clavó en la mano.

—¡Maldición! —chilló.

Giró sobre los talones y cerró el puño. La astilla se le hundió en la palma, obligándole a abrir la mano. Se le saltaron las lágrimas y su respiración se hizo convulsa. Sally debía estar escuchándolo y percibiría una vez más la evidencia de sus nervios exaltados.

—¡Basta! —se ordenó—. Jamás podrás hacer nada mientras no acabes con ese carácter violento.

Cerró los ojos. ¿Por qué tenía que pasarle precisamente a él esta clase de cosas, en los últimos tiempos? Era como si algún poder vengativo se hubiese adueñado de la casa, inyectando en cada objeto una vida salvaje. Amenazante. Pero esa idea no fue sino una silueta informe y fugaz entre la horda de pensamientos que se atropellaban

ante el ojo de su mente; algo entrevisto, pero no apreciado.

Se quitó de la palma la astilla de vidrio. Se puso la corbata oscura.

Mientras se dirigía hacia el comedor consultó su reloj. Eran ya las diez y media. Había pasado la mitad de la mañana. La mitad del tiempo disponible para sentarse, y tratar de escribir aquella prosa capaz de asombrar a la gente.

Así pasaba siempre, con más frecuencia de la que se atrevía a reconocer, incluso ante sí mismo. Dormía hasta tarde, hacía diligencias, cualquier cosa; la cuestión era evitar el momento terrible de sentarse a la máquina y tratar de arrancar algún fruto al expansivo desierto de su mente.

Cada vez le resultaba más difícil. Cada vez se encolerizaba más y era más grande su odio. Y nunca hasta entonces había notado que Sally iba llegando a la desesperación; pero ya era demasiado tarde y ella no podía ya soportar su temperamento ni su rencor.

Estaba sentada a la mesa de la cocina, tomando café. También ella bebía mucho más café que antes; solo, sin azúcar, igual que él. También a ella le alteraba los nervios. Y desde hacía un año fumaba también. No sacaba de ello el menor placer. Aspiraba profundamente el humo y luego lo soltaba rápidamente. Sus manos temblaban casi tanto como las de él.

Sentándose frente a ella, se sirvió una taza de café. Sally hizo ademán de levantarse.

—¿Qué pasa? ¿Ya no quieres ni verme?

Ella volvió a sentarse y dio una intensa pitada al cigarrillo que tenía en la mano, antes de aplastarlo contra el platillo.

El marido se sintió mal. Sintió la súbita necesidad de salir de allí, de esa casa extraña y ajena. Era como si Sally, renunciando a todo derecho sobre ella, se batiera en retirada. El toque de sus manos, las amorosas comodidades que había implantado en cada habitación, todas esas cosas desaparecían. Habían perdido autenticidad, porque ella se marchaba. Lo abandonaba, y aquél ya no sería el hogar de los dos. Lo percibió con intensidad.

Se recostó en la silla, apartando la taza, y contempló fijamente el hule amarillo de la mesa. Era como si Sally y él se hubieran petrificado en el tiempo; los segundos se estiraban como un caramelo fantástico, hasta convertirse cada uno en una eternidad. El reloj marchaba con más lentitud. Y la casa era una casa diferente.

—¿En qué tren te marchas? —preguntó, aun sabiendo que sólo había un tren por la mañana.

—En el de las once cuarenta y siete.

Ante esas palabras sintió que el estómago se le pegaba a la columna vertebral. Soltó una exclamación de verdadero dolor físico. Ella levantó la vista.

—Me quemé —explicó él, apresuradamente.

Sally dejó su asiento y llevó al fregadero su platillo y su taza.

*¿Por qué no dije la verdad?*, pensó él. ¿Que ese grito me lo arrancó el terror de sentirme abandonado por ella? ¿Por qué digo siempre lo que no quiero decir? No soy malo... Pero cuando hablo, estas murallas de odio y de amargura se hacen más altas a mi alrededor, hasta tornar imposible toda huida.

Con palabras he urdido mi sudario, y en él me sepultaré.

Volvió a mirarla, y una sonrisa triste le estiró los labios. Puedo pensar en palabras cuando mi mujer me abandona. Es muy triste.

Sally salió de la cocina. Él retomó su actitud malhumorada. Es un juego: jugamos a «siga a su jefe». Tú entras a una habitación, con la cabeza erguida; eres la esposa ofendida, la parte perjudicada. Se supone que yo debo seguirte, contrito y cabizbajo, vertiendo discursos enteros de arrepentimiento...

No era posible.

Y en ese momento el cigarrillo lo quemó de verdad, obligándolo a erguirse. Lo dejó caer, esparciendo cenizas por el suelo. Después se inclinó para recogerlo. Intentó arrojarlo al cubo de la basura, pero erró. ¡Que se vaya al diablo!, pensó. Al dejar la taza y el platillo en el fregadero, éste último se partió por el medio y se le clavó en el pulgar derecho. Él dejó brotar la sangre. No importaba.

\* \* \*

Sally estaba en el otro dormitorio, terminando de empacar.

El otro dormitorio. Las palabras eran hirientes. ¿Cuándo habían dejado de llamarlo «el cuarto de los niños»? ¿Cuándo había comenzado esa expresión a devorar las entrañas de Sally, que estaba llena de amor y necesitaba tener hijos? ¿Cuándo empezó él a reemplazar esa falta con su temperamento volcánico, con días y noches de nervios destrozados?

Permaneció de pie en la puerta, observándola. Sentía deseos de sentarse a la máquina, a escribir millones de palabras para glorificar su inminente libertad. ¡Cuánto dinero podría ahorrar! ¡Qué poco faltaba para marcharse, para escribir todas las cosas que siempre había deseado escribir!

Seguía de pie en la puerta, sintiéndose descompuesto.

*¿Es posible que esto sea verdad?*, preguntaba su mente, incrédula. ¿Era posible que ella se marchara? ¡Pero si los dos eran marido y mujer! En esa casa habían vivido, y hecho el amor durante más de dieciocho años. Y sin embargo... ella se marchaba. Ponía las ropas en su vieja maleta negra y se marchaba. Parecía inaceptable. No lograba comprenderlo, ni vincularlo con la marcha del día. ¿En qué parte del esquema entraba eso? El esquema que representaba la eterna presencia de Sally, ocupada en limpiar, cocinar, en tratar de que la casa fuera cálida y dichosa...

Se estremeció. Girando bruscamente sobre sus talones, se dirigió al dormitorio.

Ya echado sobre la cama, contempló el reloj eléctrico que zumbaba suavemente sobre la mesita de noche.

Las once pasadas, se dijo. En menos de una hora tendré que estar dando clase a un grupo de idiotas recién ingresados, y sobre el escritorio de la sala hay una montaña de exámenes parciales con ensayos que deberé soportar, aunque el estómago me dé vueltas ante tanta falta de inteligencia, ante tanta fraseología de adolescente.

Y todas esas bobadas, todos esos kilómetros de prosa insoportable, le habían formado una inextricable maraña en el cerebro. Se mezclaban en sus propios escritos, hasta tornarle detestable la vida misma. *He digerido lo peor*, se dijo; *¿no es comprensible que lo exude poco a poco?*

La cólera volvía a empezar, como una pequeña hoguera, gradualmente atizada por sus propios pensamientos. Esta mañana no he escrito nada. Como todas las mañanas, y todas las mañanas siguientes, según pasa el tiempo. Escribo menos y menos. No escribo nada. O escribo cosas que para nada sirven. A los veinte años lo hacía mejor que ahora.

¡Jamás escribiré nada bueno!

Se levantó de un salto y buscó algo que golpear, algo que romper, algo que odiar con un odio tal que superara todo lo demás.

El cuarto pareció nublarse. Sintió un latido. Se golpeó la pierna izquierda contra una esquina de la cama. Soltó una exclamación de furia y sollozó. Lágrimas de odio, de arrepentimiento y autocompasión.

Estoy perdido, pensó. Perdidó. No hay nada.

\* \* \*

Agotadas la piedad y la emoción, recobró la calma, una calma muy grande y muy fría. Se puso la chaqueta del traje. Se puso el sombrero. Sacó el portafolios del armario.

Al pasar frente a la puerta del cuarto vecino se detuvo; ella luchaba aún con su maleta. *Eso le servirá de excusa para no mirarme*, se dijo, sintiendo que el corazón le batía como un pesado tambor.

—Que lo pases bien con tu madre —dijo fríamente.

Sally levantó la vista, pero al captar su expresión le volvió la espalda para llevarse una mano a los ojos. Él sintió un súbito impulso de correr hacia ella para suplicarle que lo perdonara, un deseo de que todo volviera a ser como antes.

Pero volvió a pensar en los papeles y en los años pasados sin escribir. Se marchó a través de la sala. La pequeña alfombra se deslizó un poco, permitiéndole descargar en ella toda la fuerza de su ira. La apartó de un puntapié, dejándola contra la pared

como un montículo informe.

Salió con un portazo.

Ahora, como en los teleteatros —farfullaba su mente—, ella se arroja sobre el cubrecama y vierte lágrimas de martirio. Ahora clava las uñas en la almohada y repite mi nombre, y clama por la muerte.

Sus zapatos resonaban sobre la acera con ritmo rápido. *Dios me ayude*, pensó. Dios nos ayude a todos nosotros, pobres desgraciados que perdemos la ilusión de crear por no tener tiempo para ello.

El día era hermoso. Lo veía perfectamente, aunque sin conciencia de ello. Los árboles espesaban su verdor, y el aire era cálido y puro. Las brisas primaverales recorrían la calle; sus caricias le envolvieron mientras bajaba hasta la esquina y cruzaba Main Street, hacia la parada del ómnibus.

Desde esa esquina volvió la mirada hacia la casa.

Ella está allí —su mente insistía en el análisis—. Allí, en la casa que habitamos por más de dieciocho años. Está empacando, o llorando, no sé. Y pronto llamará a la Compañía de Taxis Campus. El taxi llegará, y el conductor hará sonar la bocina. Sally saldrá al porche con su abrigo liviano y su maleta. Y cerrará la puerta tras de sí, por última vez.

—¡No!

La palabra se le atravesó irremediablemente en la garganta. No apartó los ojos de la casa. Le dolía la cabeza. Todo parecía ondular. *Me siento mal*, pensó.

—¡Me siento mal!

Lo había gritado, pero estaba solo. Siguió mirando hacia la casa. Se va para siempre, dijo su mente.

*¡Bueno, muy bien! Voy a escribir, escribir, escribir...* Dejó que las palabras penetraran en su cerebro, borrando todo lo demás.

Después de todo, uno podía elegir. O dedicaba toda su vida al trabajo, o la dedicaba a su esposa, a los hijos y al hogar. Ambas cosas no se podían combinar. Al menos, no era posible hacerlo en esta época. En este mundo insano donde las ganancias eran más importantes que Dios, y la riqueza mejor que la bondad.

Echó una mirada de soslayo al ómnibus que se aproximaba desde la colina, con una banda verde al costado. Puso el portafolios bajo el brazo, y buscó una ficha en el bolsillo. El forro tenía un agujero. Sally había pensado coserlo... Bien, ya no lo haría. ¿Qué importaba, de cualquier modo?

Prefiero conservar intacta el alma, y no las ropas que uso.

*Palabras, palabras*, pensó, mientras el ómnibus se detenía ante él. Fluyen en torrentes hacia mí, ahora que ella se marcha. ¿Será eso una prueba de que es su presencia la que obstruye los canales de mi pensamiento?

Echó la ficha en la caja, y se abrió camino hacia el fondo del vehículo. Pasó junto

a un profesor que le era conocido y lo saludó con una abstraída inclinación de cabeza. Se dejó caer en el último asiento y fijó la mirada en los mugrientos tabloncillos del suelo, cubierto de goma.

Que gran vida, declamó su mente. *Me siento muy satisfecho de esta, mi vida, y de éstos, mis grandes y nobles logros.*

Abrió el portafolios y echó una mirada al programa que había trazado con ayuda del doctor Ramsey.

Primera semana: 1. *Everyman*: Análisis; lectura de trozos selectos de *Lecturas clásicas para el primer año universitario*. 2. *Beowulf*: Lectura; análisis en clase; veinte minutos de preguntas sobre frases escogidas.

Volvió a guardar el manojito de papeles en el portafolios. *Esto me enferma*, pensó. Odio estas cosas. Los clásicos se me han convertido en anatema. Empiezo a odiar su sola mención. Chaucer, los poetas isabelinos, Dryden, Pope, Shakespeare. ¿Puede haber insulto mayor que odiar esos nombres debido a la necesidad de compartirlos con patanes insensibles? Hay que filtrarlos, hacerlos atractivos para esos patanes, que harían mejor en ir a cavar zanjas...

\* \* \*

Bajó del ómnibus al llegar al centro y empezó a trepar la prolongada cuesta de la calle 9. Mientras caminaba, tenía la sensación de ser un barco al que se le hubiera cortado la maroma, para dejarlo presa de una confusa red de corrientes. Se sentía lejos de la ciudad, del país, del mundo. Si alguien me dijera que soy un fantasma, pensó, podría creerle.

¿Qué estaría haciendo Sally?

Tal se preguntaba mientras los edificios pasaban flotando a su lado. ¿En qué piensa, en tanto la ciudad de Fort pasa a mi lado como un vaporoso decorado? ¿Qué tiene en las manos? ¿Qué expresión muestra su rostro adorable?

Está sola en la casa, en nuestra casa; la que debió haber sido nuestro hogar. Ahora es sólo una cascara, una caja hueca amueblada con trozos de madera y de metal. Nada más que materia inanimada y muerta.

¿Qué importa lo que haya dicho John Morton! Él y todas sus hojas doradas, y sus tubos de ensayo, y su Dios del microscopio. Con toda su cháchara sabihonda y sus reglas de cálculo. A pesar de todo eso, profesa la más simple de las brujerías.

Era una idiotez. La misma idiotez que impulsó a aquel asno de Charles Fort a cargar al mundo con sus neblinosas fantasías. La misma idiotez por la cual aquel tonto millonario había creado esa ciudad, levantando enormes estructuras de piedra en el árido suelo, para albergar en su interior a un zoológico de científicos de mirada extraviada, siempre en busca de algún elixir, mientras el resto de los payasos les hacía

volar el mundo bajo los pies.

*No, nada está bien hecho en este mundo*, pensaba al pasar bajo la arcada que daba al recinto amplio y verde.

Dirigió la mirada hacia el enorme Centro de Ciencias Físicas, cuya faz de granito centelleaba bajo el sol alto de la mañana.

*Ahora está llamando al taxi*. Consultó su reloj. No, ya está en él. Va por las calles tranquilas, deja atrás las residencias y entra al distrito comercial. Pasa por los grandes edificios de ladrillo rojo, que vomitan palurdos y estudiantes. Por esta ciudad, que es un *potpourri* de lo rústico y lo sofisticado.

En esos momentos, el taxi tomaba hacia la izquierda por la calle 10. Subía la colina, llegaba al punto más alto. Bajaba hacia la estación de ferrocarril. Y...

—¡Cris!

Volvió bruscamente la cabeza, crispando el cuerpo debido a la sorpresa. El doctor Morton salía de la amplia entrada de Ciencias Psíquicas.

Hace dieciocho años fuimos compañeros de escuela, se dijo. Pero yo me interesaba muy poco por las ciencias, y prefería perder el tiempo estudiando la cultura de los siglos. Tal es la razón por la cual yo soy profesor adjunto y él, en cambio, jefe de su departamento.

Todos estos pensamientos volaron por su mente mientras el doctor Morton se acercaba a él con una sonrisa.

—Hola —dijo, palmeando a Cris en el hombro—. ¿Cómo andan las cosas?

—¿Y cómo suelen andar?

La sonrisa del doctor Morton se desvaneció.

—¿Qué pasa, Cris?

*No te contaré lo de Sally*, pensó Cris. Antes prefiero morir. No has de saberlo por mí.

—Lo de costumbre —respondió.

—¿Sigue la gresca con Ramsey?

Respondió con un encogimiento de hombros. Morton echó una mirada al gran reloj que adornaba la fachada del edificio de Ciencias Psíquicas.

—Oye —dijo—, ¿qué hacemos aquí? Tu clase no empieza hasta dentro de media hora, ¿verdad?

Cris no respondió. *Va a invitarme a tomar un café*, pensó. Me obsequiará con otra porción de sus absurdas teorías. Me usará como cabeza de turco para su tiovivo mental.

—Vamos a tomar un café —dijo Morton, tomándole del brazo.

Caminaron un trecho en silencio. Finalmente, Morton preguntó:

—¿Cómo está Sally?

—Bien —respondió él, inexpresivo.

—Me alegro. A propósito, tal vez pase mañana o pasado para retirar ese libro que olvidé allí el jueves.

—Como quieras.

—¿Qué decías de Ramsey?

—Yo, nada.

Morton dejó pasar aquella respuesta.

—¿Has estado pensando un poco en lo que te dije? —preguntó, en cambio.

—Si te refieres a ese cuento de hadas con respecto a mi casa..., no. No he pensado en ello más de lo que merece. Es decir, nada.

Al llegar a la esquina del edificio se dirigieron hacia la calle 9.

—Cris, tu actitud no tiene justificación. Si no sabes, no tienes derecho a dudar.

Cris tuvo deseos de apartar su brazo para marcharse, dejando a Morton plantado. Estaba harto de palabras, palabras y palabras. Quería estar solo. Casi tenía ganas de llevarse una pistola a la cabeza y acabar así de una vez. Sí, sería posible. Si alguien me diera una en este momento, pensó, sería cosa de un instante.

Tras subir los peldaños de piedra de la acera, cruzaron hacia el Café Recinto. Morton abrió la puerta y cedió el paso a Cris. Éste entró y se deslizó en una de las mesas apartadas. Morton trajo dos tazas de café y se sentó frente a él.

—Ahora, escucha —dijo, revolviendo el azúcar—. Soy tu mejor amigo; al menos, eso creo. Y que el diablo me lleve si me quedo tan tranquilo viendo cómo te matas.

El corazón de Cris dio un vuelco. Tragó saliva y se deshizo de sus pensamientos, como si Morton pudiese verlos.

—No me importan tus teorías —dijo—. No creo en ninguna de ellas.

—¿Qué demonios esperas para convencerte? ¿Me creerás cuando estés muerto?

—Mira —insistió Cris, caprichoso—, no creo en eso. Basta. Ahora olvídate del asunto.

—Oye, Cris, puedo demostrarte...

—¡No puedes demostrarme nada! —interrumpió él.

—Es un fenómeno comprobado... —insistió Morton, con paciencia.

Cris le echó una mirada de disgusto, meneando la cabeza.

—Cómo sueñan ustedes, los muchachitos de guardapolvo blanco, allá en el claustro sagrado de los laboratorios. Al cabo de un tiempo, son capaces de creer cualquier cosa. Siempre que puedan calcularlo, medirlo...

—¿Quieres escucharme, Cris? ¿Cuántas veces te has quejado de que saltan astillas, de que las puertas de los armarios se abren solas y las alfombras se deslizan? ¿Cuántas veces, dime?

—¡Oh!, por el amor de Dios, no vuelvas a empezar. Prefiero irme. No estoy de humor para escuchar tus conferencias. Resérvalas para esos pobres idiotas que pagan aranceles por escucharlas.

—¡Ojalá pudiera convencerte! —dijo el otro.

—Olvídate de eso.

—¿Que lo olvide? ¿No te das cuenta del peligro que corres a causa de tu temperamento?

—Te digo que...

—¿Dónde crees que va ese malhumor tuyo? ¿Crees que desaparece? No, no es así. Pasa a tus cuartos, a tus muebles, al aire. Pasa a Sally. Lo enferma todo, y también a ti. Lo llena todo, te va expulsando. Crea un vínculo entre lo inanimado y lo animado, psicobolismo. ¡Oh, no pongas esa cara de petulancia! Pareces un niño al que le mencionan la sopa. Siéntate, por el amor de Dios. Ya eres adulto; pórtate como corresponde.

Cris encendió un cigarrillo y dejó que la voz de Morton se perdiera en un murmullo ininteligible. Echó una mirada al reloj de pared. Las doce menos cuarto. Dentro de dos minutos, si el ferrocarril funcionaba a horario, ella se habría marchado. El tren empezaría a alejarse, y la ciudad de Fort quedaría atrás para ella.

—Te lo he dicho muchas veces —decía Morton—: nadie sabe de qué está hecha la materia. Átomos, electrones, energía pura... Son sólo palabras. ¿Quién sabe dónde termina? Suponemos, teorizamos, fabricamos instrumentos para medirla. Pero no sabemos nada.

»Eso, en cuanto a la materia. Piensa ahora en el cerebro humano y en sus desconocidas facultades. Es un continente inexplorado, Cris, y tal vez lo sea por mucho tiempo más. Mientras tanto, esos poderes que sospechamos seguirán ejerciendo su energía sobre nosotros y tal vez también sobre la materia, aunque no podamos medirlos ni calcularlos.

»Y yo sostengo que estás envenenando tu casa. Digo que tu temperamento ha impregnado su estructura, todos los objetos que tocas. Todos sufren la influencia de tus cóleras incontrolables. Y pienso también que, si no fuera por la presencia de Sally, que actúa como factor abortivo, podrías ser objeto de un verdadero ataque de...

Cris escuchó las últimas frases.

—¡Oh, acaba con toda esa charlatanería! —saltó, furioso—. ¡Hablas como un niño que acaba de leer a Tom Swift!

Morton suspiró. Deslizándose los dedos por el borde de la taza, meneó tristemente la cabeza.

—Bueno —dijo—, sólo me resta confiar en que no te pase nada. Es obvio que no vas a escucharme.

—Te felicito. Al fin estamos de acuerdo en algo —dijo Cris, mirando su reloj—. Y ahora, si me lo permites, iré a escuchar los tartamudeos de aquellos cretinos que ni siquiera son capaces de asimilar los párrafos que leen.

Se levantaron.

—Deja, yo pago —dijo Morton.

Pero Cris arrojó una moneda sobre el mostrador y salió. Morton lo siguió, guardando el cambio en el bolsillo con movimientos demorados. Afuera, palmeó a Cris en el hombro.

—Trata de tomártelo con calma —dijo—. Oye, ¿por qué no vienes con Sally a casa, esta noche? Podríamos jugar unas cuantas manos de bridge.

—Imposible —respondió Cris.

\* \* \*

Los estudiantes estaban leyendo una selección de *Rey Lear*, todos con la cabeza inclinada sobre los libros. Cris los miraba sin ver.

*Tendré que resignarme*, se dijo. Tendré que olvidarla, eso es todo. Se ha ido. No voy a lamentarlo. No voy a esperar, contra toda esperanza, que se le ocurra volver. No quiero que vuelva. Estoy mejor sin ella. Libre, sin cadenas.

Se borraron sus pensamientos, dejándolo vacío y desolado. Le parecía imposible volver a escribir otra palabra por el resto de su vida. Súbitamente amargado por otra idea, pensó: *Tal vez fue sólo la perturbación de su partida lo que me permitió encontrar palabras*. Porque, después de todo, cada palabra pensada, cada idea brevemente florecida, guardaba relación con ella, con su partida, con la infelicidad que eso le provocaba.

Se interrumpió. *¡No!*, gritó, en silenciosa batalla. No dejaré que sea de ese modo. Soy fuerte. Esta sensación es sólo temporaria. Aprenderé muy pronto a prescindir de ella, y entonces podré trabajar. Escribiré, tal como lo he soñado. Después de todo, ¿no he vivido acaso dieciocho años más? ¿No me han llenado hasta el hartazgo de imágenes y sonidos, de ideales, impresiones e interpretaciones?

Temblaba de excitación. Vio que una mano se agitaba frente a él, y enfocó la vista. Miró fríamente a aquella muchacha.

—¿Sí? —dijo.

—¿Podría decirnos cuándo nos devolverá los exámenes parciales, profesor Neal? —preguntó ella.

En la mejilla derecha de Cris, un nervio se lanzó a palpar. Tuvo deseos de lanzar a la cara de aquella muchacha cuanta invectiva pudiera pensar. Cerró los puños.

—Los devolveré en cuanto estén calificados —respondió, tenso.

—Sí, pero...

—Ya me ha oído —cortó, alzando la voz al final de la frase.

La muchacha tomó asiento. Al bajar la cabeza, él vio que miraba a su compañero más próximo, encogiéndose de hombros con expresión de disgusto.

—Señorita... —manoseó el registro hasta ubicar su nombre—. ¡Señorita Forbes!

Ella levantó la vista, pálidas sus facciones, los labios rojos resaltándole contra la piel blanca. Una idiota de alabastro pintado. Esa frase lo azuzó.

—Puede salir del salón —ordenó, ásperamente.

El rostro de la muchacha se llenó de confusión.

—¿Por qué? —preguntó, con voz débil y lastimera.

—Parece que no me ha oído —dijo el profesor, con ira creciente—. Dije que se retire.

—Pero...

—¿Me oye? —gritó.

Ella recogió sus libros a toda prisa, con las manos temblorosas y el rostro ardiendo en confusión. Se dirigió hacia la puerta, con los ojos bajos; su garganta se estremecía convulsivamente.

La puerta se cerró tras ella y Cris se dejó caer en el asiento. Se sentía terriblemente mal. Ahora, pensó, todos se volverán contra mí, en defensa de esa pobre cabecita hueca. Y el doctor Ramsey tendrá más leña para su pequeña fogata.

Y tenían razón.

No podía apartar ese pensamiento de su mente. Tenían razón. Él lo sabía. En lo más recóndito de su intimidad, su mente, a la que no podía acobardar con la violencia irracional, admitía que era un estúpido. *No tengo derecho a enseñar a otros*. Ni siquiera puedo enseñarme yo mismo a ser hombre. Sintió deseos de gritar esas palabras, de confesarse entre sollozos y arrojarse por una de las ventanas abiertas.

—¡Basta de murmullos! —exigió con fiereza.

El aula quedó en silencio. Él permaneció tenso, a la espera de cualquier señal de militancia. Soy el profesor, dijo para sí; deben obedecerme, porque soy...

Perdió el concepto y volvió a divagar. ¿Qué significaban todos esos alumnos, y la muchacha que preguntaba por los exámenes parciales? ¿Qué importaba todo, al fin y al cabo?

Echó una mirada a su reloj. En pocos minutos más, el tren entraría en Centralis. Ella abordaría allí el expreso a Indianápolis. Después, a Detroit, donde vivía su madre. Lejos.

Lejos. Trató de visualizar la palabra, de concebirla en términos de vida. Pero la imagen de la casa sin ella estaba más allá de sus facultades. Porque no era sólo la casa sin ella, sino algo más.

Lo que John le dijera empezaba a preocuparle. ¿Sería posible? Estaba en condiciones de aceptar lo increíble. Si era increíble que ella lo hubiera abandonado, ¿por qué no extender las imposibilidades que le estaban ocurriendo?

Enojado, se dijo: *Está bien. La casa tiene vida*. Yo le he dado esa vida con mis mortíferos arrebatos de ira. Quiera Dios que, al entrar yo por su puerta, el techo se precipite sobre mí. ¡Ojalá se derrumben las paredes! ¡Ojalá mi cuerpo quede reducido

a pulpa bajo el peso aplastante del cemento, la madera y el ladrillo! No quiero otra cosa. Un agente que acabe conmigo, puesto que no puedo hacerlo solo. ¡Si al menos algún revólver pudiera cometer mi suicidio! O si el gas me lanzara sus vapores mortales con sólo pedirlo, o si una navaja me cortara las carnes, obedeciendo mis órdenes...

La puerta se abrió. Al levantar la vista vio allí al doctor Ramsey, el rostro petrificado en una máscara de indignación. Detrás de él, en el vestíbulo, estaba la muchacha, con el rostro surcado de lágrimas.

—¿Me permite un momento, Neal? —dijo Ramsey en tono seco, y volvió a salir al vestíbulo.

Cris permaneció sentado ante el escritorio, con la vista fija en la puerta. Súbitamente se sintió cansado, exhausto. El solo acto de levantarse para salir al vestíbulo era más de lo que podía afrontar. Echó una mirada a la clase. Unos cuantos alumnos trataron de disimular sus sonrisas.

—Para mañana, terminen de leer *Rey Lear* —indicó.

Hubo algunos gruñidos. Ramsey volvió a aparecer en la puerta, con el rostro enrojecido.

—¿Viene, Neal? —preguntó en voz alta.

Cris se dirigió hacia el vestíbulo a través del salón; estaba tenso de cólera. La muchacha, siempre oculta tras la maciza corpulencia del Doctor Ramsey, bajó la mirada.

—¿Qué significa esto, Neal? —preguntó Ramsey.

*Está bien, pensó Cris, jamás me llamas profesor; de cualquier modo, no llegaré a titular, ¿verdad?* Tú te encargarás de que no llegue, grandísimo bastardo.

—No comprendo —replicó, en el tono más frío que pudo adoptar.

—La señorita Forbes, aquí, afirma que usted la expulsó de la clase sin el menor motivo.

—En ese caso, la señorita Forbes ha dicho una mentira bastante estúpida.

*Tengo que contener esta ira, pensó.* Que no aflore. El esfuerzo de contenerla lo hizo estremecer. Mientras tanto, la muchacha soltó una exclamación y volvió a sacar su pañuelo. Ramsey se volvió para darle unas palmaditas en el hombro.

—Vaya a mis despacho, hija. Espéreme allí.

Ella se volvió con lentitud.

*¡Demagogo!*, gritó la mente de Neal. Qué fácil te resulta hacerte popular entre ellos. Total, no tienes que luchar con mentes atrofiadas.

La señorita Forbes se perdió tras el recodo y Ramsey volvió a mirarlo.

—Espero que pueda darme una buena explicación —dijo—. Su conducta ya me está cansando un poco, Neal.

Cris no habló. *¿Qué hago aquí?*, se preguntó de pronto. *¿Qué diablos hago en*

este vestíbulo sombrío, escuchando los regaños de este patán?

—Estoy esperando, Neal.

Cris se puso tieso.

—Le he dicho que miente —respondió, con aparente calma.

—Me inclino a creer lo contrario —repuso el doctor Ramsey, con voz alterada.

Un estremecimiento recorrió el cuerpo de Cris. Adelantó la cabeza y dijo lentamente, con los dientes apretados:

—Puede creer lo que le dé la gana.

Ramsey crispó los labios.

—Creo que es hora de que se presente ante la junta directiva —expresó sin alzar la voz.

Cris, en cambio, respondió en tono bien audible:

—¡Magnífico!

Ramsey hizo ademán de cerrar la puerta del aula, pero él la abrió de un puntapié, golpeándola contra la pared. Una muchacha soltó un grito ahogado.

—¿Qué pasa? —chilló Cris—. ¿No quiere que los estudiantes oigan cómo le canto las cuarenta? ¿No quiere que sospechen siquiera lo imbécil, lo charlatán, lo asno que es usted?

Ramsey levantó los puños convulsos. Los labios le temblaban con violencia.

—¡Ya basta, Neal! —gritó.

Cris, dando un paso adelante, lo apartó de un empujón, a pesar de su corpulencia.

—¡Oh, salga de en medio! —barbotó.

Buscó la salida. El vestíbulo pasó velozmente ante sus ojos. La campana sonó como si tañera en otro mundo. El edificio palpitaba de vida; de los salones brotaron estudiantes a torrentes.

—¡Neal! —gritó el doctor Ramsey.

Siguió su marcha. *¡Oh, Dios!, quiero salir de aquí, me estoy ahogando*, pensó. Mi sombrero, mi portafolios... No importa, salgamos de aquí.

Bajó las escaleras, mareado; una multitud de estudiantes se arremolinaban junto a él como una marea, sin identificación posible. Tenía la mente muy lejos de ellos.

\* \* \*

Ciego, con la vista clavada al frente, cruzó el vestíbulo de la planta baja. Atravesó la puerta y el porche, para salir a la acera del recinto. No prestó la menor atención a los estudiantes que contemplaban atónitos sus rubios cabellos alborotados, sus ropas en desorden. Siguió caminando.

*Lo hice*, pensó, belicoso. He roto con esto. ¡Estoy libre!

Me siento mal.

Mientras bajaba por Main Street, mientras viajaba en el ómnibus, iba renovando sus reservas de ira. Repasó una y otra vez el episodio del vestíbulo. Invocó la visión del estólido rostro de Ramsey, repitió sus palabras. Conservó su tensión y su furia. *Me alegro*, se decía, enérgico. Todo está solucionado. Sally se ha ido. Bien. Se acabó el empleo. Bien. Ahora puedo hacer lo que quiera. Un júbilo iracundo palpitaba en él. Se sentía solo, un extranjero en el mundo; y eso le alegraba el ánimo.

Descendió del ómnibus en la parada de la esquina y se dirigió decididamente hacia la casa, fingiendo no sentir dolor alguno al acercarse. Es sólo una casa vacía, pensó. Nada más. A pesar de todas esas teorías pueriles, es simplemente una casa.

Abrió la puerta. Allí estaba Sally, sentada en el diván.

Él se tambaleó, como si alguien lo hubiese empujado. Mudo, inmóvil, le clavó la vista. Ella también lo miraba, estrujándose las manos.

Cris tragó saliva.

—¿Y bien? —logró decir.

—Yo... —comenzó ella, sintiendo la garganta cerrada—. Bueno...

—¿Bueno qué? —replicó él, en tono alto y rápido, para ocultar el temblor de su voz.

Ella se puso de pie.

—Cris, por favor. ¿No vas a pedirme que... que me quede?

Lo miraba suplicante, como una niña. Eso lo encolerizó. Todos sus sueños se iban a pique; todas sus nuevas ideas estaban allí, pisoteadas.

—¡Yo, pedirte que te quedes! —le gritó—. ¡Dios me libre! ¡No te pido nada!

—¡No, Cris!

*Está a punto de derrumbarse*, le advirtió la mente; *no aguanta más. ¡Ahora, sácala de aquí! ¡Apártala de entre estas paredes!*

—Cris, sé bueno —sollozó ella—. Por favor, sé bueno.

—¡Bueno, yo! —estuvo a punto de atragantarse con esa palabra. Un calor salvaje le recorría el cuerpo—. ¿Acaso tú has sido buena? Me has vuelto loco, me has hundido en un pozo de desesperación. No puedo salir, ¿comprendes? ¡Jamás, jamás! ¡Entiéndelo! ¡Jamás podré escribir! ¡No puedo escribir! ¡Tú has acabado con mí inspiración! ¡La mataste! ¿Lo entiendes? ¡La mataste!

Ella retrocedió hacia el comedor. Cris, con las manos temblorosas a los lados del cuerpo, fue tras ella. Sally lo había obligado a confesar aquello, y la odiaba más aún por eso.

—Cris... —murmuró ella, espantada.

Fue como si su ira se expandiera, a la manera de las células, inundándolo de furia, hasta que ya no hubo en él huesos ni sangre, sino un odio acusador convertido en carne.

—¡No te quiero aquí! —le gritó—. Tienes razón: ¡no te quiero aquí! ¡Vete!

Sally le clavó unos ojos desmesurados; su boca parecía una herida abierta. De pronto echó a correr con los ojos brillantes de lágrimas y huyó por la puerta del frente. Él se dirigió a la ventana y la observó; corría calle abajo, con el pelo castaño oscuro suelto al viento.

\* \* \*

Súbitamente mareado, se hundió en el diván y cerró los ojos, clavándose las uñas en la palma de las manos. *¡Oh, Dios!, que mal me siento*, insistió su mente agitada.

Dobló la cintura para echar a su alrededor una mirada estúpida. ¿Qué pasaba? Era como si se estuviese filtrando en el diván, en las paredes del piso, como si se disolviera en el aire, uniéndose a las moléculas de la casa. Soltó un débil gemido. Le dolía la cabeza; se oprimió la frente con una mano.

—¿Qué? —musitó—. ¿Qué?

Se levantó. Trató de olfatear aquello, como si se tratara de un vapor. Trató de escucharlo, como si fuera un ruido. Se volvió para mirarlo. Como si fuera algo mensurable, con longitud, altura y ancho. Algo amenazador.

Se tambaleó, y volvió a caer en el diván. Echó una mirada a su alrededor. Nada. Todo era intangible. Tal vez fuera sólo cosa de su imaginación. Los muebles tenían el aspecto de siempre. La luz del sol se filtraba por las ventanas a través de las cortinas de gasa, y dibujaba parches dorados en el suelo de madera. Las paredes tenían el habitual color pastel, el cielorraso no había cambiado. Sin embargo, algo se oscurecía, se oscurecía.

—¿Qué?

Hizo un esfuerzo para levantarse, y cruzó la habitación con pasos vacilantes. Ya había olvidado a Sally. Pasó al comedor. Tocó la mesa, contempló el roble oscuro. Fue a la cocina. Se detuvo junto al fregadero para mirar por la ventana.

Allá iba ella, lejos, caminando a tropezones. Tal vez no podía seguir esperando el ómnibus. Tenía que alejarse de la casa. Se alejaba de él.

—Iré a buscarla —murmuró.

No, pensó. No, no iré tras ella como un...

Olvidó lo que quería decir, y bajó la vista al fregadero. Se sentía borracho. Todas las cosas parecían tener los bordes difusos. Sally había lavado las tazas, y el platillo roto ya no estaba. Se miró el corte en el dedo. Estaba seco. Ya lo había olvidado.

Súbitamente volvió a mirar a su alrededor, como si alguien se hubiese deslizado a sus espaldas. Clavó la vista en la pared. Algo se estaba levantando. Lo sentía.

*No es mi imaginación.* Pero tenía que ser así.

*¡Imaginación!*

Abatió el puño contra el fregadero. Escribiré. Escribiré, ¡escribiré! Voy a

sentarme para limpiarme de todo esto con las palabras; con ellas me quitaré esta sensación de angustia, de terror, de soledad. Voy a escribirlo, para extraérmelo del organismo.

—¡Sí! —gritó.

Salió corriendo de la cocina. Se negaba a aceptar el temor instintivo, ignoraba la amenaza que parecía espesar todo el ambiente.

Una alfombra se deslizó, la apartó de un puntapié y se sentó. El aire tenía cierta resonancia. Arrancó la cubierta de la máquina. Contempló el teclado, nervioso. El momento previo al ataque. *¡Pero el ataque es mío!*, pensó, triunfante. *¡Es mi ataque contra la estupidez, contra el temor!*

Insertó una hoja en la máquina, mientras trataba de reunir sus pensamientos palpitantes. *Escribe*, dijo su mente. *Escribe*, ahora mismo.

—¡Ahora mismo! —gritó.

Sintió que el escritorio le golpeaba las piernas. Y el dolor centelleante avivó de un tajo sus sentidos. Asestó un puntapié al mueble, con automático frenesí. Más dolor. Volvió a patearlo. El escritorio se lanzó contra él. Cris soltó un grito.

*Lo había visto moverse.*

Ya privado de su furia, trató de retroceder. Pero las teclas de la máquina se movieron bajo sus manos. Bajó rápidamente la vista, sin poder discernir si era él quien las accionaba, o si se movían por sí mismas. Tironeó histéricamente, tratando de liberar sus dedos, pero no pudo. El teclado se movía con más celeridad de la que podía apreciar con la vista. Formaban un borrón móvil. Sintió que las teclas le arrancaban la piel, desollándole los dedos, dejándoselos en carne viva. Ya empezaban a exudar sangre.

Volvió a tironear, gritando al mismo tiempo. Al fin logró apartar los dedos y saltó hacia atrás en la silla.

El cajón del escritorio, enganchado en la hebilla de su cinturón, salió disparado y se le estrelló contra el estómago. Volvió a chillar. El dolor era como una gran nube negra cernida sobre su cabeza.

Hizo ademán de cerrar el cajón, y vio en él los lápices amarillos. Centelleaban. Su mano se precipitó dentro del cajón.

Uno de los lápices se clavó en ella. Los guardaba siempre con las puntas bien afiladas. Fue como la picadura de una serpiente. Retiró la mano, ahogando un grito de dolor. La punta se le había hundido bajo una uña, clavándose en la carne blanda. Soltó un aullido de cólera y de dolor, y tironeó del lápiz con la otra mano. La punta salió disparada y se le clavó en la palma de la mano. No pudo deshacerse del lápiz, y él siguió arrastrándose sobre la carne. Mientras él tironeaba, el lápiz iba trazando rayas negras y melladas en su piel, arrancándosela.

Lo lanzó a través del cuarto. El lápiz se estrelló contra la pared y cayó sobre la

goma; pareció rebotar, rodó sobre sí mismo y quedó inmóvil.

Cris perdió el equilibrio. La silla cayó hacia atrás y se golpeó secamente la cabeza contra las tablas del suelo. La mano, extendida, se aferró al antepecho de la ventana. Diminutas astillas se le clavaron en la piel, como agujas invisibles. Aulló, presa de un terror mortal. Agitó las piernas en el aire y los exámenes parciales llovieron sobre él como las alas de una bandada enloquecida.

De pronto, la silla se alzó sobre los resortes. Las pesadas ruedas giraron sobre sus manos, desolladas y sangrantes. Las retiró con un chillido. Levantó una pierna y asestó a la silla un violento puntapié, estrellándola de costado contra la repisa; sus ruedas giraron, castañeteando como una horda de insectos furiosos.

Se levantó de un salto, pero volvió a perder el equilibrio y cayó, estrellándose contra el antepecho de la ventana. Las cortinas cayeron sobre él como un pitón. Los rieles se soltaron, golpeándole el cráneo. Sintió que la frente se le cubría de cálida sangre. Se revolcó por el suelo. Las cortinas parecieron enroscarse en torno a su cuerpo como serpientes. Volvió a gritar, mientras tironeaba de ellas, enloquecido, con los ojos despavoridos.

Logró arrancárselas y se incorporó de un salto, tambaleándose en busca del equilibrio. Lo asaltó entonces el dolor en las manos. Parecían de carne cruda: la piel le colgaba a jirones. Tendría que vendárselas. Se dirigió hacia el baño.

Al primer paso, la alfombra se deslizó bajo sus pies: la misma que él había apartado de un puntapié. La sintió volar por el aire y extendió ambas manos, en un gesto instintivo, para detener la caída. Un dolor deslumbrante le hizo brincar. Uno de sus dedos soltó un chasquido seco. Varias astillas se dispararon contra sus dedos desollados. En el tobillo sintió la quemadura de otro dolor.

La biblioteca se inclinó hacia él. Trató de atajarla con un brazo, al tiempo que gritaba. El mueble vino a estrellarse contra él, y el estante superior le pegó en el cráneo. Se sintió barrido por olas negras; un dolor agudo y filoso le perforó el cerebro. Sobre él cayó una lluvia de libros. Gruñendo, rodó sobre un costado y trató de salir arrastrándose, apartando débilmente los volúmenes. Estos, al caer abiertos, le hirieron los dedos, con los bordes de las páginas a modo de navajas.

El dolor le aclaró la mente. Se sentó, apartando los libros. Empujó la biblioteca hasta erguirla contra la pared. La parte posterior, desprendida, cayó ruidosamente.

Se levantó; el cuarto daba vueltas ante sus ojos. Tropezó contra la pared y trató de sostenerse de ella. Pero la pared parecía rodar bajo sus manos. Al no encontrar apoyo, cayó sobre las rodillas. Volvió a levantarse.

—Vendarme —murmuró, con voz ronca. Las palabras parecieron invadir todo su cerebro. Avanzó tambaleante a través del comedor estremecido, en dirección al baño.

Se detuvo. *¡No! ¡Sal de esta casa!*

Supo que no era su voluntad lo que le llevaba hasta allí. Trató de volverse, pero

resbaló en el mosaico y se golpeó el codo contra el borde de la bañera. Un dolor intenso le punzó el antebrazo y la parte inferior quedó insensible. Cayó al suelo, a lo largo, retorciéndose de dolor. Las paredes se empañaron, envolviéndolo como un sudario.

Se sentó, respirando con gran esfuerzo. Con un gemido ahogado, volvió a levantarse. Su brazo salió disparado y abrió el botiquín. La puerta le golpeó la mejilla, abriendo un tajo irregular en la carne blanda.

Echó la cabeza hacia atrás. La quebradura del techo parecía una sonrisa idiota en una cara blanca e inexpresiva. Gimiendo de terror, bajó el rostro y trató de retroceder.

Su mano se extendió. *¡Yodo, gasa!*, gritó su mente. La mano volvió con la navaja.

Saltaba en su mano como un pez recién cogido. La otra mano se dirigió al botiquín. *¡Yodo, gasa!*, volvió a chillar su mente.

La larga hoja brillante surgió de su vaina. No pudo detener la mano. Ésta condujo torpemente la hoja a través de su pecho. Cortó la camisa. Cavó una hendedura en su carne. La sangre saltó.

Trató de arrojar la navaja, pero parecía pegada a la piel. Saltaba en su dirección, hacia sus brazos, sus manos, sus piernas, su cuerpo. Hacia su garganta.

Un alarido de pánico total le brotó de los labios. Salió del baño a la carrera y entró a tropezones en la sala.

—¡Sally! —gritó—. Sally, Sally, Sally...

La navaja llegó a su garganta. El cuarto se tornó negro. Dolor... La vida, manando hacia la noche. Silencio sobre el mundo todo.

Al día siguiente, el doctor Morton entró en la casa. Llamó a la policía. Y más tarde, el comisario escribió en su informe: «Fallecido a causa de heridas autoinfligidas».

(*The Foodlegger*, 1952)

Los vehículos se detuvieron entre chirridos de frenos: unas maldiciones ahogadas rebotaron contra los parabrisas. Los peatones saltaron hacia atrás, con los ojos dilatados y la boca abierta en una incrédula O.

Una gran esfera de metal había aparecido, como brotada del aire, en mitad de la intersección.

—¿Qué, qué? —balbuceó el agente de tránsito, abandonando la fortaleza de su isla de cemento.

—¡Buen Dios! —gritó una secretaria, inclinándose fuera de una ventana del tercer piso—. ¿Qué será eso?

—¡Brotó de la nada! —barbotó un viejo—. ¡De la nada, caramba!

Gritos sofocados. Todo el mundo se inclinó hacia adelante, con el corazón agitado. La puerta circular de la esfera se estaba abriendo.

Un hombre saltó de ella y miró a su alrededor, interesado. Clavó sus ojos en la gente, la gente lo miró a su vez.

—¿Qué significa esto? —vociferó el agente de tránsito, sacando su libreta de informes—. ¿Conque busca problemas?

El hombre sonrió. Los que estaban más próximos le oyeron decir:

—Soy el profesor Robert Wade. Vengo del año 1954.

—Puede ser, puede ser —gruñó el funcionario—. Antes que nada, saque ese armatoste de aquí.

—Pero eso es imposible —dijo el hombre—. Al menos por el momento.

El agente proyectó el labio inferior.

—Imposible, ¿eh? —desafió.

Dio un paso hacia el globo de metal. Lo empujó. El artefacto no cedió un ápice. Lo pateó y soltó un aullido:

—¡Ay!

—Por favor —dijo el extranjero—. No servirá de nada.

Enojado, el agente empujó la puerta y echó una mirada al interior. Retrocedió de inmediato, con un grito ahogado en los labios pálidos.

—¿Qué? ¿Qué? —gritó, en fabulosa incredulidad.

—¿Qué pasa? —preguntó el profesor.

La cara del agente estaba sombría y perturbada. Le castañeteaban los dientes. Parecía atónito.

—Si usted... —comenzó el hombre.

—¡Cállese, puerco inmundo! —rugió el agente.

El profesor retrocedió alarmado, con la cara contraída por la sorpresa.

El agente se estiró hacia el interior de la esfera y sacó algunos objetos. Pandemónium.

Las mujeres desviaron el rostro con chillidos de asco. Los hombres más fuertes ahogaron gritos de asombro, y contemplaron aquello en parálisis total. Los niños echaron miradas furtivas. Las doncellas se desmayaron.

El oficial se quitó la chaqueta, escondió rápidamente los objetos bajo de ella y sostuvo el bulto con una mano temblorosa. Luego aferró violentamente el hombro del profesor.

—¡Sabandija! —bramó—. ¡Cerdo!

—¡Que lo cuelguen! ¡Que lo cuelguen! —coreó un grupo de damas coléricas, marcando el ritmo con sus bastones sobre la acera.

—¡Qué vergüenza! —murmuró un sacerdote, cuya cara se encendió rápidamente en bermellón.

El profesor se vio arrastrado calle abajo. Tironeó, protestando. Los gritos de la multitud le asfixiaron. Lo golpeaban con paraguas, bastones, muletas y revistas enrolladas.

—¡Villano! —acusaban, blandiendo dedos acusadores—. ¡Libertino desvergonzado!

—¡Qué repulsivo!

Pero en los callejones, en los cafetines, en las salas de juego, locas fantasías se ocultaban detrás de las sonrisas maliciosas. La voz se iba corriendo. Risitas ahogadas y formidablemente obscenas latían por las calles de la ciudad.

Llevaron al profesor a la cárcel.

Dos hombres de Tránsito se situaron ante el globo metálico. Alejaban a todos los curiosos. No dejaban de mirar hacia dentro con ojos brillantes.

—¡Justo allí! —decía uno de los agentes, lamiéndose los labios con entusiasmo—. ¡Tremendo!

\* \* \*

Cuando sonó el fonovisor, el Comisionado Principal Castlemould estaba contemplando tarjetas pornográficas. Contrajo violentamente sus hombros escuálidos; el susto le hizo chasquear los dientes postizos. Recogió aprisa la pila de tarjetas y las arrojó dentro del cajón de su escritorio. Echándoles una última mirada, cerró el cajón de un golpe, obligó a su rostro huesudo a adoptar una máscara de dignidad oficial y oprimió la llave de control.

Sobre la pantalla del fonovisor apareció el capitán Ranker de la Policía de

Tránsito; la gruesa papada rebasaba su cuello duro.

—Comisionado —canturreó el capitán, con las facciones empapadas de obediencia—, siento molestarlo durante su hora de meditación.

—Bueno, bueno, ¿de qué se trata? —preguntó secamente Castlemould, tamborileando en su impaciencia la superficie lustrosa del escritorio.

—Tenemos un prisionero —dijo el capitán—. Dice ser un viajero del tiempo, proveniente de 1954.

El capitán echó a su alrededor una mirada culpable.

—¿Qué busca? —tartajeó el comisionado.

El capitán Ranker extendió una mano en ademán apaciguador. Luego, inclinándose por debajo de la mesa, recogió los tres objetos y los puso sobre su carpeta secante, donde Castlemould pudiera verlos.

Los ojos de Castlemould estuvieron a punto de saltar de sus órbitas. La nuez de Adán se le subió hasta la nariz.

—¡Ahhhh! —graznó—. ¿De dónde sacó eso?

—El prisionero lo traía consigo —respondió Ranker, incómodo.

El viejo comisionado devoró aquellos objetos con la vista. Por un rato, ninguno de los dos habló. Castlemould se sintió invadido por un mareo sensual. Su nariz dilatada soltó un bufido.

—¡Espere! —jadeó, en voz alta y entrecortada—. ¡Un momento!

Cortó la comunicación, pensó durante un segundo y volvió a oprimir la llave. El capitán Ranker retiró bruscamente la mano del escritorio.

—Mejor que no toque esas cosas —le previno Castlemould, con los ojos entrecerrados—. No las toque. ¿Comprendido?

El capitán Ranker se tragó el corazón.

—Sí, señor —balbuceó, mientras un intenso rubor se expandía por su cuello carnosos.

Castlemould hizo un gesto de burla y volvió a interrumpir la comunicación. Entonces se levantó de un salto, con una risa fuerte y aguda.

—¡Jaajaaa! —gritó—. ¡Jaajaaa!

Cruzó cojeando el cuarto, frotándose las manos. Hurgó deleitado la gruesa alfombra con sus finos zapatos negros.

—¡Jaajjaaaj! ¡Ja jaaj jaaj jaaj!

Y llamó a su coche particular.

\* \* \*

Pasos. El fornido guardia quitó el cerrojo y abrió la puerta.

—Levántese, usted —graznó, con los labios torcidos en una mueca de disgusto.

El profesor Wade se levantó y atravesó la puerta, echando a su carcelero una rápida mirada antes de salir al vestíbulo.

—A la derecha —ordenó el guardia.

Wade giró hacia la derecha y cruzaron el salón.

—Por qué no me habré quedado en casa —murmuró Wade.

—¡Silencio, perro impúdico!

—¡Oh, cállese! —dijo Wade—. Todos ustedes han de estar locos. Tanto lío por un...

—¡Silencio! —rugió el guarda, mirando presuroso a su alrededor, con un estremecimiento—. Ni siquiera mencione esa palabra en esta limpia cárcel.

Wade levantó hacia él sus ojos implorantes.

—Esto ya es demasiado —anunció—. De cualquier modo que se lo mire.

Se le introdujo en un cuarto en cuya puerta se leía: Capitán Ranker, Jefe de la Policía de Tránsito.

El jefe se levantó bruscamente al verlo entrar. Sobre la mesa estaban los tres objetos, discretamente tapados con un paño blanco.

Un hombre apergaminado, vestido como para un velorio, dirigió a Wade una mirada aguda y deductiva. Dos manos señalaron simultáneamente una silla.

—Siéntese —dijo el Jefe.

—Siéntese —dijo el Comisionado.

El jefe se disculpó. El comisionado hizo un gesto entre burlón y despectivo.

—Siéntese —repitió Castlemould.

—¿Quieren ustedes que me siente? —preguntó Wade.

Sobre las facciones del capitán Ranker, ya rojizas, se expandió un apoplético escarlata.

—¡Siéntese! —barbotó—. ¡Cuando el comisionado Castlemould ordena sentarse, quiere decir que se siente!

El profesor Wade se sentó. Ambos funcionarios lo rodearon, como aguiluchos que esperaran la oportunidad de lanzar el primer picotazo. El profesor miró al jefe Ranker.

—Quizá usted quiera decirme...

—¡Silencio! —saltó Ranker.

Wade dio una palmada furiosa sobre el brazo de la silla.

—¡No me callaré! Estoy harto de tanta cháchara estúpida. Miran ustedes en mi cámara del tiempo, encuentran esas tonterías y...

De un manotazo apartó la tela que cubría los objetos. Ambos funcionarios dieron un salto atrás, ahogando un grito, como si Wade hubiese arrancado las ropas de sus respectivas abuelas.

Wade se levantó, arrojando el paño sobre la mesa.

—¡Por el amor de Dios! ¿Qué pasa? —gruñó—. Es comida. Comida. Un poco de comida.

Los dos hombres soltaron respingos bajo el repetido impacto de esa palabra, como si recibieran ráfagas del viento del purgatorio.

—¡Cierre su sucia boca! —dijo el capitán, con voz fuerte y sibilante—. ¡No queremos oír sus obscenidades!

—¿Obscenidades? —gritó el profesor Wade, abriendo incrédulo la boca y los ojos—. ¿Es que oigo bien? —levantó uno de los objetos—. ¡Esto es una caja de galletas! —aclaró, incrédulo—. ¿Van a decir que es obscena?

El capitán Ranker cerró los ojos, estremecido. El viejo comisionado recuperó los sentidos y ahuecó los labios grisáceos, observando con ojillos astutos. Wade arrojó la caja sobre la mesa. El viejo palideció. El profesor tomó los otros dos objetos.

—¡Una lata de carne envasada! —exclamó furioso—. ¡Un termo con café! ¿Qué diablos hay de obsceno en la carne y en el café?

Un silencio mortal llenó el cuarto al final de ese alegato.

Todos se miraban mutuamente. Ranker temblaba como algo sin huesos, sofocado por el aturdimiento. La mirada del anciano se paseaba entre el rostro indignado de Wade y los objetos que había vuelto a dejar sobre la mesa. Sus centros cerebrales estaban tensos, en meditación.

Finalmente, Castlemould asintió y soltó una tosecita significativa.

—Capitán —dijo—, déjeme a solas con este canalla. Quiero llegar al fondo de esta atrocidad.

El capitán miró a su superior y asintió con un gesto de su grotesco cráneo. Salió rápidamente sin decir palabra. Lo oyeron alejarse a los tumbos por el vestíbulo, soltando bufidos.

—Ahora —dijo el comisionado, hundiéndose en la inmensidad de la silla de Ranker—, dígame su nombre... —su voz era halagadora, como si estuviera bromeando a medias.

Levantó el paño con dedos serenos y lo dejó caer sobre aquellos «objetos ofensivos», con el decoro de un sacerdote que cubriera con su túnica los hombros desnudos de una bailarina de cabaret.

Wade se hundió en la otra silla con un suspiro.

—Renuncio —dijo—. Vine del año 1954, en mi cámara de tiempo. Traje un poco de... comida... para cualquier emergencia. Y todos me dicen que soy un perro impúdico. Temo que no entiendo nada de esto.

Castlemould plegó las manos sobre su pecho hundido y asintió lentamente.

—Hummm. Bien, joven, me siento inclinado a creerle —dijo—. Es posible, lo admito. Los historiadores hablan de cierto período en el que el... ejem... sustento físico se tomaba por vía oral.

—Me alegro de que alguien me crea —dijo Wade—. Pero me agradecería que me explicara qué pasa con la comida.

El comisionado dio un ligero respingo ante la palabra. Wade volvió a mostrarse sorprendido.

—¿Es posible que la palabra «comida»... se haya vuelto obscena? —observó.

Ante el sonido reiterado de la palabra, algo pareció entrar en acción en el cerebro de Castlemould. Se inclinó hacia adelante y retiró el paño con ojos centelleantes. Pareció comerse con los ojos la caja, el termo, la lata. Su lengua recorrió los labios secos. Wade lo miró fijamente, con una sensación cercana al disgusto.

El viejo pasó una mano temblorosa sobre la caja de galletas, como si fueran las piernas de una corista. Sus pulmones lucharon con el aire.

—Comida...

Murmuró la palabra con el aliento entrecortado por la salacidad.

Luego, rápidamente, volvió a cubrir los artículos, como si el verlos lo aturdiera. Sus ojos viejos y brillantes se dirigieron al profesor Wade. Tomó una pequeña bocanada de aire.

—C..., bueno —dijo.

Wade se recostó en la silla; la confusión le quemaba el cuerpo. Meneó la cabeza e hizo una mueca al pensar en todo aquello.

—Es fantástico —murmuró.

Bajó la cabeza para evitar la mirada del viejo. Luego, al levantarla, vio que Castlemould espiaba otra vez bajo el paño, trémulo como un adolescente en su primera visita al teatro de revistas.

—Comisionado.

El viejo, sobresaltado, se sacudió en la silla y recogió los labios en un siseo asustado. Trató de reponerse.

—Sí, sí —dijo, tragando saliva.

Wade se levantó. Retiró el paño y lo extendió sobre el escritorio. Luego apiló los objetos en el centro y recogió las puntas, anudándolas. Hecho eso, dejó colgar el paquete a un costado.

—No quiero corromper esta sociedad —dijo—. Supongamos que averiguo lo que quiero sobre esta época y me marchó en mi... con esto.

En aquellas facciones arrugadas se dibujó el terror.

—¡No! —gritó Castlemould.

Wade lo miró, suspicaz. El comisionado se mordió mentalmente la lengua.

—Es decir, no tiene por qué marcharse tan pronto. Después de todo... —hizo un ademán extraño con sus brazos apergaminados, continuando—: Usted será mi huésped. Venga. Iremos a mi casa y...

Se aclaró violentamente la garganta; de inmediato se levantó y dio la vuelta al

escritorio. Palmeó a Wade en el hombro, con los labios retorcidos, la sonrisa de un hospitalario chacal.

—En mi biblioteca podrá encontrar todos los datos que necesite —dijo.

Wade no replicó. El viejo echó a su alrededor una mirada culpable.

—Pero será mejor que usted... hum..., no deje aquí ese bulto. Mejor llévelo consigo.

Dejó escapar un cloqueo confidencial. La suspicacia de Wade se acrecentó. Castlemould dio a sus palabras un tono severo.

—No me gusta decirlo —dijo—, pero no se puede confiar en los subordinados. Podría causar un terrible revuelo en el departamento. Me refiero a *eso*.

Y miró al lío con afectado descuido. Su delgada garganta sufrió una contracción de honestidad.

—Nunca se sabe lo que puede pasar —continuó—. Alguna gente, como usted sabe, carece de principios.

Lo dijo como si ese horrendo pensamiento acabara de aparecer involuntariamente en su prístino cerebro. Para evitar toda discusión, se dirigió hacia la puerta. Mientras aferraba el pomo de la puerta se volvió, diciendo:

—Espéreme aquí. Voy a tramitar su excarcelación.

—Pero...

—No es nada, no es nada —dijo Castlemould, saltando hacia el vestíbulo.

El profesor Wade meneó la cabeza. Luego metió la mano en el bolsillo y sacó de él una barra de chocolate.

—Será mejor esconder bien esto —se dijo—, o me veré ante el pelotón de fusilamiento.

\* \* \*

Ya en la entrada de su casa, Castlemould dijo:

—A ver, deje el paquete. Lo pondremos en mi escritorio.

—No me parece —dijo Wade, conteniendo la risa ante la cara ansiosa del comisionado—. Podría ser demasiada... tentación.

—¿Para quién, para mí? —exclamó Castlemould—. ¡Jaaj! ¡Qué divertido! —sin soltar el paquete del profesor, hizo un puchero—. Le diré qué podemos hacer —regateó, empecinado—. Iremos a mi estudio y yo cuidaré su paquete mientras usted toma notas de mis libros. ¿Qué le parece, ahhh? ¿Ahhh?

Wade siguió al hombre cojo hasta el estudio de techo alto. Aún no comprendía. Comida. Probó el sonido en su mente. Sólo una palabra inofensiva. Pero, como cualquier otra, tendría el significado que la gente quisiera darle.

Vio que las manos de Castlemould, de venas hinchadas, acariciaban el atado; notó

la expresión codiciosa y taimada que invadía su cara vieja y severa. Se preguntó si podría dejar la... Sonrió para sí ante la vacilación de su mente. Se estaba contagiando.

Cruzaron juntos la ancha alfombra.

—Tengo la mejor colección de la ciudad —se jactó el comisionado—. Completa. —Guiñó un ojo surcado de venillas rojas y prometió—: Sin censura.

—Qué bien —dijo Wade.

Ya ante los estantes, recorrió los títulos con la vista, inspeccionando las hileras paralelas que cubrían las paredes de la habitación.

—¿Tiene algún...? —comenzó, volviéndose.

Se interrumpió. El comisionado no estaba ya junto a él, sino sentado ante su escritorio. Había desenvuelto el atado y contemplaba la lata de carne con la impúdica mirada de un avaro que contara su oro.

—¡Comisionado! —llamó Wade en voz alta.

El viejo saltó violentamente, arrojando la lata al suelo. De inmediato desapareció de la vista, para aparecer un momento después, lleno de avergonzada mortificación, con la lata bien sostenida en ambas manos.

—¿Sí? —preguntó, gentilmente.

Wade se volvió sin perder tiempo; los hombros le temblaban por la risa reprimida.

—¿Tiene algún texto de historia? —preguntó, con voz entrecortada por la hilaridad.

—¡Sí, señor! —espetó Castlemould—. El mejor texto de historia de la ciudad... —tomó el volumen de un estante cubierto de polvo—. Precisamente el otro día lo estaba leyendo —dijo, alcanzándolo al profesor Wade.

Éste asintió, mientras soplaba el polvo del libro, que se levantó en una nube.

—Muy bien —dijo Castlemould—. Ahora usted se sienta aquí... —palmeó el resquebrajado respaldo de cuero de un sillón—. Le traeré algo para que escriba —agregó.

Wade lo contempló mientras volvía apresuradamente al escritorio y tironeaba el cajón superior. *Será mejor que lo deje con la comida*, pensó, mientras Castlemould volvía con un grueso bloc de artipapel. Wade iba a decirle que tenía su propio bloc, pero cambió de idea; tal vez le vendría bien tener una muestra de papel del futuro.

—Ahora usted se sienta aquí y toma todas las notas que quiera —dijo Castlemould—, y no se preocupe por su c... No se preocupe.

Se tranquilizó.

—¿Y usted? ¿Adonde va?

—¡A ninguna parte, a ninguna parte! —aseguró el comisionado—. Me quedaré aquí. Cuidando la...

Su nuez de Adán dio otra zambullida ante los objetos y la voz se le apagó en una

pasión agotadora.

Wade se recostó en la silla y abrió el libro. Sólo una vez volvió a mirar al anciano; Castlemould estaba sacudiendo el termo de café para escuchar su borboteo. Su rostro sumido tenía el aspecto de un idiota meditabundo.

La destrucción de la capacidad terrestre para producir c... se completó por el uso militar generalizado de los rocíos bacteriológicos. Esas diminutas gotitas de gérmenes penetraron en los suelos a profundidad suficiente como para imposibilitar el crecimiento de las plantas. Destruyeron también la mayor parte de los animales que proveían proteínas, así como los comestibles oceánicos, en favor de los cuales no se tomaron medidas precautorias en el último ataque desesperado de la guerra.

Asimismo, quedaron impotables las mayores reservas de agua del planeta. Cinco años después de la guerra, en el momento de escribirse esta obra, continuaba la intensa contaminación que las últimas lluvias no habían logrado disminuir.

Más aún...

Wade levantó la vista del texto, meneando sombríamente la cabeza y miró hacia el comisionado. Castlemould estaba recostado en su silla, jugueteando pensativo con la caja de galletas.

Wade volvió a su libro y finalizó rápidamente el trozo escogido. Echó una mirada a su reloj. Era hora de regresar. Completó sus anotaciones y cerró el libro. Ya de pie, volvió a colocar el volumen en su sitio y se dirigió al escritorio.

—Ahora debo irme —dijo.

Los labios de Castlemould temblaron, descubriendo sus dientes de porcelana.

—¿Tan pronto? —dijo, y en esas palabras había algo cercano a la amenaza. Recorrió la habitación con la vista, en busca de algo—. ¡Ah! —exclamó.

Dejó suavemente la caja de galletas y se puso de pie.

—¿Qué tal un bolo intravenoso? —propuso—. Uno cortito, antes de marcharse, ¿eh?

—¿Un qué?

—Bolo intravenoso.

Wade sintió que la mano del comisionado le tomaba el brazo para conducirlo otra vez al sillón.

—Venga —dijo Castlemould, extrañamente jovial.

Wade se sentó. *No pierdo nada, pensó. Dejaré la comida. Eso lo tranquilizará.*

El viejo hacía rodar una incómoda mesita ubicada en un rincón del cuarto. En la parte superior tenía un indicador y múltiples zarcillos brillantes, cada uno terminado en una aguja achaparrada.

—Es nuestra forma de...

El comisionado echó una mirada en su torno, como un vendedor de tarjetas prohibidas y concluyó suavemente:

—... beber.

Wade le vio tomar uno de los zarcillos.

—A ver, deme la mano —dijo el comisionado.

—¿Duele?

—No, en absoluto —respondió el viejo—. No tiene nada que temer.

Tomó la mano de Wade y clavó la aguja en la palma. Wade ahogó un grito. El dolor pasó casi de inmediato.

—Podría... —comenzó Wade.

En ese momento sintió que un tranquilizador fluir de licores corría por las venas.

—Bueno, ¿verdad? —preguntó el comisionado.

—¿Así beben ustedes?

Castlemould clavó una aguja en su propia palma.

—No cualquiera tiene un modelo especial como éste —dijo, orgulloso—. Este juego intravenoso es un regalo del gobernador del Estado. En agradecimiento por mis servicios, ¿sabe usted? Por llevar ante la justicia a la banda de Tom.

Wade se sentía placenteramente aletargado. Sólo un momento más, pensaba, y después me iré.

—¿La banda de Tom? —inquirió.

Castlemould se acomodó en el borde de otra silla, explicando:

—Apócope de... ejem... banda de los Tomates, grupo de famosos criminales que intentaban cultivar... tomates. ¡Para venderlos al por mayor!

—Horror —comentó Wade.

—Fue grave, muy grave.

—Grave. Creo que ya basta para mí.

—Mejor cambiar un poco —dijo Castlemould y se levantó para manejar los diales.

—Es suficiente para mí —insistió Wade.

—¿Qué le parece esto? —preguntó Castlemould.

Wade parpadeó, sacudiendo la cabeza para despejar las nieblas.

—Basta —dijo—, estoy mareado.

—¿Y esto?

Wade sintió que el calor aumentaba. Parecía correrle fuego por las venas. La cabeza le daba vueltas.

—¡Basta! —dijo, tratando de levantarse.

—¿Y esto? —preguntó Castlemould, quitándose la aguja.

—¡Ya basta! —gritó Wade.

Se inclinó para quitarse la aguja, pero tenía las manos entumecidas y volvió a caer en la silla.

—Apáguelo —dijo, débilmente.

—¿Qué le parece esto? —exclamó Castlemould.

Wade gruñó; un chorro flamígero corría por su cuerpo. El calor retorció su organismo, trepando a saltos por él. Trató de moverse. No pudo. Estaba ya inerte, en un coma alcohólico, cuando Castlemould apagó al fin el artefacto. Quedó hundido en su silla, con los diminutos tentáculos aún prendidos de la mano. Sus ojos semicerrados estaban vidriosos y abotagados.

\* \* \*

Sonidos.

Su cerebro drogado trató de situarlos. Parpadeó. Era como tener el cerebro apesado entre piedras calientes. Abrió los ojos. El cuarto era un borrón. Los estantes se superponían en hileras acuosas de lomos de libros. Meneó la cabeza. Los sesos parecieron sacudírsele en una risita tonta.

Las neblinas empezaron a disiparse una a una, como los velos de una bailarina.

Vio a Castlemould ante su escritorio.

Estaba comiendo.

Encorvado sobre el escritorio, con la cara convertida en una mancha de negro rojizo, llevaba a cabo algún fanático rito carnal. Tenía los ojos inseparablemente fijos en el alimento esparcido sobre el paño. Estaba absorto, el termo golpeaba contra sus dientes. Lo sostenía entre sus dedos entrelazados, mientras el cuerpo le temblaba al pasar el líquido fresco por su garganta. Hacía chasquear estáticamente los labios.

Cortó otra rodaja de carne y la encerró entre dos galletas. Su mano temblorosa llevó el emparedado a su boca húmeda. Mordió los lados crocantes y masticó ruidosamente, con los ojos relucientes de excitación.

El rostro de Wade se contrajo por el asco; permaneció allí sentado, contemplando al anciano. Castlemould miraba ciertas postales mientras comía. Tenía la mirada clavada en ellas, y sus mandíbulas se movían esforzadamente. Brillaban sus ojos. Su vista pasaba de lo que comía a las tarjetas.

Wade trató de mover los brazos. Eran como troncos. Con bastante esfuerzo, logró deslizar una mano sobre la otra. Se quitó la aguja, soltando un ronco suspiro. El comisionado no lo oyó. Estaba perdido y absorto en su orgía digestiva.

A modo de prueba, Wade estiró las piernas. Parecían ajenas. Comprendió que, si intentaba ponerse de pie, caería de cara contra el suelo.

Se clavó las uñas en las palmas. Al principio no sintió nada. Después, la sensación fue volviendo lentamente, hasta llegarle al cerebro, barriendo la niebla.

No quitaba los ojos de Castlemould. El viejo comía entre estremecimientos, acariciando cada bocado. Wade pensó: *Está haciendo el amor con una caja de galletas.*

Luchó por recuperar el dominio sobre sí mismo. Tenía que regresar.

Castlemould ya había vaciado completamente la caja de galletas y recogía las migajas restantes. Las levantaba con un dedo húmedo y se las metía en la boca. Tras asegurarse de que no dejaba restos de carne, levantó el termo, ya prácticamente vacío, y lo suspendió sobre la boca abierta.

Las gotas restantes cayeron —tac, tac— en la cavidad de dientes blancos, y rodaron por la lengua hacia la garganta. Con un suspiro, bajó el termo. Volvió a mirar sus fotografías, con el pecho agitado. Después las dejó a un lado con un ademán de borracho y se dejó caer hacia atrás en la silla. Soñoliento, inexpresivo, contempló su escritorio, la caja vacía, la lata y el termo. Se pasó dos dedos cansados por la boca.

Después de algunos minutos, la cabeza se le cayó hacia adelante. Sus sonoros ronquidos levantaron ecos por toda la habitación.

El festival había concluido.

Wade se levantó con gran esfuerzo. Tropezó; el suelo parecía querer levantarse hasta su cara. Fue a dar contra una esquina del escritorio, donde se sujetó, mareado. Dio la vuelta al escritorio, apoyándose en su cubierta. El cuarto seguía girando ante sus ojos.

Se detuvo tras la silla del viejo, mirando los restos de aquella violenta cena. Aspiró una bocanada de aire, profunda y entrecortada y se sostuvo en la silla, cerrando los ojos, hasta que hubo pasado el mareo. Luego abrió nuevamente los ojos y volvió a mirar hacia la mesa, reparando en las tarjetas. En su rostro se dibujó una expresión incrédula.

Eran representaciones de comida.

Una cabeza de repollo, un pavo asado. En algunas de ellas, mujeres semidesnudas sostenían hojas de lechuga disecadas, magros tomates, naranjas secas, presentándolas en profano ofrecimiento.

—¡Dios, me quiero ir! —exclamó.

Iba ya hacia la puerta cuando recordó que no tenía idea de dónde estaba su cámara del tiempo. Se detuvo, balanceándose sobre la alfombra raída, escuchando los estridentes ronquidos de Castlemould.

Por último retrocedió y se detuvo, mareado, junto al escritorio; sin quitar la vista del comisionado, que dormía con la boca abierta, comenzó a abrir los cajones.

En el último encontró lo que buscaba: un extraño tubo en forma de revólver. Lo tomó.

—Levántese —dijo, enojado, asestando al viejo un coscorrón.

—¡Aaahhh! —gritó Castlemould, dando un salto.

Se golpeó el diafragma con la esquina del escritorio y volvió a caer en la silla, privado de aliento.

—Levántese —dijo Wade.

Castlemould, confuso, levantó la vista. Trató de sonreír y una miga le cayó de entre los labios.

—¡Oiga, joven!

—Cállese. Va a conducirme hasta donde está mi cámara.

—Eh, espere un...

—¡Ahora!

—No juegue con eso —le advirtió Castlemould—. Es peligroso.

—Espero que sea *muy* peligroso —dijo Wade—. Ahora levántese y lléveme hasta su coche.

Castlemould se puso rápidamente de pie.

—Joven, esto es...

—¡Oh, cálese, viejo cabrón senil! Lléveme hasta su coche y ruegue que no se me ocurra apretar este botón.

—¡Por Dios, no lo haga!

Mientras se dirigía hacia la puerta, el comisionado se detuvo súbitamente. Hizo una mueca, doblándose en dos: su estómago comenzaba a protestar contra aquella violación.

—¡Oh, esa comida! —murmuró, hecho una piltrafa.

—¡Ojalá tenga el mayor dolor de estómago de la historia! —dijo Wade, empujándolo—. Se lo merece.

El viejo se llevó las manos al vientre, gruñendo:

—¡Ohhh, no me empuje!

Salieron al vestíbulo. Castlemould cayó contra la puerta del armario, aferrándose a la madera.

—¡Me muero! —anunció.

—¡Vamos! —ordenó Wade.

Castlemould, sin hacerle caso, abrió la puerta y se hundió hacia el fondo del armario. Allí, en esa obscuridad mal ventilada, se descompuso totalmente.

Wade se volvió, disgustado.

Por último, el viejo volvió a salir, a tropezones, con el rostro pálido y sumido. Cerró la puerta y se recostó contra ella.

—¡Oh! —dijo, débilmente.

—Se lo merecía —dijo Wade—. Sobradamente.

—No hable —rogó el viejo—. Todavía puedo morir.

—Vamos —respondió Wade.

\* \* \*

Estaban en el coche; el comisionado, ya recuperado de su descompostura, iba al

volante. Wade, sentado a lo ancho del asiento delantero, sostenía el arma a la altura del pecho.

—Quiero disculparme por... —empezó el comisionado.

—Conduzca.

—Bueno, no me gusta sentirme poco hospitalario.

—Cállese.

El rostro del viejo se puso tenso.

—Escuche, joven —dijo, en una tentativa—, ¿le gustaría ganar bastante dinero?

Wade adivinó lo que seguiría, pero de cualquier modo preguntó:

—¿De qué modo?

—Muy fácilmente.

—Trayéndole comida —concluyó Wade.

—Y bien —gimió Castlemould, con la cara contraída—, ¿qué tiene de malo?

—Y tiene el coraje de preguntármelo —observó Wade.

—Oiga, joven. Hijo mío...

—¡Oh, por Dios, cállese! —replicó Wade, encogiendo los hombros, disgustado—. Acuérdesse del armario de su vestíbulo y cierre la boca.

—Pero, hijo —insistió el comisionado—, eso fue porque yo no estoy acostumbrado. Pero ahora... —de pronto adoptó una expresión astuta y demoníaca— ... ahora le he tomado el gusto.

El coche giró en una esquina. Mucho más adelante, Wade pudo ver su cámara.

—En ese caso, piérdale el gusto —replicó sin quitarle los ojos de encima.

El comisionado parecía desesperado. Sus escuálidos dedos aferraban el volante, mientras el pie izquierdo tamborileaba decididamente sobre el suelo.

—¿No va a cambiar de idea? —preguntó, amenazante.

—Dé gracias porque no disparo.

Castlemould no dijo más; se limitó a contemplar la ruta con ojos entornados y calculadores. El coche se detuvo junto a la cámara con un silbido.

—Diga a los oficiales que quiere examinar la cámara —ordenó Wade.

—¿Y si no lo hago?

—En ese caso recibirá en el estómago lo que hay dentro de este tubo, sea lo que sea.

Castlemould forzó una brusca sonrisa y los oficiales se aproximaron.

—¿Qué significa...? —empezó el oficial.

Pero de la truculencia pasó visiblemente a la reverencia.

—¡Ohhh! ¡Comisionado!

Se quitó la gorra con una sonrisa de oreja a oreja y agregó:

—¿Qué puedo hacer por usted?

—Quiero echar un vistazo a esa... cosa —dijo Castlemould—. Necesito verificar

algo.

—Sí, sí, señor.

Wade advirtió, en voz baja:

—Voy a poner el tubo en mi bolsillo.

El comisionado le dejó abrir la puerta sin decir nada. Los dos se aproximaron a la cámara. Entonces, Castlemould dijo en voz alta:

—Entraré el primero. Puede ser peligroso.

Los oficiales comentaron apreciativamente aquel coraje. Wade crispó los labios. Se contentó pensando en el puntapié con que lanzaría al viejo afuera.

Los huesos del comisionado crujieron ruidosamente al subir los dos peldaños de la puerta. Trepó soltando un gruñido entre los dientes apretados. Wade lo ayudó con un empujón y disfrutó con el ruido que hizo el anciano al golpear contra el mamparo de acero.

Levantó su mano libre. Pero no podía entrar con una sola mano; le hacían falta las dos. Se tomó de los peldaños y subió de un empujón.

En cuanto Wade entró, Castlemould le metió la mano en el bolsillo y sacó de allí el arma.

—¡Aaah jaaj! —su aguda voz levantó ecos estremecedores dentro de aquella pequeña concha.

Wade se apretó contra el mamparo. Podía ver poca cosa en aquella penumbra.

—¿Qué piensa hacer ahora? —preguntó.

—Usted me llevará de regreso —dijo Castlemould, haciendo centellear sus dientes de porcelana—. Voy con usted.

—Aquí sólo hay lugar para una persona.

—Entonces iré yo solo.

—No sabe operarlo.

—Dígame cómo se hace —ordenó Castlemould.

—¿Y si no?

—Si no, lo quemo.

Wade se puso tenso.

—¿Y si lo hago? —preguntó.

—Se quedará aquí hasta que yo regrese.

—No le creo.

—Tendrá que hacerlo, joven —cloqueó el comisionado—. Ahora, dígame cómo funciona.

Wade llevó la mano al bolsillo.

—¡Atención! —le advirtió Castlemould.

—Quiere la hoja de instrucciones, ¿no?

—Démela. Pero atención. Conque hoja de instrucciones ¿eh?

—No entenderá una palabra —replicó Wade, introduciendo la mano en el bolsillo.

—¿Qué es eso? —preguntó Castlemould—. Eso no es papel.

—Una barra de chocolate —pronunció Wade—. Una barra de chocolate, gruesa, dulce, cremosa, rica...

—¡Démela!

—Aquí está. Tómela.

El comisionado arremetió. Perdió el equilibrio y el arma apuntó al suelo. Mientras se inclinaba, Wade lo tomó por el cuello. Lo arrojó por la puerta y el viejo cayó despatarrado en la calle.

Gritos. Los oficiales quedaron horrorizados. Wade arrojó la barra de chocolate.

—¡Perro obsceno! —gritó, temblando de risa al ver que la barra rebotaba sobre el cráneo abultado del viejo.

Por último cerró la puerta e hizo girar la rueda hasta sellarla por completo. Accionó unas cuantas llaves y se aseguró al asiento, riendo aún al pensar en los esfuerzos que haría el comisionado para quedarse con la barra de chocolate.

La intersección estaba libre en ese punto, con excepción de unos vestigios de humo acre. Sólo había un sonido en aquella quietud mortal: el contemplativo gañido de un viejo hambriento.

\* \* \*

La cámara se detuvo con un sacudón. La puerta se abrió, y Wade bajó de un salto. Se vio rodeado por hombres y estudiantes que vinieron a torrentes desde el cuarto de control.

—¡Bueno, lo lograste! —dijo su amigo.

—Por supuesto —replicó Wade, sintiendo con placer que las cosas eran mucho más importantes de lo que expresaban las palabras.

—Esto hay que celebrarlo —dijo su amigo—. Esta noche iremos a cenar y pediremos el bistec más grande que hayas visto en tu vida... ¡Eh! ¿Qué te pasa?

El profesor Wade se había ruborizado.

# QUERIDO DIARIO

---

(*Dear Diary*, 1954)

1 de junio de 1954

Querido Diario:

Francamente, a veces me siento tan asqueada de este cuarto amueblado, ¡que podría vomitar! La ventana está tan sucia...; los sábados y los domingos, por la mañana, parece que estuviera por llover aunque brille el sol.

¡Y qué vista! Ropa interior goteando desde las sogas. Fajas, prendas interiores... Es como para desear la muerte. Todo apesta.

Y ese borracho que vive del otro lado del vestíbulo, empeora las cosas todavía más. Dónde consigue el dinero para la bebida, ¿quién lo sabe? probablemente asaltando viejas. Siempre bebido, cantando; me hace proposiciones en ese vestíbulo, que parece uno de los calabozos que se ven en las películas de Errol Flynn. Por dos centavos, o menos, podría pedir por correo una pistola de calibre treinta y dos, y mataría de un tiro a esa piltrafa. Me pondrían a la sombra, no más preocupaciones... ¡Ahhh, no vale la pena!

¡Y vaya farra la de mañana a la noche! Harry Hartley me lleva al Paramount; por un espectáculo de tres por cinco y un plato de guiso querrá que le haga de esposa toda la noche. Francamente, hace un calor inaguantable. Ahora tengo que lavar unos trapos para mañana. ¡Qué cosa detestable! ¡Oh, cállense! Esos imbéciles de allá enfrente, ¡siempre con su blablablá! Los New York Giants, los Brooklyn Dodgers... ¡Por qué no se morirán todos!

Y cuando pienso en ese maldito viaje en subterráneo, mañana, dos veces. Todos apretados como sardinas, las caras encendidas como tomates. ¡Qué placer!

¡Dios, qué no daría por salir de aquí! Hasta podría casarme con Harry Hartley, y eso quiere decir que las cosas están muy mal.

¡Oh!, ir a Hollywood y ser una estrella como Ava Gardner o ésas. Que los hombres se atropellaran por besarle la mano a una. “Vete, Clark<sup>[3]</sup>, me fastidias”. Sí, ya iba a fastidiarme a mí. Me lo comería.

¡Uf, qué lugar más piojoso! ¿Qué futuro tiene aquí una muchacha como yo? No tengo más festejante que ese gordo estúpido; Harry, alias Guiso.

Dentro de dos semanas, las vacaciones. Dos semanas de nada. Ir a Coney Island con Gladys. Sentarme en esa maldita playa a ver la basura que flota, y enloquecerme con los chicos que hacen franela a más no poder. Después me quemo toda, y quizás atrapo una fiebre. Y ver películas a granel... ¡Vaya vida!

Me gustaría estar a mil años de aquí; eso es lo que me gustaría. Entonces... nada de trabajo. Viviría en un lindo lugar, donde hay cohetes, y se pueden tomar píldoras en vez de comida, y amor libre. ¡Eso me gustaría! Las píldoras, por supuesto. ¡Me gustaría divertirme!

Esta no es época para vivir. Guerras, gente que se grita, y ¿qué puede esperar una muchacha de la vida?

Tengo que lavar mi condenada ropa interior.

\* \* \*

10 de junio de 3954

Querido Factum:

A veces, ¡sí!, me cansa tanto esta morada plastoide que me siento inclinada hacia la regurgitación.

¡Qué vista deprimente!

El espaciopuerto enfrente, cruzando la ruta. Toda la noche *buzz, buzz*, y esas eyecciones rojas de los motores. Ni siquiera sirve de nada tomar píldoras y frotarse narcotiloción en los ojos y en las orejas. Eso basta para que me sienta enferma. Todo es tan detestable...

Y ese vecino idiota con su máquina de rayos. Me enfurece saber que puede ver a través del plastoide. Hasta cuando levanto mi pantalla de fibra siento que me está mirando. ¿De dónde saca los vales de aprovisionamiento para los materiales que necesita? En el empleo del espaciopuerto no ha de ganar lo suficiente. Me atrevería a decir que roba boletos de cambio de la oficina comercial.

Por dos minivales podría conseguir una pistola atomizadora en la armería del espaciopuerto, y desintegrar a ese maldito libertino. Entonces me encerrarían en los calabozos de Venus y todo estaría arreglado.

No, no vale la pena. No puedo soportar el calor, y odio las tormentas de arena.

Y mañana a la noche, ¡oh, gran diversión! Hendrich Halley me lleva al Teatro Espacial, y por una lamentable interpretación y un pobre plato de murciélago lunar *fricassé* pretenderá que yo corra el riesgo de quedar preñada. ¡Vamos, hombre!

Hace un calor tan terrible. Y mi tonta lavadora eléctrica viene a descomponerse precisamente cuando la necesito. Tendré que volar hasta el Espaciomático para lavar la ropa, y me molesta tanto volar de noche...

¡Oh!, ahí están otra vez esos tontos de enfrente. ¿Por qué no apagan sus altavoces? Esta maldita junta local tiene que escuchar cuanta palabra decimos. ¡Ahí van otra vez! Las Águilas Marcianas, los Calcetines Rojos de la Luna... ¡Que sucumban todos en el vacío!

Y cuando pienso en ese miserable viaje en la nave espacial, mañana, ¡dos veces! Esa lenta monstruosidad. Imagínate, ¡más de una hora para llegar a Marte, por el amor de Dios!

Es demasiado. Qué no daría por salir de todo esto. Hasta podría soportar una unión societaria con Hendrick Halley. ¡Gran galaxia, tan mal están las cosas!

Ir a la capital del teatro y convertirse en una luminaria, como Gell Fig o alguien así. Que los hombres se desmayen ante una y supliquen para que una los acompañe a sus planetas natales. ¡Cómo odio esta ciudad brillante e inmaculada!

¡Oh, este sitio vil! ¿Qué futuro tiene aquí una joven? Ninguno. No hay hombres atractivos; no, por cierto, Halley Murciélago Lunar, con esa navecita horrible, llena de óxido en las juntas. Ni siquiera me atrevería a ir hasta Europa con esa ruina.

En dos semanas, vacaciones. Nada que hacer. Viajes aburridos hasta la Playa Lunar. Sentarse junto a esa maldita piscina y mirar cómo se miman los adolescentes. Y después me entra ese polvo rojo en la nariz y pesco una fiebre. Y un millón de viajes al Teatro Espacial. ¡Oh, qué lamentable! ¡Ojalá viviera en los días antiguos, hace muchos miles de años! Entonces uno podía saber qué era qué. Había tanto que hacer... Los hombres eran hombres, y no idiotas calvos y sin dientes, como ahora.

Podría hacer lo que me gustara, sin que el gobierno me estuviera vigilando los pasos. Esta no es época para vivir. ¿Qué puede esperar una joven como yo en estos tiempos?

¡Oh, maldición! Debo volar al Espaciomático y tender mi ropa.

\* \* \*

Querida Losa:

A veces me siento tan harta de esta maldita caverna que podría...

## SEGÚN CONVIENE AL CRIMEN

---

(*To Fit the Crime*, 1952)

—¡He sido asesinado! —gritó el anciano Iverson Lord—. ¡Brutal, traidoramente asesinado!

—Vamos, vamos —dijo la esposa.

—Bueno, bueno —dijo el doctor.

—Basura —murmuró su hijo.

—¡Lo mismo daría esperar simpatía de un hongo! —barbotó el poeta moribundo—. ¡De los repollos!

—De los reyes —dijo su hijo.

El rostro apergaminado se endureció momentáneamente, pero luego volvió a hundirse en sus pliegues meditabundos.

—¡Ay!, me echarán de menos —suspiró—. Los reyes del lenguaje, los emperadores del idioma... —cerró los ojos—. Los señores del símbolo esplendoroso, ellos sabrán cuando yo perezca.

El decadente erudito yacía incorporado sobre una nube de almohadas. Un extremo de su bata de seda surgía junto a su cuello de pavo y a su cabeza. Esta era grande, como una maltratada pelota de fútbol con agujeros de encaje en vez de ojos, y una hendidura inquieta por boca.

Los miró a todos: su esposa, su hija, su hijo y su médico. Las suspicaces cuentas de sus ojos vagaron por el cuarto. Echó una mirada violenta sobre las paredes.

—Asesinos —gruñó.

El doctor extendió la mano para tomarle la muñeca.

—¡Atrás! —saltó el semántico, adelantando el pecho y lanzando zarpazos—. ¡Quite de mí sus torpes dedos! —lanzó al médico una mirada iracunda—. Médicos brujos de cuello blanco —acusó—, que toman el juramento hipocrático para deshacerlo en un común *vaudeville*.

—Iverson, su muñeca —dijo el doctor.

Iverson Lord estaba cercano a los noventa años. Sus miembros eran quebradizos como cristales. Su sangre corría lentamente. El latir de su corazón era un largo de tambores. Sólo su cerebro seguía claro e intacto, como un último soldado que defendiera la fortaleza contra la senilidad.

—Me niego a morir —anunció, como si alguien se lo hubiese sugerido. Su rostro se obscureció—. ¡No permitiré que la cruda naturaleza apague mi luz, ni que arranque de mis manos la joya de la existencia!

—Vamos, vamos —dijo la esposa.

—¡Vamos, vamos! ¡Vamos, vamos! —estalló el poeta, con los dientes postizos castañeteándole de cólera—. ¡Oh, traición! Que yo, que doy forma a las palabras y pongo en sus formas el aliento poderoso, ¡deba verme encadenado a esta imbécil llena de frases hechas!

La señora Lord sometió su delicada persona a los abusos de su esposo. Forzó una sonrisa pacificadora, que jugueteó sobre sus facciones de rosa marchita. Se tironeó débilmente de los rizos, grises como pelo de ratón.

—Estás alterado, Ivi querido —dijo.

—¡Alterado! —gritó él—. ¿Cómo no alterarme si me rodean chacales regocijados?

—Padre... —imploró la hija.

—Chacales, cuyos cerebros son como terrones estériles bajo el cráneo, y se niegan a poner el más débil reflejo de luz interior en las palabras...

Entornó los ojos y recommenzó una vez más con la conferencia de toda su vida:

—Quien no domina el verbo no domina el pensamiento. ¡Y quien no domina el pensamiento no merece piedad! —descargó sobre el cubrecama un puño sin fuerzas—. ¡Palabras! ¡Nuestra herramienta, nuestra gloria y nuestra sólida cadena! —exclamó.

—Harías mejor en ahorrar tus fuerzas —sugirió el hijo.

Los ojos de jade se alzaron como una puñalada. Iverson Lord curvó los labios en una mueca de repulsión.

—Sabandija —pronunció.

El hijo bajó hasta él la vista.

—Revisa tu conciencia, padre —aconsejó—. Resígnate. Verás que la muerte no es tan mala.

—¡No estoy muriendo! —aulló el viejo poeta—. Tú me matarías, ¿verdad? ¡Asesino! ¡No escucharé más!

Tironeó de las cobijas para enterrar bajo ellas su cabeza coronada de blanco. Sólo sus dedos secos y escuálidos se escurrieron sobre el borde de las sábanas.

—Ivi, querido —le advirtió la esposa—, te asfixiarás.

—¡Antes asfixiado que traicionado! —fue la respuesta. El doctor retiró las frazadas—. ¡Asesinado! —graznó Iverson Lord, ante todos ellos—. ¡Brutal, traidoramente asesinado!

—Ivi, querido —dijo la esposa—, nadie te ha asesinado. Todos tratamos de ser buenos contigo.

—¡Buenos! —pareció llegar a la apoplejía—. Buenos y mudos. Buenos y sometidos. Buenos e insignificantes. ¡Ah, que yo haya creado la carne estéril que rodea este lecho de dolor!

—Padre, no —rogó la hija.

Iverson Lord clavó en ella la vista. Una mirada indulgente titiló en su rostro.

—Eunice, mi búho de ojos dobles —dijo—, supongo que tú estás tan ansiosa como los demás por ver a tu señor en el trance de perecer.

—Padre, no hables de ese modo —dijo la miope Eunice.

—¿De qué modo, Eunice, mi pavo dentado, mi Venus con erupciones? ¿En lenguaje inculto? Sí, tal vez eso ponga en tensión tus facultades embalsamadas.

Eunice parpadeó, aceptándolo todo.

—¿Qué harás, niña —inquirió Iverson Lord— cuando yo te sea quitado? ¿Quién te hablará? Más aún, ¿quién ha de mirarte, siquiera? —los viejos ojos centellearon un golpe de gracia—. Que no haya equivocación, querida —dijo, gentilmente—; eres fea en extremo.

—Ivi, querido —rogó la señora Lord.

—¡Déjala en paz! —dijo Alfred Lord—. ¿Tienes que destruirlo todo antes de partir?

Iverson Lord se alzó en cólera.

—Tú —entonó, lanzándole una mirada aguda—. Vándalo mental, profanador de la idea. Traicionas tus derechos de progenitura en nombre del comercio. Vuelcas tu honrosa sangre en los albañales del tráfico —su respiración vacilante palpitó ásperamente—. Te humillas ante una libreta de cheques —se mofó—. Te arrastras ante una cuenta bancaria.

Su voz se alzó hasta un falsete chirriante:

—No, *madame*. Sin duda, *madame*. ¡Beso con labios reverentes su mente gorda e insalubre, *madame*!

Alfred Lord sonrió, satisfecho de que las iras de su padre se concentraran en su persona.

—Permite que te recuerde —dijo— que el sistema de utilidades es muy importante.

—¡El sistema de utilidades! —explotó su señor—. ¡El sistema de la jungla!

—Oferta y demanda —dijo Alfred Lord.

—Alfred, no —advirtió Eunice.

Era demasiado tarde para evitarlo: los ojos del anciano, surcados de venillas, parecieron escapar de sus órbitas.

—¡Judas del cerebro! —gritó el poeta—. ¡Niño explorador del intelecto!

—Me duele mencionarlo —prosiguió Alfred Lord, agregando leña al fuego—, pero hasta un hombre de negocios podría aceptar, siquiera a prueba, el cristianismo.

—¡Cristianismo! —saltó el moribundo, cambiando de blanco en su furia—. ¡Un hato anticuado de habichuelas sufrientes! ¡Habría sido mejor que los leones los devoraran a todos, y ahorraran al mundo un mal negocio!

—Basta ya, Iverson —dijo el médico—. Cálmate.

—Estás alterado, Ivi —dijo la esposa—. Alfred, no debes alterar a tu padre.

Los ojos opacos de Iverson Lord lanzaron los últimos destellos de desprecio sobre aquel poste de tormentos, donde llevaba cincuenta años atado.

—La capacidad de mi mujer para expresarse de modo inteligible es aproximadamente la de la gelatina primordial... —dijo, y palmeó con una sonrisa la cabeza que ella inclinara—. Mi querida —expresó—, no eres nada. Absolutamente nada.

La señora Lord oprimió unos dedos blancos contra su mejilla.

—Estás alterado, Ivi —dijo, con voz frágil—. No lo dices de corazón.

El anciano se dejó caer hacia atrás, vencido.

—Tal es mi penitencia —dijo—: vivir con esta mujer, tan ignorante del verbo que no distingue el insulto de la alabanza.

El doctor hizo señas a los familiares del poeta, que se alejaron de la cama para reunirse frente al hogar.

—Eso es —se quejó el decadente erudito—, ¡abandónenme! ¡Déjenme a merced de las ratas!

—No hay ratas —afirmó el doctor.

Mientras los tres Lord cruzaban la gruesa alfombra, operó la voz del anciano:

—Has sido mi médico por veinte años —decía—. Tu cerebro está esclerótico. Voy a perecer —se lamentaba—, sin compasión, sin esperanza, sin nada. ¡Palabras! —musitaba—. Constrúyanme un sepulcro de palabras y volveré a levantarme.

Y gritaba, dominante:

—¡Tal es mi legado! ¡A todos los esclavos de la semántica: irreverencia, intolerancia y la desesperación sin frenos!

\* \* \*

Los tres sobrevivientes se detuvieron ante las llamas crepitantes.

—Está desilusionado —observó el hijo—. Tenía la esperanza de vivir por siempre.

—Vivirá por siempre —observó Eunice, emocionada—. Es un gran hombre.

—No, es un hombre pequeño —corrigió Alfred Lord— que trata de arreglar cuentas con la naturaleza, reduciendo su excelencia al polvo común.

—Alfred —observó su madre—. Tu padre es anciano y... tiene miedo.

—Miedo, tal vez. ¿Grandeza? No. Cada crueldad que ha dicho, cada engaño, cada egoísmo... ha reducido su grandeza. En este momento no es más que una vieja ruina moribunda.

Entonces oyeron el aullido de Iverson Lord, que exclamaba:

—¡Apártenla! ¡Expúlsenla con el látigo de siete colas de la vida eterna!

El doctor trataba de apresar la muñeca gesticulante. Todos se lanzaron hacia la cama.

—¡Deténganla! —gritaba Iverson Lord—. ¡Que no me abrace como si fuera su amante! ¡Atrás, negra ramera de rostro horrible! —y repitió, lanzándole un golpe—: ¡Atrás, he dicho!

El anciano cayó hacia atrás, sobre sus almohadas. Su aliento era como un arroyo obstruido. Los labios dieron forma a cuartetas mudas, que jamás serían conocidas, y la mirada se dirigió hacia el cielorraso. Retorció las manos en un último gesto de desafío y quedó con la vista fija en lo alto, mientras el doctor extendía los dedos para componerlo.

—Se acabó —dijo el médico.

La señora Lord ahogó un grito.

—No —dijo.

No podía creerlo. Eunice, en cambio, no sollozó.

—Ahora está con los ángeles —dijo.

—Que se haga justicia —murmuró el hijo del difunto Iverson Lord.

\* \* \*

Aquel sitio era gris.

No había llamas, ni lenguas de humo. Ninguna palidez, ninguna penumbra obscurecía su vista. Iverson Lord recorrió a grandes pasos aquel sitio gris.

—La falta de calor punitivo y de almas llorosas y gimientes es eminentemente alentadora —dijo.

Siguió marchando. A través de un largo vestíbulo gris.

—El más allá —musitó—. Por lo visto, no era una patraña simbólica, como yo sospechaba.

Otro salón formaba ángulo con aquél. Un hombre entró, caminando deprisa. Se reunió con el erudito y lo palmeó vivamente en el hombro.

—¡Bienvenido al hogar! —dijo.

Iverson Lord contempló aquella inquieta nariz griega.

—¿Cómo dice? —inquirió, con una voz quebrada por el desagrado.

—¿Qué hay de nuevo? —dijo el hombre—. ¿Cómo lo trata la vida? ¿Qué dice, cómo le va?

El semántico retrocedió, desdeñoso, pero el hombre volvió a aproximarse, balanceando enérgicamente sus miembros.

—¿Qué hay de nuevo? —decía—. Dígame la verdad. Páseme los chimentos.

Dos salones laterales. El hombre se alejó zumbando en una longitud gris. Apareció otro hombre y se puso a la par de Iverson Lord. El poeta lo miró con los

ojos entrecerrados. El hombre sonreía ampliamente.

—Bonito día, ¿no? —dijo.

—¿En qué lugar estoy? —preguntó Iverson Lord.

—Está haciendo buen tiempo —replicó el hombre.

—Le he preguntado qué lugar es éste.

—Parece que va a ponerse bien —dijo el hombre.

—¡Cobarde! —le espetó Iverson Lord, deteniéndose—. ¡Respóndame!

El hombre dijo:

—Todo el mundo se queja del tiempo, pero nadie...

—¡Silencio!

Bajo la mirada del semántico, el hombre se perdió en un salón lateral. El anciano meneó la cabeza.

—Momia grotesca —dijo.

Apareció un tercer hombre.

—¡Eh, usted! —gritó Iverson Lord.

Corrió hacia él, lo aferró por la manga gris y repitió su pregunta:

—¿Qué lugar es éste?

—¿Qué me cuenta? —dijo el hombre.

—¡Me contestará, señor!

—¿De veras? —dijo el hombre.

El poeta derramó su ira sobre él. Con ojos saltones, tomó al hombre por las solapas grises.

—¡Daré muestras de inteligencia o lo estrangularé! —gritó.

—¡No me diga! —dijo el hombre.

Iverson Lord lo miró boquiabierto.

—¿Qué materia es ésta? —balbuceó, incrédulo—. ¿Es hombre o legumbre lo que tengo entre las manos?

—Bueno, a golpes se hacen los hombres —declaró el hombre.

Algo estéril y helado apresó al poeta. Retrocedió, con un murmullo atemorizado.

\* \* \*

Entró en un cuarto gris. Charla de voces. Todas parecidas.

—Se está bien aquí —decía una voz—. No es negro como la tinta.

—Ni frío como el hielo —decía otra.

Los ojos del poeta saltaron de un lado a otro en confusa cólera. Vio formas borrosas sentadas, de pie, reclinadas. Retrocedió contra la pared gris.

—No es malo como la peste —dijo una voz.

—No llueve a cántaros —dijo otra.

—Atrás —pronunciaron automáticamente los labios ancianos—. He dicho que...

—¡Vaya, pero si es monísimo, encantador! —exclamó alegremente una voz.

El poeta sollozó y echó a correr.

—Cesad —gimió—, cesad.

—Yo me gano el pan como fontanero —dijo un hombre, corriendo a su lado.

Iverson Lord ahogó un grito y siguió corriendo en busca de una salida.

—Feo negocio el del fontanero —dijo el hombre.

Un salón lateral. Iverson Lord se lanzó hacia adelante, enloquecido. Dejó atrás otro cuarto. Allí varias personas hacían cabriolas en torno a un palo festivo de color gris.

—¡Jesús, María y José! —gritaban, en éxtasis—. ¡Grandioso! ¡Dios del cielo! ¡Formidable!

El erudito se oprimió las orejas con manos crispadas. Se lanzó hacia adelante una vez más. Ahora, mientras corría, un murmullo se iba alzando en sus oídos. Un coro cantaba.

—La letra con sangre entra, el tiempo es oro —cantaban—. Al que madruga Dios le ayuda, muchas manos en un plato hacen mucho garabato.

Iverson Lord gritó:

—¡Dioses del símbolo acuñado! ¡Piedad!

El coro cantó en aleluya:

—¡Caramba! —cantaba—. ¡Vaya! ¡Epa! ¡Esto es una cosa seria!

Las voces se alzaron hasta un poderoso:

—¡Qué más se puede pedir!

—¡Aaaahh! —aulló el poeta. Se arrojó contra la pared gris, se aferró a ella mientras las voces lo rodeaban como una niebla melódica.

—¡Oh, mi Dios! —roncó—. ¡Esto es el infierno total, sin atenuantes!

—¡Tú lo has dicho! —cantó el coro por miles—. ¿Verdad que sí? ¡Oh, no hay mal que dure cien años! ¡Así es la vida! Hoy estamos aquí, mañana ¡quién sabe! ¡Qué le vas a hacer!

A cuatro voces.

# EL VESTIDO DE SEDA BLANCA

---

(*Dress of White Silk*, 1951)

Todo está en calma, y también yo. La abuela me encerró en mi cuarto y no me deja salir. Porque ha ocurrido, dice; creo que me porté mal. Pero fue por el vestido. El vestido de mamá. Ella se fue para siempre. Abuela dice: tu mamá está en el cielo. No sé cómo. ¿Se puede ir al cielo cuando uno está muerto?

Ahora oigo a la abuela. Está en el cuarto de mamá. Está poniendo el vestido de mamá en la caja. Siempre lo hace. ¿Por qué? Y lo cierra bajo llave. ¡Ojalá lo dejara fuera! Es un vestido muy bonito, y tiene un olor tan lindo... Y caliente. Me encanta tocarlo con la cara. Pero no puedo, nunca más. Me parece que es por eso que abuela está enojada conmigo.

Pero no estoy segura. Hoy fue como todos los días. María Juana vino aquí a mi casa. Ella vive enfrente. Todos los días viene a jugar a casa. Hoy vino.

Yo tengo siete muñecas y un camión de bomberos. Hoy la abuela dijo jueguen con las muñecas y todo eso. No entren en el cuarto de tu mamá, dijo. Siempre lo dice. Quiere decir que no desordenemos las cosas, me parece. Porque siempre lo dice, a cada rato. No entres en el cuarto de tu mamá. Así.

Pero es lindo el cuarto de mi mamá. Cuando llueve voy y entro. O cuando abuela está durmiendo la siesta. No hago ruido. Me siento en la cama y toco el cubrecama blanco. Igual que cuando era chiquitita. El cuarto tiene olor a dulce.

Hago que mamá se está vistiendo y me deja entrar. Siento el olor de su vestido blanco de seda. El vestido para salir de noche. Ella le dijo así no sé cuándo.

Si escucho bien, oigo que ella se mueve. Hago que la veo sentada delante del tocador. Y que toca los perfumes, y todo eso. Y le veo los ojos oscuros. Me acuerdo.

¡Es tan lindo cuando llueve y miro por la ventana! La lluvia es como si hubiese un gigante grandote afuera. Dice *shus shus shus* para que todos se queden callados. En el cuarto de mamá me gusta jugar a que es así.

Lo que me gusta casi más, es sentarme delante del tocador de mamá. Es como rosado y grande y también tiene olor a dulce. En el asiento hay una almohada cosida. Hay frascos y más frascos con pelotitas y todos tienen perfumes de colores. Y en el espejo una puede verse casi entera.

Cuando me siento allí hago que soy mamá. Y digo quédate quieta madre, voy a salir y no puedes detenerme. Es algo que digo no sé por qué, como si lo oyera dentro de la cabeza. Y ¡oh madre deja de llorar!, no me van a atrapar porque tengo puesto el vestido mágico.

Cuando hago que soy mamá me cepillo el pelo. Pero uso nada más que mi cepillo,

el de mi cuarto. Nunca, nunca el cepillo de mamá. Así que no debe ser por eso que abuela está enojada, porque nunca uso el cepillo de mamá. Cómo lo voy a usar.

Eso sí, a veces abro la caja. Porque yo sé dónde pone abuela la llave. Una vez la vi y ella no se dio cuenta. La pone en el perchero del ropero de mamá, del lado de adentro.

Abro la caja muchas veces. Porque me gusta ver el vestido de mamá. Es lo que más me gusta. Es tan lindo y suave, como de seda. Me pasaría todo el día tocándolo.

Me arrodillo en la alfombra, que tiene rosas dibujadas. Tengo el vestido entre los brazos y respiro el olor. Lo toco con la cara. ¡Ojalá pudiera llevármelo a la cama conmigo y tenerlo! Me gustaría. Pero ahora no puedo, porque abuela dice que no. Y dice tendría que quemarlo pero la quería tanto... y llora por el vestido.

Nunca me porté mal con el vestido. Lo volvía a poner bien dobladito como si nadie lo tocó. La abuela ni se da cuenta. Yo me reía porque ella no sabía. Pero ahora sabe, me parece. Y me va a castigar. ¿Por qué se habrá puesto así? ¿No es el vestido de mi mamá?

Lo mejor que más me gusta en el cuarto de mamá es mirar el cuadro de mamá. Tiene una cosa dorada alrededor, un marco dice abuela. Y está en la pared, encima del escritorio.

Mamá es linda. Tu mamá *era* linda, dice la abuela. ¿Por qué dirá eso? Cuando la veo a mamá allí sonriéndome, *es* linda. Para siempre.

Tiene pelo negro, como yo. Y los ojos más bonitos todavía, como negros. Y la boca muy roja. Y me gusta el vestido, que es el blanco. Todo caído en los hombros. Y la piel es blanca casi como el vestido. Y las manos también. ¡Es tan linda! La quiero, aunque se haya ido para siempre. La quiero mucho.

Creo que por eso me porté mal con María Juana.

\* \* \*

María Juana vino después de almorzar, como siempre. La abuela se fue a dormir la siesta. Dijo no se olviden de no ir al cuarto de tu mamá. Yo le dije no abuela. Y no era mentira, pero entonces María Juana dijo, a que no tienes mamá, a que te lo inventaste todo dijo.

Me puse furiosa. Sí que tengo mamá, yo sé. Ella me hizo enojar con eso de decir que yo me lo inventé todo. Dijo que yo era una mentirosa. Por lo de la cama y el vestido y todo eso.

Yo le dije bueno, ahora vas a ver, pícara.

Miré en el cuarto de abuela. Todavía estaba durmiendo. Fui abajo y le dije a María Juana que viniera porque la abuela no se iba a dar cuenta.

Pero después ella no fue tan pícara. Se reía como una tonta. Hasta hizo un ruido

de miedo cuando se golpeó en la mesa del vestíbulo de arriba. Yo le dije eres una miedosa. Y ella dijo bueno, mi casa no es tan oscura como ésta. Como si a mí me importara.

Entramos al cuarto de mamá. Estaba tan oscuro que no se veía nada. Yo dije éste es el cuarto de mi mamá, ¿ves que no me inventé nada?

Ella estaba al lado de la puerta y ya no se hacía la pícara. No decía ni una palabra. Miraba todo alrededor y cuando le toqué el brazo pegó un salto. Bueno, entra, le dije.

Me senté en la cama y le dije ésta es la cama de mi mamá, mira que blandita que es. Ella no dijo nada. Miedosa, miedosa, le dije. No soy miedosa me dijo, pero lo es.

Yo le dije siéntate, cómo vas a saber si es blanda si no te sientas. Se sentó al lado mío y yo le dije siente que suavecita es, que lindo olor tiene.

Cerré los ojos, pero qué raro, no era como siempre. Porque María Juana estaba conmigo. Le dije deja de toquetear el cubrecama. Y ella me contestó tú me dijiste. Bueno, basta, le dije.

Después la levanté a tirones y le dije mira, éste es el tocador. Y la llevé a ver. Ella dijo vámonos. Estaba todo tranquilo como siempre, pero a mí me parecía que estaba mal, porque María Juana estaba allí. Porque ése es el cuarto de mamá, y a mamá no le gustaría que María Juana entre.

Pero tenía que mostrarle las cosas. Y le mostré el espejo. Nos miramos las dos. Ella estaba blanca, blanca. María Juana es miedosa, dije. No soy, no soy, dijo ella, pero igual nadie tiene una casa tan oscura y tan sin ruidos. Igual tiene feo olor, dijo.

Me puse furiosa. No, no tiene feo olor, le dije. Sí dijo, tú dijiste que tenía. Me puse más furiosa. Tiene olor a azúcar, dijo; huele a gente descompuesta este cuarto de tu mamá.

Te voy a dar si dices que el cuarto de mi mamá es como gente descompuesta, le dije. Y ella me dijo bueno, no me mostraste ningún vestido y estás mintiendo porque no hay ningún vestido. Yo me sentí toda caliente por adentro y le tiré del pelo. Ya vas a ver dije, ya vas a ver que sí hay vestido y te voy a dar por decirme mentirosa.

Le dije que se quedara quieta y saqué la llave del perchero. Me arrodillé. Abrí la caja con la llave.

María Juana dijo ¡uf!, tiene olor a basura.

Yo le clavé las uñas y ella pegó un salto y se enojó. No me pellizques dije, y estaba toda colorada. Se lo voy a contar a mi mamá dijo. Y igual no es blanco, es feo y todo sucio dijo.

No está sucio dije. Lo dije tan fuerte que no sé cómo no me oyó la abuela. Saqué el vestido de la caja y se lo mostré, para que viera que blanco es. El vestido se desparramó como una lluvia, con ese ruidito, y el ruedo tocó la alfombra.

Es muy blanco dije yo, muy blanco y muy limpio y como de seda.

No, dijo ella que estaba furiosa y colorada, tiene un agujero. Yo me puse más

furiosa. Si estaría mi mamá ya ibas a ver, le dije. Ella puso una cara muy fea y me dijo no tienes ninguna mamá. La odio.

Si que tengo. Lo dije muy fuerte y le señalé el cuadro de mamá. Bueno, quién va a ver nada en este cuarto tan oscuro dijo ella. La empujé fuerte y se golpeó con el escritorio. Mírala, mira el cuadro; ésa es mi mamá, la señora más bonita del mundo.

Es fea, dijo María Juana. Tiene manos raras. No señor, dije yo, ¿es la señora más bonita del mundo!

No y no, dijo ella, tiene dientes de conejo.

Entonces no me acuerdo más. El vestido se movió en los brazos, me parece. María Juana gritaba. No me acuerdo qué. Se puso todo oscuro y las cortinas estaban cerradas, me parece, no sé. Yo no podía ver. No oía nada, nada más que manos raras, dientes de conejo, manos raras, dientes de conejo. Pero nadie decía eso.

Pasó algo más, porque me parece que alguien gritó: ¡No dejes que diga eso! Yo no podía sostener el vestido. Y lo tenía puesto, no me acuerdo. Porque yo era grande y fuerte. Pero todavía era una niña creo. Por afuera quiero decir.

Me parece que entonces me porté muy mal.

La abuela me sacó de allí. Me parece, no sé. Gritaba ¡Dios nos libre, ha ocurrido, ha ocurrido! Y de nuevo y de nuevo. No sé por qué. Me arrastró hasta aquí hasta mi cuarto y me encerró adentro. No quiere dejarme salir. Bueno, no tengo miedo. ¿Qué importa que me encierre por un millón de años? No hace falta que me traiga de comer. Estoy llena.

# DESAPARICIÓN

---

(*Disappearing Act*, 1953)

Estas notas fueron extraídas de un cuaderno escolar, hallado hace dos semanas en un bar de Brooklyn. Junto a él, en el mostrador, había una taza de café a medio terminar. El propietario del local afirmó que no había tenido ningún cliente en las tres horas previas al momento en que reparó en ese cuaderno.

SÁBADO por la mañana, temprano.

No debería estar escribiendo esto. ¿Qué pasará si Mary lo encuentra? Sería el fin..., es decir, cinco años arrojados por la ventana.

Pero debo escribirlo. Hace demasiado tiempo que escribo. No hay paz para mí, a menos que vuelque las cosas en el papel. Tengo que dejarlas salir y simplificar mis ideas. Pero es muy difícil simplificar las cosas y muy fácil, en cambio, complicarlas.

Vuelvo a repasar las cosas, a lo largo de meses.

¿Cómo comenzó todo? En una discusión, por supuesto. Las hemos tenido a montones desde que nos casamos. Y siempre a raíz de lo mismo, eso es lo terrible: el dinero.

—No se trata de que tenga o no fe en ti como escritor —decía Mary—. Se trata de las cuentas a pagar. ¿Vamos a pagarlas o no?

—¿Y a qué se deben esas cuentas? ¿A cosas indispensables? No, a cosas que ni siquiera nos hacen falta.

—¡Que no nos hacen falta!

Y así seguimos. ¡Dios, es imposible vivir sin dinero! Nadie puede soportarlo. Es todo o nada. ¿Cómo podré escribir en paz con esa interminable preocupación por el dinero, el dinero, el dinero? El televisor, la nevera, la lavadora... y nada de todo eso está pagado aún.

Pero a pesar de todo, yo, el idiota con los ojos bien abiertos, sigo empeorando las cosas.

¿Por qué tuve que salir furioso del departamento, aquella vez? Habíamos discutido, es cierto, pero no era la primera discusión. Vanidad, eso es todo. Después de siete años —¡siete años!— dedicado a escribir, sólo he ganado con eso trescientos dieciséis dólares. Y sigo trabajando durante cuatro horas por la noche en ese miserable empleo de dactilógrafo. Y Mary tiene que trabajar también en ese lugar, junto conmigo. Sabe Dios que tiene todo el derecho a dudar, a insistir en que yo tome ese empleo que siempre Jim me ofrece, por todo el día, en su revista.

Todo depende de mí. Si admito mi falta de capacidad y tomo la decisión correcta, todo estará solucionado. No hará falta trabajar por la noche, Mary podrá quedarse en casa como quiere, como debería hacerlo. La decisión correcta, es todo.

Eso significa que he estado siguiendo una línea de acción equivocada. Dios, eso me enferma.

Yo, saliendo con Mike. Los dos imbéciles, con ojos de carnero degollado, deslumbrados por Jean y Sally. Nos hemos pasado meses tratando de ignorar lo que era obvio: que éramos unos tontos. Nos perdimos en una nueva experiencia. Cumplimos a nuestra perfección nuestro papel de borricos.

Y anoche, los dos, hombres casados, fuimos con ellas a su departamento de hotel y... ¿Es que no puedo decirlo? ¿Tengo miedo, soy débil? ¡Tonto!

Adúltero.

¿Cómo pueden enredarse tanto las cosas? Amo a Mary. Mucho. Y sin embargo, amándola como la amo, hice eso.

Y para complicarlo todo aún más, disfruté al hacerlo. Jean es dulce y comprensiva, apasionada, una especie de símbolo de las cosas perdidas. Fue maravilloso. No puedo negarlo.

Pero ¿cómo puede ser maravilloso un error? ¿Cómo puede disfrutarse con la crueldad? Todo es perverso, enredado, confuso y enfurecedor.

SÁBADO por la tarde:

Me ha perdonado, gracias a Dios. No volveré a ver a Jean. Todo saldrá bien.

Esta mañana me levanté y me senté en la cama. Mary me despertó, me miró primero a mí, después al reloj. Había estado llorando.

—¿Dónde estuviste? —preguntó, con esa voz finita y añorada que emplea cuando tiene miedo.

—Con Mike —le dije—. Bebimos y charlamos toda la noche.

Sostuvo mi mirada durante un segundo más. Luego me tomó lentamente la mano y se la llevó a la mejilla.

—Lo siento —dijo, y los ojos se le llenaron de lágrimas.

Tuve que acercar la cabeza a la suya para que no me viera la cara.

—¡Oh, Mary! —dije—, yo también lo siento.

Jamás se lo diré. La quiero demasiado. No *puedo* perderla.

SÁBADO a la noche:

Esta tarde fuimos al Emporio del Mueble y compramos una cama nueva.

—No tenemos dinero, querido —dijo Mary.

—No importa —respondí—. Ya has visto, la vieja es muy incómoda. Quiero que

mi nena duerma como es debido.

Ella me besó alegremente en la mejilla. Saltaba sobre la cama como un niño entusiasmado.

—¡Oh, qué blanda! —decía.

Todo está bien. Todo, con excepción del nuevo fajo de cuentas que ya ha llegado con la correspondencia de hoy. Todo, excepto mi último cuento, que no puedo empezar. Todo, excepto mi última novela, que ha sido rechazada cinco veces. La casa Burney *tiene* que aceptarla. La han retenido bastante tiempo. Cuento con eso. Las cosas están llegando al punto crítico con mi literatura. Con todo, tengo la impresión, cada vez más acentuada, de que soy una cuerda demasiado tensa.

Bueno, Mary está satisfecha.

DOMINGO por la noche:

Más problemas. Otra discusión. Ni siquiera sé a qué se debió. Ella está malhumorada. Y yo reviento. No puedo escribir cuando estoy alterado. Ella lo sabe.

Tengo ganas de llamar a Jean. Ella, al menos, se interesa por lo que escribo. Tengo ganas de mandarlo todo al demonio. De emborracharme, tirarme desde un puente, cualquier cosa. No me extraña que los bebés sean felices. Para ellos, la vida es muy simple: un poco de hambre, un poco de frío, cierto temor a la oscuridad. Es todo. ¿Para qué crecer? La vida se complica demasiado.

Mary acaba de llamarme para cenar. No tengo ganas de comer. Ni siquiera tengo ganas de quedarme en la casa. Quizá llame a Jean más tarde. Aunque sea para saludarla.

LUNES por la mañana:

¡Maldición, maldición, maldición! No les bastó con retener el libro por más de tres meses. ¡No era bastante, no! Tuvieron que devolverlo todo salpicado de café y con una nota de rechazo *impresa*. ¡Podría matarlos! Me pregunto si saben lo que hacen.

Mary vio la nota.

—Bueno, ¿y ahora? —preguntó, disgustada.

—¿Ahora? —dije, tratando de no explotar.

—¿Vas a seguir escribiendo?

Exploté.

—¡Claro!, ¿quiénes son ellos? ¿La corte suprema, la última palabra? ¿Eso crees? —grité.

—Hace siete años que escribes —dijo—, y no ha pasado nada.

—Y escribiré otros siete —dije—. ¡Y otros cien y otros mil!

—¿No aceptarás ese empleo en la oficina de Jim?

—No, no lo aceptaré.

—Dijiste que lo harías si fallaba el libro.

—Ya tengo un empleo —dije—, y tú tienes el tuyo. Así son las cosas, y así quedarán.

—¡No seré yo quien se quede así! —saltó.

Tal vez me deje. ¡Qué importa! Estoy harto de todo. Cuentas, cuentas. Escribir, escribir. Fracasos, fracasos. ¡Fracasos!

Y esta vida que se desliza, armando sus hermosas complicaciones, sus quebraderos de cabeza, como un idiota con un juego de cubos.

¡Tú! ¡Tú, que manejas el mundo y das impulso al universo! Si existes y me estás escuchando, haz el mundo más simple. No creo en nada, pero daría... ¡Cualquier cosa! Si tan solo...

¡Oh, de qué sirve! Ya no me importa nada.

Esta noche llamaré a Jean.

LUNES por la tarde:

Bajé para llamar a Jean. Quería citarla para el sábado a la noche; Mary estará entonces en casa de su hermana. No me ha dicho que vaya con ella, y no seré yo quien hable de ir.

Anoche llamé a Jean, pero la operadora del Club Stanley dijo que había salido. Supuse que podría encontrarla hoy en su oficina.

Fui al bar de la esquina para buscar el número. A esta altura debería saberlo de memoria, pues la he llamado muchas veces. Pero por algún motivo no me he tomado la molestia de aprenderlo. ¡Qué diablos!, siempre hay alguna guía telefónica a mano.

Trabaja en una revista llamada *Manual de Diseño* o *Manual del Diseñador*, o algo por el estilo. Cosa extraña, tampoco recuerdo eso. Creo que nunca me interesó demasiado.

Sin embargo, recuerdo muy bien dónde está la oficina. Fui a buscarla allí hace unos meses y la llevé a almorzar. Creo que ese día le dije a Mary que iría a la biblioteca.

Ahora, según recuerdo, el número telefónico de su oficina figuraba en la esquina superior derecha de la página derecha de la guía. Lo he buscado muchas veces y allí estuvo siempre.

Hoy no estaba.

Hallé la palabra Manual y los nombres de varias empresas que comienzan por ella. Pero estaban en la esquina inferior izquierda de la página izquierda: precisamente la opuesta. Y ninguno de los nombres me sonaba conocido. Por lo común, en cuanto veo el nombre de la revista pienso enseguida: «Ésta es», y tomo el

número. Hoy no fue así.

Busqué y busqué y hojeé la guía, pero no pude encontrar nada parecido a *Manual de Diseño*. Por último tomé el número de una *Revista del Diseño*, aunque tenía la impresión de que no era ésa la que buscaba.

Y... tendré que terminar más tarde con esto. Mary acaba de llamarme para comer, cenar, qué sé yo. La comida más importante del día, ya que los dos trabajamos por la noche.

Más tarde:

La comida estuvo bien. Mary, por cierto, sabe cocinar. Si no fuera por esas discusiones... Me pregunto si Jean sabrá cocinar. De cualquier modo, la comida me tranquilizó un poco. Lo necesitaba. Estaba bastante nervioso por esa llamada telefónica que hice.

Marqué el número y contestó una mujer.

—*Revista del Diseño* —dijo.

—Quisiera hablar con la señorita Lane —dije.

—¿Con quién?

—Con la señorita Lane.

—Un momento.

Enseguida supe que ese número estaba equivocado. Hasta ahora, la mujer que atendía el teléfono decía simplemente «bien», y me conectaba con Jean.

—¿Puede repetirme el nombre? —preguntó.

—Lane. Si no la conoce, debo haber llamado mal.

—Tal vez usted se refiera al señor Pane.

—No, no. La secretaria que me atiende siempre sabe a quién me refiero. He marcado un número equivocado. Discúlpeme.

Corté. Estaba muy irritado. Después de haber buscado tantas veces el número, no tiene nada de divertido. Y ahora no puedo encontrarlo. Naturalmente, al principio no me preocupé demasiado.

Pensé que tal vez la guía de ese bar fuera vieja, y me llegué hasta la farmacia. Era la misma.

Bueno, tendré que llamar esta noche desde el trabajo. Pero quería hablar con ella esta misma tarde, para que no aceptara otro compromiso.

Se me acaba de ocurrir algo. Esa secretaria. Su voz. Era la misma que solía atender en *Manual del Diseño*.

Pero... ¡Oh, estoy soñando!

LUNES a la noche:

Llamé al hotel cuando Mary salió de la oficina para traer un poco de café. Le dije a la operadora del conmutador, como se lo he dicho cientos de veces:

—Quisiera hablar con la señorita Lane, por favor.

—Sí señor, un momento —dijo.

Hubo un largo silencio. Me impacienté. Después volvió a establecerse la comunicación.

—¿Qué nombre me dijo? —preguntó la operadora.

—Lane, la señorita Lane —dije—. La he llamado muchas veces.

—La buscaré otra vez en la lista —dijo.

Esperé un poco más. Ella volvió a hablar.

—Lo siento, pero aquí no hay nadie registrado con ese nombre.

—Pero la he llamado muchas veces.

—¿Está seguro de que marcó bien?

—Sí, sí. Seguro. Es el Hotel Stanley, ¿verdad?

—Así es.

—Bueno, con ese número quiero hablar.

—No sé qué decirle —repuso la chica—. Pero estoy segura de que aquí no vive nadie con ese nombre.

—¡Pero si llamé anoche mismo! Usted dijo que no estaba en la casa.

—Lo siento, no recuerdo.

—¿Está segura? ¿Absolutamente segura?

—Bueno, si usted quiere puedo volver a mirar en la lista. Pero no figura nadie con ese nombre, no me caben dudas.

—¿Y no se ha mudado nadie que se llamara así en los últimos días?

—Hace más de un año que no tenemos departamentos libres. Es muy difícil encontrar apartamentos en Nueva York, como usted sabe.

—Lo sé —respondí, y corté la comunicación.

Volví a mi escritorio. Mary había vuelto del bar y me dijo que se me enfriaba el café. Le comenté que había llamado a Jim por aquel empleo. Fue una mentira mal pensada. Ahora volverá a empezar con eso.

Tomé el café y trabajé un rato, pero no tenía noción de lo que estaba haciendo. Me costaba mucho ordenar las ideas.

Tiene que estar en alguna parte, pensaba. Sé que todos los momentos que pasamos juntos no fueron un sueño. Sé que no he imaginado las dificultades que tuve para ocultárselo a Mary. Y sé que Mike y Sally no...

¡Sally! ¡Sally también vivía en el Hotel Stanley!

Le dije a Mary que me dolía la cabeza, y que saldría a buscar una aspirina. Ella observó que en el baño de caballeros había algunas... y le respondí que esa marca no me gustaba. ¡Me veo envuelto en las mentiras más tontas!

Fui casi corriendo hasta la farmacia más próxima. Naturalmente, no quería volver a utilizar el teléfono de la oficina.

Me atendió la misma operadora.

—¿Está la señorita Sally Norton? —pregunté.

—Un momento, por favor —dijo.

Sentí que el estómago me daba un vuelco. Ella conocía muy bien a los pensionistas habituales. Y hacía por lo menos dos años que Sally y Jean vivían ahí.

—Lo siento —dijo—. No tenemos a nadie registrado con ese nombre.

—¡Oh, mi Dios! —gruñí.

—¿Hay algún error? —preguntó.

—¿Ni Jean Lane ni Sally Norton viven allí?

—¿Es usted la misma persona que llamó hace un momento?

—Sí.

—Escuche, si es una broma...

—¡Una broma! Anoche hablé con usted; me dijo que la señorita Lane había salido y me preguntó si quería dejar recado. Dije que no. Ahora vuelvo a llamar y me dice que ahí no vive nadie con ese nombre.

—Lo siento, no sé qué decirle. Estuve anoche en el conmutador, pero no recuerdo lo que usted dice. Si quiere, puedo conectarlo con el gerente de la casa.

—No, no se preocupe —dije, y corté.

Marqué entonces el número de Mike, pero no estaba en su casa. Atendió Gladys, su esposa, y me dijo que Mike había ido a jugar a los bolos.

—¿Con los muchachos? —dije.

Estaba algo nervioso; de lo contrario no habría cometido ese error. Ella pareció ofendida.

—Bueno, eso espero —respondió.

Empiezo a tener miedo.

MARTES a la noche:

Esta noche volví a llamar a Mike, y le pregunté por Sally.

—¿Quién?

—Sally.

—¿Qué Sally? —preguntó.

—¡Sabes muy bien qué Sally, pedazo de hipócrita!

—¿Es una broma?

—Puede ser. ¿Qué te parece si lo dejamos?

—Empecemos de nuevo —dijo—. ¿Quién diablos es Sally?

—¿No sabes quién es Sally Norton?

—No, ¿quién es?

—¿Nunca salimos juntos, tú con ella y yo con Jean Lane?

—¡Jean Lane! ¿De qué estás hablando?

—¿Tampoco conoces a Jean Lane?

—No, no la conozco... y esto se está poniendo muy feo. No sé qué es lo que pretendes, pero acaba con eso. Los dos somos casados y...

—¡Escúchame! —grité en el auricular—. ¿Dónde estuviste hace tres semanas, el sábado a la noche?

Guardó silencio por un momento.

—¿No fue la noche en que tú y yo salimos solos, cuando Mary y Gladys fueron al desfile de modas del...?

—¡Solos! ¿No vino nadie con nosotros?

—¿Quién?

—¿Ninguna muchacha? ¿Sally, Jean?

—¡Oh! Empiezas de nuevo —gruñó—. Oye, amigo, ¿qué te duele? ¿Puedo ayudarte?

Me dejé caer contra el tabique de la cabina telefónica.

—No —dije, débilmente—. No.

—¿Te sientes bien? Se te oye más alterado que el diablo.

Corté. Estoy realmente alterado. Me siento como si estuviera muerto de hambre, y no hubiese una migaja de comida en el mundo entero.

¿Qué es lo que pasa?

MIÉRCOLES por la tarde:

Hay sólo una forma de descubrir si Sally y Jean han desaparecido de veras. Conocí a Jean por intermedio de un compañero de la Universidad. Ella es de Chicago, y también mi amigo Dave. Fue él quien me dio su dirección en Nueva York, en el Hotel Stanley. Naturalmente, sabía que yo estaba casado.

Después la conocí y salí con ella, y Mike con su amiga Sally. Así fue, estoy seguro de que así fueron las cosas.

Hoy escribí una carta a Dave, contándole lo que había ocurrido. Le rogué que verificara los datos en la casa de ella, que me escribiera de inmediato para saber si era una broma o una sorprendente serie de coincidencias. Y tomé mi libreta de direcciones... ¡El nombre de Dave ha desaparecido de la libreta!

¿Estaré volviéndome loco? Sé perfectamente que la dirección estaba allí. Recuerdo bien aquella noche, hace varios años, cuando la anoté cuidadosamente, porque no quería perder contacto con él una vez estuviéramos recibidos. Hasta recuerdo que hice una mancha de tinta al escribirla, porque mi estilográfica perdía.

Ahora la página está en blanco.

Recuerdo su nombre, su aspecto, su modo de hablar, las cosas que hicimos juntos,

las clases a las que asistimos. Hasta tengo una carta que me envió en las vacaciones de Pascuas, mientras yo estaba en la escuela. Recuerdo que Mike estaba en mi cuarto. Como los dos vivíamos en Nueva York, no teníamos tiempo de viajar hasta casa, porque las vacaciones duraban sólo unos pocos días.

Pero Dave había vuelto a Chicago y desde allí nos envió una carta muy divertida, por correo expreso. Recuerdo que la selló con lacre y estampó en él su anillo por gastarnos una broma.

La carta ha desaparecido del cajón donde siempre estuvo.

Y tenía tres fotografías de Dave tomadas el día de la graduación. Dos de ellas estaban en mi álbum. Todavía están allí. Pero él no figura. Son fotografías del recinto, con los edificios como fondo.

Tengo miedo de seguir buscando. Podría escribir a la Universidad... o llamarlos, y preguntar si Dave estudió allí o no.

Pero tengo miedo de hacer la prueba.

JUEVES por la tarde:

Hoy fui a Hempstead para ver a Jim. Me llegué hasta su oficina. Se sorprendió mucho al verme entrar. Quiso saber por qué había hecho semejante viaje sólo para visitarlo.

—No me digas que vas a aceptar ese empleo que te ofrecí —dijo.

—Jim —le pregunté—, ¿alguna vez me oíste hablar de una muchacha llamada Jean, que vivía en Nueva York?

—¿Jean? No..., creo que no.

—Vamos, Jim. Te la mencioné. ¿No recuerdas la última vez que tú, Mike y yo jugamos al póker? Ese día te hablé de ella.

—No recuerdo, Bob —dijo—. ¿Qué pasa con ella?

—No puedo encontrarla. Y tampoco puedo encontrar a la muchacha que salía con Mike. Y Mike dice que no las conoce, a ninguna de las dos.

Parecía confuso y volví a contárselo. Entonces dijo:

—¿Qué significa esto? Dos hombres mayores, ya casados, saliendo con...

—Eran sólo amigas —le interrumpí—. Las conocí por intermedio de un compañero de Universidad. No pienses cosas raras.

—Bueno, bueno, basta con eso. ¿Qué tengo que ver yo con ese asunto?

—No puedo encontrarlas. Han desaparecido. Ni siquiera puedo probar que existieron.

Se encogió de hombros.

—¿Y qué?

Enseguida me preguntó si Mary lo sabía. Pasé eso por alto.

—¿No te mencioné a Jean en ninguna de mis cartas? —le pregunté.

—No podría decírtelo. Nunca guardo las cartas.

Me fui poco después. Jim empezaba a ponerse demasiado curioso. Ahora comprendo que se lo dirá a su esposa..., y su esposa a Mary. Se armará la gorda.

Esta tarde, mientras iba al trabajo, tuve la horrible sensación de que mi vida era algo provisional. Cuando me senté, fue como apoyarme en el aire.

Creo que debo estar al borde de la crisis. Deliberadamente me llevé por delante a un anciano, para ver si me veía, si sentía mi presencia. Me espetó un gruñido, tratándome de torpe e idiota.

Me sentí agradecido.

JUEVES por la noche:

Esta noche, en el trabajo, volví a llamar a Mike para comprobar si recordaba a Dave. El teléfono sonó, pero la comunicación quedó interrumpida. Intervino la operadora, preguntando:

—¿A qué número ha llamado, señor?

Me recorrió un escalofrío. Le di el número y me dijo que no pertenecía a ningún abonado.

El teléfono se me cayó de entre las manos, y se estrelló contra el suelo. Mary se levantó del escritorio, mirándome. La operadora repetía: «Hola, hola, hola». Me apresuré a poner el auricular en la horquilla.

—¿Qué pasó? —preguntó Mary cuando volví a mi escritorio.

—Solté el teléfono —dije.

Me senté a trabajar, temblando de frío. Tengo miedo de hablarle a Mary de Mike y de su esposa Gladys. Tengo miedo de oírle decir que nunca oyó hablar de ellos.

VIERNES:

Hoy comprobé lo de *Manual de Diseño*. En informaciones me dijeron que en los registros no figuraba ninguna publicación con ese nombre. Pero de cualquier modo fui al centro. Mary se enojó por eso, pero tenía que ir.

Fui hasta el edificio. Me fijé en la lista del vestíbulo. Sabía ya que la revista no figuraba allí, pero, de cualquier modo, el impacto me hizo sentir vacío y descompuesto.

Mareado, subí en el ascensor. Me sentía como si me alejara de todo.

Bajé en el tercer piso, en el lugar exacto donde fui a buscar a Jean aquella tarde. Allí había una compañía textil.

—¿Antes no había aquí una revista? —pregunté a la recepcionista.

—Que yo sepa, no —respondió—. Pero hace sólo tres años que trabajo aquí.

Volví a casa. Le dije a Mary que estaba enfermo, y que no iría a trabajar a la

noche. Dijo que en ese caso tampoco ella iría. Fui al dormitorio para estar solo. Me detuve en el sitio donde vamos a poner la cama nueva cuando la entreguen, la semana próxima.

Mary entró y se detuvo en la puerta, inquieta.

—Bob, ¿qué te pasa? —preguntó—. ¿No tengo derecho a saberlo?

—Nada —le dije.

—¡Oh, por favor!, no me digas eso. Sé que te pasa algo.

Di un paso hacia ella, pero me volví.

—Tengo..., tengo que escribir una carta —le dije.

—¿A quién?

Le eché una mirada de indignación.

—Eso es cosa mía —repuse.

Pero enseguida le dije que era para Jim.

—¡Ojalá pudiera creerte! —dijo.

—¿Qué significa eso? —pregunté.

Ella me miró por unos cuantos segundos y me volvió otra vez la espalda.

—Dale a Jim mis saludos —dijo, con voz temblorosa.

La forma en que lo dijo me provocó un estremecimiento.

Me senté a escribir a Jim, pensando que podría servirme de algo. Las cosas estaban demasiado mal para andarse con secretos. Le conté que Mike había desaparecido. Le pregunté si lo recordaba.

Cosa extraña: mi mano apenas temblaba. Tal vez sea así cuando uno está a punto de desaparecer.

## SÁBADO:

Hoy Mary tuvo que hacer unos trabajos especiales y se marchó temprano. Después del desayuno tomé la libreta de ahorros de la caja metálica que guardamos en el armario del dormitorio; pensaba ir al banco a retirar el dinero para la cama.

Ya en el banco, llené una nota de reintegro por 97 dólares. Después esperé en la cola hasta que me llegó el turno de entregar al cajero la nota y la libreta.

Al abrirla, levantó la vista frunciendo el ceño.

—¿Quiere hacerse el gracioso? —dijo.

—¿Cómo, el gracioso?

Me devolvió la libreta a través del mostrador.

—El siguiente —dijo.

Creo que grité:

—¿Por qué no me atiende?

Por el rabillo del ojo vi que uno de los hombres sentados en los escritorios de enfrente se levantaba de un salto y se acercaba aprisa. Una mujer, a mi espalda, dijo:

—Déjeme pasar a la ventanilla, por favor.

El hombre se aproximó muy preocupado.

—¿Cuál es su problema, señor? —me preguntó.

—El cajero se niega a aceptar mi libreta de ahorros —le dije.

Me pidió la libreta y se la di. La abrió. Levantó la vista, asombrado.

—Esta libreta está en blanco —dijo, sin alzar la voz.

Se la arrebaté para mirarla; el corazón me golpeaba el pecho. Estaba completamente en blanco.

—¡Oh, Dios mío! —gemí.

—Tal vez podamos verificar el número de la libreta —observó el hombre—. ¿Por qué no se acerca hasta mi escritorio?

Pero la libreta no tenía número alguno. Lo vi, sentí que los ojos se me llenaban de lágrimas.

—No —dije—. No.

Pasé a su lado y me dirigí hacia la puerta.

—Un momento, señor —le oí decir.

Salí corriendo, y corriendo llegué hasta casa. Me senté en el cuarto delantero, a esperar a Mary. Todavía estoy esperando.

Tengo ante los ojos la libreta de ahorros. Veo el sitio donde ambos pusimos nuestras firmas. Los espacios donde hicimos nuestros depósitos. Cincuenta dólares, regalo de sus padres en nuestro primer aniversario. Doscientos treinta dólares por mi seguro de veterano. Veinte dólares. Diez dólares.

Todo está desapareciendo. Jean. Sally. Mike. Los nombres se desvanecen, y con ellos la gente.

Ahora, esto... ¿Y después?

Más tarde:

Ya lo sé. Mary no ha vuelto a casa.

Llamé a la oficina. Atendió Sam y le pregunté si Mary estaba allí. Dijo que debía haberme equivocado, que allí no trabajaba ninguna Mary. Le di mi nombre, y le pregunté si yo trabajaba allí.

—Déjate de tonterías —dijo—. Hasta el lunes a la noche.

Llamé a mi primo, a mi hermana, a su prima, a su hermana, a sus padres. No hay respuesta. Ni siquiera suena el teléfono. Ninguno de los números funciona. Eso significa que todos han desaparecido.

DOMINGO:

No sé qué hacer. Me he pasado el día sentado en la sala, mirando hacia la calle.

Quería ver si algún conocido pasa por aquí. Pero todos me son extraños.

Tengo miedo de salir. Esta casa es todo lo que me queda. Nuestros muebles, nuestra ropa.

Es decir, *mis ropas*. Su ropero está vacío. Lo comprobé esta mañana, cuando me desperté; no hay siquiera una hilacha. Es como una prueba de magia; todo desaparece. Es como... Acabo de soltar una carcajada. Debe ser...

Llamé a la mueblería; está abierta los domingos por la tarde. Dicen que no tienen anotada ninguna compra a nuestro nombre. Preguntaron si quería ir a verificarlo.

Corté y seguí mirando por la ventana.

Pensé en llamar a mi tía, la de Detroit. Pero no puedo recordar el número. Y ya no figura en mi libreta de direcciones. Toda la libreta está en blanco, con excepción de mi nombre, estampado en oro en la tapa.

Mi nombre. Sólo mi nombre. ¿Qué puedo decir? ¿Qué puedo hacer? Es todo tan simple... No queda *nada* por hacer.

He estado mirando mi álbum de fotografías. Casi todas están cambiadas. En ellas no queda ninguna persona. Mary ha desaparecido, y todos nuestros amigos y nuestros parientes.

Es extraño.

En la fotografía de bodas estoy sentado solo ante una mesa enorme cubierta de comida. Tengo el brazo izquierdo extendido y arqueado, como si estuviera abrazando a mi novia. Y a lo largo de la mesa se ve una serie de copas suspendidas en el aire.

Brindando conmigo.

LUNES a la mañana:

Acabo de recibir de vuelta la carta que le envié a Jim. En el sobre, un sello estampado con la frase: DIRECCIÓN INEXISTENTE.

Traté de alcanzar al cartero, pero no pude. Se fue antes que yo reaccionara. Previamente había ido al almacén. Él me conoció, pero cuando le hablé de Mary me dijo que no bromeara. Que yo moriría soltero y los dos lo sabíamos.

Sólo me queda una idea. Es un riesgo, pero tendré que correrlo. Debo dejar la casa e ir al centro, a la Administración de Reservistas. Quiero ver si mi expediente figura allí. Si está allí, habrá algunos datos sobre mis estudios, mi casamiento y la gente que conocí.

Llevaré este cuaderno conmigo. No quiero perderlo. Si lo perdiera, no quedaría en el mundo una sola prueba de que no estoy loco.

LUNES a la noche:

La casa ha desaparecido. Estoy sentado en el bar de la esquina.

Al regresar de la Administración de Reservistas encontré allí un terreno vacío. Algunos niños andaban jugando y les pregunté si me conocían. Dijeron que no. Les pregunté qué había pasado con la casa. Dijeron que han jugado en ese baldío desde que eran bebés.

En la Administración de Reservistas no tenían expedientes míos. Nada.

Eso significa que yo no soy ni siquiera una persona. No tengo sino esto, mi cuerpo y las ropas que llevo puestas. Todos los documentos de identificación han desaparecido de mi billetera.

También mi reloj ha desaparecido. Así, sin más. De mi muñeca. Tenía una inscripción en el dorso. La recuerdo bien: «A mi amor, con todo cariño. Mary».

Estoy tomando una taza de caf

# LA BODA

---

(*The Wedding*, 1953)

Entonces le dijo que no podían casarse en jueves, porque ése era el día en que el demonio desposaba a su propia madre.

Estaban en una fiesta y ella no entendió bien lo que decía, pues había mucho ruido y ella había bebido algo de más.

—¿Cómo, querido? —preguntó, inclinándose para oír mejor.

Él lo repitió, siempre serio y directo. Ella se irguió con una sonrisa.

—Francamente, qué chistoso eres —dijo, y tomó un buen trago de su cóctel.

Más tarde, mientras él la llevaba a su casa, volvió a hablar sobre el día en que pensaban casarse. Él dijo que debían cambiarlo; cualquier día era bueno, menos el jueves.

—No comprendo, querido —observó ella, apoyando la cabeza en el hombro de él, angosto y caído.

—Cualquier día es bueno, menos el jueves —repitió él.

Ella levantó la vista; la gracia se iba convirtiendo en algo enojoso.

—Bueno, tesoro —dijo—. Una broma es una broma.

—¿Y quién está bromeando?

Ella le clavó los ojos.

—Querido ¿estás loco?

—No —dijo él.

—Pero... ¿quieres cambiar la fecha porque...?

Parecía estupefacta. Luego soltó una risita y le pellizcó el brazo.

—Eres un payaso, Frank —dijo—. Casi me lo hiciste creer.

La pequeña boca masculina se apretó en una mueca de fastidio.

—Querida mía, no me casaré contigo en jueves.

Ella abrió la boca y parpadeó:

—¡Dios mío! Estás hablando en serio...

—Completamente en serio.

—Sí, pero... —se mordió el labio inferior, y agregó—: Estás loco, porque...

—Oye, ¿es tan importante? —preguntó él—. ¿No puede ser cualquier otro día?

—Pero no dijiste nada cuando fijaste la fecha —argumentó ella.

—No me di cuenta de que caía en jueves.

Ella hizo un esfuerzo por comprender. Debía haber alguna razón oculta. Mal olor, mal aliento. Algo importante.

—Pero ya hemos fijado la fecha —opuso débilmente.

—Lo siento —concluyó él, inexorable—. El jueves queda descartado.

Ella lo miró con cautela.

—Aclaremos esto, Frank. ¿No te casarás conmigo ese jueves?

—Ningún jueves.

—Bueno, estoy tratando de comprenderte, querido. Pero no hay caso, no puedo...

Él no respondió.

—¡Es un capricho! —insistió ella, alzando la voz. Se apartó de él y miró por la ventanilla—. Me gustaría saber como lo llamas tú.

Y agregó, ahuecando la voz para fingir la de él:

—No me casaré en jueves porque... porque el demonio desposó a su abuela, o lo que sea.

—A su madre —corrigió él.

Ella le echó una mirada colérica y apretó los puños.

—Pongamos otra fecha y olvidémonos de todo esto —sugirió él.

—¡Oh, sí, claro! Olvidémonos de todo esto. Olvidémonos de que mi prometido tiene miedo de que el demonio se enoje si se casa conmigo en jueves. Es muy fácil olvidarlo.

—No hay por qué alterarse, querida.

—¡Oh! —gruñó ella—. Eres... eres el colmo, realmente el colmo —se volvió a mirarlo, con los ojos entornados, suspicaces—. ¿Y el miércoles? —preguntó.

El guardó silencio. Por último se aclaró la garganta, incómodo.

—Yo... —empezó, sonriendo con embarazo—. Lo había olvidado, querida. En miércoles tampoco.

Ella se sintió mareada.

—¿Por qué?

—Si nos casáramos en miércoles yo sería cornudo.

Ella se inclinó hacia adelante para mirarlo fijamente.

—¿Serías *qué*? —preguntó con voz chillona.

—Cornudo. Me serías infiel.

El rostro de la muchacha se contrajo.

—Pero... pero... ¡Oh, Dios mío, llévame a casa! No me casaría contigo aunque fueras el único hombre de la Tierra.

El continuó conduciendo el coche cuidadosamente. Ella, sin poder contenerse, le echó una mirada acusadora.

—¡Y supongo que si nos casáramos en... en *domingo*, te convertirías en una calabaza!

—El domingo estaría bien —respondió él.

—¡Oh, me alegro por ti! —espetó ella—. No sabes la alegría que me das —y le volvió la espalda—. Quizá lo que pasa es que no quieres casarte conmigo —dijo, al

fin—. ¡Bueno, si no quieres, dilo! Deja de inventar esas tonterías de...

—Quiero casarme contigo. Lo sabes bien. Pero tiene que ser en la forma debida, para bien de los dos.

\* \* \*

Ella no tenía intenciones de hacerlo pasar, pero la fuerza de la costumbre hizo que lo olvidara.

—¿Quieres tomar algo? —preguntó, malhumorada, al entrar en la sala.

—No, gracias. Me gustaría charlar todo esto contigo, tesoro —y señaló el diván.

Ella situó allí su cuerpo rechoncho y tenso. Él le tomó la mano.

—Querida, por favor, trata de comprender... —dijo.

Le deslizó un brazo por la espalda y le acarició el hombro. Un momento después, ella cedió y lo miró seriamente a la cara.

—Querido... Quiero entender, pero... ¿cómo?

Él le palmeó el hombro.

—Escucha, yo sé bien ciertas cosas. Y creo que casarnos en un día equivocado sería fatal para nuestra relación.

—Pero... ¿por qué?

—Debido a las consecuencias —respondió, tragando saliva.

Ella no respondió. Lo abrazó, acercándose más a él. Le resultaba demasiado conveniente como para romper el compromiso sólo porque él no quería casarse en jueves. Ni en miércoles.

—Está bien, querido —dijo, suspirando—. Que sea el domingo. ¿Te parece bien?

—Sí —respondió él—. Me parece bien.

\* \* \*

Después, una noche, él ofreció a su padre quince dólares para sellar el acuerdo matrimonial. El señor O'Shea apartó la vista de la pipa con una sonrisa inquisitiva.

—¿Podría repetírmelo? —pidió, cortés.

Frank le extendió el dinero.

—Quiero darle este dinero como pago por su hija.

—¿Pago? —preguntó el señor O'Shea.

—Sí, pago.

—¿Y quién se la ha vendido? —preguntó el señor O'Shea—. Le he concedido su mano en matrimonio.

—Lo sé —respondió Frank—. Es sólo un símbolo.

—Póngalo con su ajuar —dijo el señor O'Shea, volviendo a su periódico.

—Lo siento, señor, pero debe aceptarlo —insistió Frank.

En ese momento, ella bajó la escalera. El señor O'Shea se dirigió a ella.

—Dile a tu novio que deje de bromear —dijo.

Ella contempló a Frank con una mirada de preocupación.

—¡Oh! ¿No habrás vuelto a empezar, Frank?

Frank lo explicó a padre e hija. Aclaró que bajo ningún punto de vista consideraba a su prometida como una simple mercadería, pero que deseaba ser fiel a los principios para bien de ambos.

—Tome usted el dinero, nada más —concluyó—, y todo estará bien.

La muchacha y el padre cambiaron una mirada.

—Tómalo, padre —suspiró ella.

El señor O'Shea, encogiéndose de hombros, aceptó el dinero.

—Cuatro nueve dos —cantó Frank—. Tres cinco siete... ocho uno seis. Quince, dieciséis y tres veces sobre mi pecho escupo para precaverme de hechizos fascinantes.

—¡Frank! —gritó ella—. ¡Te has mojado toda la camisa!

\* \* \*

Después él le dijo que, en vez de arrojar su ramo de novia, tendría que dejar que todos los hombres trataran de conseguir su liga.

Ella hizo una mueca.

—¡Vamos, Frank! Esto está llegando demasiado lejos.

Él pareció dolorido.

—Sólo estoy tratando de que todo salga bien —dijo—. No quiero que haya errores.

—Pero..., por Dios, Frank, ¿no has hecho ya bastante? Me hiciste cambiar la fecha del casamiento. Me *compraste* por quince dólares y te escupiste todo delante de papá. Me haces usar este horrible brazalete de pelo, que me escuece. Bueno, lo he soportado todo, pero ya me estoy cansando un poco. Ya basta.

Frank se entristeció. Le acarició una mano, con la expresión de Juana de Arco camino a la hoguera.

—Sólo trato de hacer lo que me parece mejor —dijo—. Estamos asediados por una horda de peligros. Debemos andar con cuidado, o todo estará perdido.

Ella lo miró fijamente.

—Frank, ¿tú *quieres* casarte conmigo, o no? ¿No es una treta para...?

Él la envolvió con sus brazos y la besó con fervor.

—Fulvia —le dijo—, queridísima, te amo y quiero casarme contigo. Pero debemos hacer lo correcto.

\* \* \*

Más tarde, el señor O'Shea dijo:

—Es un maniático. Sácalo de una oreja.

Pero ella era bastante regordeta y poco bonita, y Frank era el único hombre que se le había declarado. Por lo tanto, suspiró y volvió a ceder. Lo habló con sus padres. Dijo que todo iría bien una vez que estuvieran casados. Dijo:

—Le seguiré la corriente hasta entonces. Después, ¡se acabó!

Pero se dio maña para quitarle la idea de que los hombres invitados a la fiesta se arrebataran su liga.

—No querrás que me rompa el cuello, ¿verdad? —preguntó.

—Tienes razón —respondió Frank—. Bastará con que les arroje tus medias.

—Querido, deja que arroje mi ramo. ¿Por favor?

Él puso una expresión pensativa.

—Está bien —dijo luego—. Pero no me gusta. No me gusta nada.

Tomó un poco de sal y la puso en el horno caliente de la cocina. Dejó pasar un rato y abrió para ver.

—Ahora nuestras lágrimas están secas, y por un tiempo no pasará nada malo —dijo.

\* \* \*

Llegó el día de la boda.

Frank se levantó muy temprano, radiante. Fue a la iglesia para asegurarse de que todas las ventanas estuvieran bien cerradas, pues así los demonios no podrían entrar. Dijo al pastor que era una suerte casarse en invierno, pues así las puertas permanecerían cerradas. Aclaró que una vez empezada la ceremonia nadie debía tocar las puertas.

Cuando disparó su calibre treinta y ocho por la chimenea, hacia arriba, el pastor se puso furioso.

—En el nombre de Dios —dijo—, ¿qué hace?

—Estoy ahuyentando a los espíritus malignos —dijo Frank.

—¡Oiga, joven, en la Primera Iglesia Episcopal del Calvario no hay ningún espíritu maligno!

Frank pidió disculpas. Pero mientras el pastor estaba en el atrio, explicando a un policía la causa del disparo, sacó varios platos del bolsillo del sobretodo, los rompió y ocultó los pedazos bajo los bancos y en los rincones.

Después corrió hasta el centro y compró diez kilos de arroz, por si alguien se quedaba sin él u olvidaba hacerlo.

Volvió aprisa a la casa de su prometida y tocó el timbre. La señora O'Shea salió a abrirle.

—¿Dónde está su hija? —preguntó.

—Ahora no puede atenderlo —dijo la señora.

—Tengo que verla —exigió Frank.

Pasó a toda velocidad junto a la señora y subió las escaleras a la carrera.

Su novia estaba sobre la cama, en enaguas, lustrando los zapatos que pensaba ponerse. Al verlo se levantó de un salto.

—¿Qué te pasa? —gritó.

—Dame uno de tus zapatos —pidió él, jadeando—. Casi me olvido. Si lo hubiese olvidado, habría sido nuestra perdición.

Extendió la mano para tomar su zapato, pero ella lo retiró.

—¡Sal de aquí! —gritó, tomando su bata.

—¡Dame un zapato!

—¡No! —respondió ella—. ¿Qué pretendes que use? ¿Galochas?

—Está bien —dijo él.

Se metió de cabeza en el ropero y sacó un zapato viejo.

—Me llevaré éste —dijo, y salió corriendo del cuarto.

En ese momento, ella recordó algo y su gemido lo siguió por las escaleras:

—¡No tenías que verme antes de la boda!

Él, saltando por los escalones, respondió:

—¡Esa es una superstición estúpida!

Ya en la cocina, entregó el zapato al señor O'Shea, que sorbía su café y fumaba su pipa.

—Démelo —dijo Frank.

El señor O'Shea respondió:

—Se lo daría con gusto.

Frank ignoró aquello.

—Entrégueme el zapato y diga: “Transfiero la autoridad”.

El señor O'Shea, boquiabierto, tomó el zapato y se lo entregó como un estúpido, diciendo:

—Transfiero la autoridad... —reaccionó con un parpadeo, exclamando—: ¡Eh, espere!

Pero Frank ya se había ido; estaba subiendo a saltos la escalera.

—¡No! —gritó ella, al verlo entrar otra vez—. ¡Sal de aquí, por todos los diablos!

Él le asestó un golpe en la cabeza con el zapato. La muchacha soltó un aullido. Frank la abrazó y la besó violentamente.

—Mi queridísima esposa —dijo, y salió corriendo.

Ella estalló en lágrimas.

—¡No, no me voy a casar con él! —arrojó los zapatos lustrados contra la pared—.  
¡Ni aunque fuera el único hombre del mundo! ¡Es insoportable!  
Un rato después recogió los zapatos y volvió a lustrarlos.

\* \* \*

Por entonces, Frank estaba en el centro, verificando que el confitero hubiese utilizado exactamente los ingredientes debidos en la preparación de la torta. Después compró un sombrero de papel para que Fulvia se lo pusiera al correr desde la iglesia hasta el coche. Recorrió todos los negocios de ropa usada y compró cuantos zapatos viejos encontró, para usarlos como defensa contra los espíritus malignos.

Cuando llegó la hora de la ceremonia, estaba exhausto.

Se sentó en la antesala de la iglesia, jadeando, y repasó la lista que había hecho para asegurarse de no haber olvidado nada.

El órgano empezó a sonar. Y ella se acercó por el pasillo con su padre. Frank la contempló, con la respiración agitada aún.

En ese momento, un espectador retrasado entró por la puerta del frente. Frank arqueó las cejas.

—¡Oh, no! —exclamó, cubriéndose la cara con las manos—. ¡Ahora voy a desaparecer en una bocanada de humo!

Pero no fue así. Cuando abrió los ojos, su novia le sostenía firmemente por la mano.

—¿Lo ves, Frank? —le consoló—. Has estado preocupado por un montón de tonterías.

Comenzó la ceremonia y él, atontado por la sorpresa y la impresión y el aturdimiento, olvidó por completo los zapatos, los ramos, los sombreros, el arroz y todo eso.

Mientras se dirigían hacia el hotel en el coche de alquiler, ella le acarició la mano.

—Supersticiones —arrulló—. Son todas tonterías.

—Pero...

—Shhh... —dijo ella, acallando sus protestas con un beso—. ¿No estás vivo acaso?

—Sí —dijo Frank—, y no lo entiendo.

En la puerta del cuarto, Frank la miró. El botones miró hacia otro lado. Finalmente, ella dijo:

—Álzame para pasar el umbral, querido.

Él sonrió débilmente.

—Me parece tan ridículo... —dijo.

—Hazlo por mí —insistió—. Tengo derecho a una superstición, siquiera.

—Cierto —admitió él, con una sonrisa.

Y se inclinó para levantarla. Pero no pudo hacerlo. Ella era demasiado regordeta.

—Paro cardíaco —dijo el médico.

—Satanás —susurró Fulvia.

Y se sumió en un temeroso retiro durante los diez años siguientes.

# LA FACHADA

---

(*Shipshape Home*, 1952)

—Ese portero me da escalofríos —dijo Ruth al entrar, aquella tarde.

Levanté la vista de mi máquina de escribir. Ella dejó los paquetes sobre la mesa y se volvió hacia mí. Yo estaba liquidando el segundo borrador de un cuento.

—¿Te da escalofríos? —dije.

—Sí, así es —afirmó ella—. Con esa manera furtiva de andar por ahí... Se parece a Peter Lorre, o alguien por el estilo.

—Peter Lorre —dije, todavía concentrado en mi argumento.

—Amor —imploró—, estoy hablando en serio. Ese hombre es tenebroso.

Con un parpadeo, me liberé de la niebla creativa.

—Pero tesoro, ¿qué culpa tiene el pobre tipo de tener esa cara? —dije—. Es hereditario. Déjalo en paz.

Se dejó caer en una silla junto a la mesa y comenzó a sacar provisiones y a amontonar latas sobre la mesa.

—Presta atención —dijo.

Pude oler lo que seguiría. Ese tono de seriedad mortal que adopta cada vez que va a hacerme una de sus «revelaciones».

—Presta atención —repitió.

—Sí, querida.

Apoyé un codo sobre la máquina de escribir y la contemplé con paciencia.

—No me pongas esa cara —dijo—. Siempre me miras como si yo fuera una idiota, o algo así.

Sonreí. Con tristeza.

—Ya te arrepentirás —dijo—. Cualquiera noche de éstas, cuando ese hombre entre con un hacha y nos descuartice...

—Es sólo un pobre hombre que se gana la vida —dije—. Encera los pasillos, alimenta la caldera...

—Tenemos calefacción a petróleo —observó.

—Si tuviéramos caldera, ese hombre la alimentaría. Seamos piadosos. Trabaja como nosotros. Yo escribo cuentos. Él encera pisos. ¿Cómo saber cuál es la labor más importante?

Pareció desanimada, e hizo un gesto de abandono.

—Está bien, está bien. Si no quieres afrontar los hechos...

—¿Qué hechos? —la alenté, decidiendo que era mejor hacerla hablar antes de que aquello le socavara la mente.

—Presta atención —dijo, entornando los ojos—. Ese hombre está aquí con algún propósito. No es portero. No me sorprendería que...

—... que ese cuarto fuera sólo la fachada de un garito. Un aguantadero para enemigos públicos, del uno al quince. Una fábrica de abortos. Una guarida de falsificadores. La celada de un asesino.

Ella estaba ya en la cocina, guardando latas y cajas en el armario.

—Está bien —dijo—. Está bien. —Pero por el tono de su voz, parecía estar diciendo: “Cuando te asesinen, no vengas a que yo te consuele”—. Después no digas que no te advertí. Si mi marido es más duro que las paredes, no tengo la culpa.

Me acerqué a ella, la abracé por la cintura y le besé el cuello.

—Deja —protestó—. No vas a desconcertarme. El portero es... —ella se volvió.

—Hablas en serio —observé.

—Claro que sí, tesoro —dijo, con el rostro ensombrecido—. Ese hombre me mira de un modo extraño.

—¿Cómo?

—¡Oh! —vaciló, tratando de encontrar las palabras—. Como si... como si se regodeara por anticipado.

Solté una risita.

—Se justifica.

—Vamos, ponte serio.

—¿Recuerdas aquella vez, cuando se te ocurrió que el lechero era un cuchillero de la Mafia? —pregunté.

—No me importa.

—Estás leyendo demasiadas novelas de fantasía barata.

—Te arrepentirás.

—¿Por qué mejor no comemos? —propuse, volviendo a besarla en el cuello.

Ella gruñó.

—¿Para qué hablo contigo?

—Porque me amas.

Ella cerró los ojos y dijo en voz baja, con la paciencia de un santo en la hoguera:

—Renuncio.

La besé otra vez.

—Vamos, amor, ya tenemos bastantes problemas.

—¡Oh, de acuerdo! —exclamó, encogiéndose de hombros.

—Bueno —dije—. ¿A qué hora vienen Phil y Marge?

—A las seis —respondió—. Traje cerdo.

—¿Asado?

—¡Hummm!

—Lo pagaría gustoso.

—Ya lo hiciste.

—En ese caso, vuelvo a mi máquina.

Mientras retiraba otra hoja del carro, la oí murmurar en la cocina. No logré captar todo, pero me llegó un sombrío y profético: “Asesinados en la cama, o algo así”.

\* \* \*

—No, si es una redoblona —decía Ruth esa noche, mientras cenábamos.

Yo dediqué a Phil una amplia sonrisa y él me la devolvió.

—Estoy de acuerdo —afirmó Marge—. ¿Dónde se ha visto, pagar sólo sesenta y cinco dólares al mes por un departamento amueblado de cinco ambientes? Con cocina, nevera, lavadora... Es fantástico.

—Muchachas —dije—, no utilicemos. Aprovechemos la oportunidad.

—¡Oh! —exclamó Ruth, sacudiendo su hermosa cabeza rubia—. Si alguien te dijera: “Aquí tienes un millón de dólares”... serías capaz de tomarlos.

—Sin ninguna duda, los tomaría —dije—. Después saldría corriendo como si me llevara el diablo.

—Eres muy ingenuo —afirmó ella—. Crees que la gente es... es...

—Sensata —completé.

—¡Crees que todo el mundo es Santa Claus!

—En realidad, es algo extraño —dijo Phil—. Piénsalo, Rick.

Lo pensé. Un departamento flamante, de cinco ambientes, amueblado en el mejor estilo, con vajilla... Ahuequé los labios. Cuando uno se pone a escribir, no repara en nada. Tal vez tuvieran razón. De cualquier modo, asentí, comprendiendo lo que pensaban. Pero no iba a decirlo. Eso habría sido el fin de mi juguetona guerra con Ruth.

—Creo que es muy caro —dije.

—¡Oh, mi Dios! —exclamó Ruth, tomándolo al pie de la letra, como siempre—. ¡Muy caro! ¡Por cinco ambientes! ¡Muebles, vajilla, mantelería, un... un televisor! ¿Qué quieres, una piscina?

—¿Pequeña? —pregunté, dócil.

Ella se dirigió a Marge y a Phil.

—Analicemos esto con tranquilidad —dijo—. Supongamos que esa otra voz es sólo el viento en los aleros.

—Yo soy el viento en los aleros —dije.

—Presten atención —clamó Ruth, recomenzando con sus presagios—. ¿Y si todo esto es una fachada? Tal vez quieren tener gente para cubrir las apariencias. Eso explicaría por qué cobran tan poco de alquiler. ¿Recuerdan las aglomeraciones que se produjeron cuando comenzaron a alquilar?

Yo recordaba bien aquello, y también Phil y Marge. Si conseguimos un departamento, fue sólo por casualidad: pasábamos por ahí en el momento en que el portero salió a poner el cartel. Entramos enseguida. Recuerdo la sorpresa, la alegría con que nos enteramos de los precios. Parecía un regalo de Navidad.

Fuimos los primeros inquilinos. Al día siguiente, aquello parecía una fortaleza sitiada. Es un poco difícil conseguir departamento en estos días.

—Opino que hay algo extraño aquí —concluyó Ruth—. ¿Y el portero? ¿Qué les parece?

—Es un tipo tenebroso —contribuí, suavemente.

—De veras —rió Marge—. ¡Dios mío!, parece sacado de una película de segunda categoría. ¡Esos ojos! Parece Peter Lorre.

—¡Ves! —exclamó Ruth, triunfante.

—Muchachas —dije, levantando una mano conciliatoria—, si hay algo siniestro a nuestras espaldas, dejémoslo así. No estamos obligados a colaborar, ni nos causa el menor daño. Vivimos en un lindo lugar, y pagamos un alquiler muy bajo. ¿Qué quieren hacer? ¿Investigar y arruinarlo todo?

—¿Y si tuvieran malas intenciones con respecto a nosotros? —preguntó Ruth.

—¿Qué intenciones, querida?

—No lo sé, pero... presiento algo.

—Una vez presentiste que el baño estaba embrujado, ¿recuerdas? Y era un ratón. Ella empezó a retirar los platos. Dirigiéndose a Marge, le preguntó.

—¿También tú estás casada con un ciego?

—Todos los hombres son ciegos —dijo Marge, acompañando a mi pobre profetisa a la cocina—. Hay que aceptarlo.

Phil y yo encendimos un par de cigarrillos.

—Fuera de bromas, ahora —dije en voz baja, para que las muchachas no me oyeran—. ¿Te parece que hay algo raro?

Se encogió de hombros.

—No lo sé, Rick —dijo—. Pero algo sí puedo decirte: es muy raro alquilar un departamento amueblado por tan poco dinero.

—Sí —dije.

Sí, pensé, al fin despierto. Extraño es.

\* \* \*

A la mañana siguiente me detuve a charlar con el policía del barrio. Johnson recorre el vecindario.

—Por estos lados hay pandillas —me dijo—. El tránsito es muy intenso, y hay que vigilar a los chicos, especialmente después de las tres de la tarde.

Es un buen tipo, muy divertido. Siempre charlo con él, cuando salgo a hacer cualquier cosa.

—Mi esposa sospecha que en nuestro edificio pasan cosas raras —le dije.

—También yo tengo esa sospecha —dijo Johnson, mortalmente serio—. He llegado a la triste conclusión de que, entre esas paredes, alguien explota a criaturas de seis años, obligándolas a tejer canastos a la luz de una vela.

—Bajo el látigo de una bruja, vieja y flaca —agregué.

Él asintió, melancólico. Después echó una mirada alrededor, como si estuviera tramando algo.

—No se lo diré a nadie, ¿verdad? —dijo—. Quiero resolver yo solo el caso.

Le palmeé el hombro, diciendo:

—Johnson, su secreto está seguro tras de mis labios sellados.

—Se lo agradezco —dijo.

Nos echamos a reír.

—¿Cómo está la señora? —preguntó.

—Suspica. Curiosa. Investigando.

—Como de costumbre —dijo—. Todo normal.

—Así es. Tendré que prohibirle leer tantas revistas de ciencia ficción.

—¿Qué es lo que sospecha? —preguntó.

—Oh, suposiciones, nada más —dije, con una amplia sonrisa—. Cree que el alquiler es demasiado barato. Por aquí todo el mundo paga de veinte a cincuenta dólares más, según dice.

—¿Y es cierto? —preguntó Johnson.

—Sí —respondí, y le pellizqué el brazo—. Pero no se lo cuente a nadie. No quiero perder semejante ganga.

Y seguí mi camino hacia el almacén.

\* \* \*

—Ya lo sabía —dijo Ruth—. Lo sabía.

Me miró fijamente por sobre una palangana de ropa mojada.

—¿Qué es lo que sabías, amor? —pregunté, dejando la resma de papel borrador que había ido a comprar.

—Este edificio es una fachada —dijo, y levantó la mano—. No digas nada. Préstame atención.

—Sí, querida.

—He encontrado máquinas en el sótano —dijo.

—¿Qué clase de máquinas? ¿Bombas de incendio?

Crispó los labios.

—¡Oh, vamos! —dijo, enrojeciendo—. Las he visto.

Hablaba en serio.

—Yo también he estado allí, tesoro —dije—. ¿Cómo no he visto nada?

Eché una mirada a su alrededor. No me gustó la forma en que lo hacía, como si pensara en verdad que alguien podía estar trepado a la ventana, escuchando.

—Es *debajo* del sótano —explicó.

La miré desconfiado, y ella se irguió.

—¡Maldición! Ven y te mostraré.

Me llevó de la mano por el pasillo hasta el ascensor. Mientras descendíamos se mantuvo a mi lado, con expresión sombría, sin soltarme la mano.

—¿Cuándo las viste? —pregunté, tratando de ser gentil.

—Cuando estaba en el lavadero, allá abajo —respondió—. Es decir, en el vestíbulo de entrada, al volver con la ropa. Iba hacia el ascensor y vi una puerta. Estaba un poco abierta.

—¿Entraste? —pregunté.

Ella me miró.

—Bajé los escalones y había una luz, y...

—Y entonces viste las máquinas.

—Vi las máquinas.

—¿Son grandes?

El ascensor se detuvo y las puertas se abrieron. Ambos salimos.

—Te mostraré —dijo.

Era una pared lisa.

—Es aquí —dijo.

Yo la miré. Di unos golpecitos en la pared.

—Oye, tesoro —dije.

—¡No digas nada! —me espetó—. ¿Nunca oíste hablar de puertas escondidas en la pared?

—¿Y esa puerta estaba en esta pared?

—Puede ser que la pared gire —dijo, empezando a golpearla con los nudillos.

Pero parecía sólida.

—¡Oh, diablos! —dijo—. Ya sé lo que vas a decir...

No lo dije. Me limité a contemplarla.

—¿Se les ha perdido algo?

La voz del portero, por cierto, se parecía un poco a la de Lorre; era baja e insinuante. Ruth ahogó una exclamación, sorprendida. Yo mismo di un salto.

—Mi esposa cree que hay una... —empecé nervioso.

—Le estaba indicando la manera correcta de colgar un cuadro —interrumpió Ruth, rápidamente—. Es así, querido.

Y se volvió hacia mí.

—Poner el clavo en ángulo, no perpendicularmente. ¿Comprendes ahora? —y me tomó de la mano.

El portero sonrió.

—Hasta luego —dije, incómodo.

Mientras nos retirábamos hacia el ascensor, sentía sus ojos clavados en nosotros. Cuando las puertas se cerraron, Ruth se volvió rápidamente:

—¡Qué bien! —estalló—. ¿Qué pretendes, que se nos eche encima?

—Pero... querida, ¿qué...? —traté de decir, atónito.

—No importa —dijo—. Allá abajo hay *dos* máquinas. Máquinas enormes. Yo las he visto, y él sabe que están ahí.

—Chiquita, ¿por qué no...?

—Mírame —dijo de pronto.

La miré. Intensamente.

—¿Me consideras loca? —preguntó—. Vamos, dilo. Sin vacilaciones.

Suspiré.

—Te considero imaginativa —corregí—. Lees demasiadas...

—¡Uf! —murmuró, disgustada—. Eres tan malo como...

—Tú y Galileo —dije.

—Te las mostraré —aseguró—. Bajaremos otra vez esta noche, cuando ese portero duerma... si es que duerme.

Entonces empecé a preocuparme.

—Basta, tesoro —dije—. Acabarás por convencerme.

—Bien —dijo—. Bien, menos mal. Creía que haría falta una hecatombe.

\* \* \*

Durante toda la tarde permanecí sentado ante la máquina. No me salía nada. Salvo la preocupación.

No comprendía. ¿Hablaban en serio? Está bien, pensé, lo tomaré al pie de la letra. Vio una puerta que quedó abierta. Accidentalmente, eso era obvio. Si había realmente máquinas enormes debajo del edificio, como ella decía, la gente que las había puesto allí, sin lugar a dudas, no tendría el menor interés en que alguien supiera de su existencia.

La calle 7 Este. Una casa de departamentos. Debajo, máquinas enormes.

¿Era verdad?

\* \* \*

—¡El portero tiene tres ojos!

Estaba temblando. Tenía el rostro blanco. Y me miraba como un niño que acababa de leer su primer cuento de terror.

—Tesoro... —le dije, abrazándola.

Estaba aterrorizada. Logró contagiarme un poco. Y no porque el portero tuviera o no un ojo adicional.

En el primer momento no dije nada. ¿Qué puede decir uno cuando la esposa sale con una cosa así? Siguió temblando por un buen rato. Después dijo, con voz suave y tímida:

—Ya sé... no me crees.

Tragué saliva y respondí, sin saber qué decirle:

—Chiquita...

—Esta noche volveremos a bajar —dijo—. Ahora se trata de algo importante. Es muy grave.

—No creo que debamos... —empecé.

—Yo voy a bajar —afirmó, inquieta y algo histérica—. Te digo que hay máquinas allá abajo. ¡Maldita sea, hay máquinas!

Se echó a llorar, terriblemente estremecida. Le palmeé la cabeza, se la apoyé contra mi hombro.

—Está bien, chiquita, está bien.

Entre sollozos, trató de explicarme todo, pero no pudo.

Más tarde, cuando se hubo calmado, la escuché. No quería alterarla y supuse que la forma más segura de tenerla tranquila era prestarle atención.

—Estaba cruzando el vestíbulo de la planta baja —dijo—. Pensé que tal vez hubiese alguna correspondencia. Ya sabes que, de vez en cuando, el cartero la trae por la tarde... —se interrumpió—. Bien, eso no importa. Lo que importa es lo que sucedió cuando pasé junto al portero.

—¿Qué? —pregunté, temeroso de lo que iba a escuchar.

—Sonrió —dijo ella—. Con esa sonrisa que le conocemos. Dulce y asesina.

Lo dejé pasar sin discutir. Aún pensaba que el portero no era sino un fulano inofensivo, cuya única desgracia era tener una cara digna de Charles Addams.

—¿Y entonces? —pregunté—. ¿Qué pasó?

—Pasé a su lado. Y sentí un estremecimiento. Porque me miró como si supiera algo con respecto a mí, algo que ni siquiera yo sé. No me importa lo que digas: eso es lo que sentí. Y después...

Volvió a temblar. Le tomé la mano.

—¿Y después?

—Sentí que me miraba.

Yo también lo había sentido aquella vez que nos descubrió en el sótano. Sabía a

qué se refería Ruth. Se podía sentir la mirada del hombre sobre uno.

—Bien —dije—, eso te lo creo.

—Pero no creerás esto —dijo, ceñuda. Por un momento permaneció tiesa en la silla. Después aclaró—: Cuando me volví a mirar, él caminaba en dirección contraria.

Presentí lo que iba a decirme.

—Pues no... —comencé débilmente.

—Yo no le veía más que la nuca, pero él *me estaba mirando*.

Tragué saliva. Seguí palmeándola, tontamente, sin saber lo que hacía.

—¿Cómo es posible, querida? —me oí preguntar.

—Tenía un ojo en la nuca.

—Oh, tesoro... —protesté.

La miré —confesémoslo— con temor. Una mente extraviada puede confundirse terriblemente. Cerró los ojos. Retiró su mano de entre las mías y se las retorció, con los labios apretados. Una lágrima se desprendió de entre sus pestañas y le rodó por la mejilla izquierda. Estaba palidísima.

—Lo vi —dijo en voz baja—. Dios me ayude, vi ese ojo.

No sé por qué seguí escuchándola. Por torturarme un poco, supongo. En realidad, quería olvidarme de todo, fingir que nunca me había ocurrido.

—¿Y cómo es que no lo vimos antes, Ruth? —pregunté—. Muchas veces hemos visto a ese hombre de espaldas.

—¿Sí? —dudó—. ¿Tú crees?

—Tesoro, *alguien* debe haberlo visto. ¿Crees que nadie lo ha visto nunca de espaldas?

—Los cabellos se separaron, Rick —dijo—, y antes de escapar vi que el pelo volvía a cubrirlo, de modo que nadie puede verlo.

Permanecí en silencio. ¿Qué decir ahora?, pensaba. ¿Qué decirle a una mujer que dice tales cosas? ¿Estás loca? ¿Estás chiflada? O la vieja y gastada frase: “Has estado trabajando demasiado”. No había estado trabajando demasiado.

Pero tal vez era así. Tal vez había hecho trabajar su imaginación algunas horas extra.

—¿Bajarás conmigo esta noche? —preguntó.

—De acuerdo —respondí, sereno—. De acuerdo, querida. Ahora, ¿quieres ir a acostarte?

—Estoy bien.

—Ve a acostarte, tesoro —insistí con firmeza—. Esta noche iré contigo, pero ahora quiero que te acuestes.

Se levantó y fue al dormitorio. Escuché el ruido elástico cuando se sentaba en la cama; después levantó las piernas y cayó sobre la almohada.

Un rato después fui a cubrirla con una colcha. Tenía la vista fija en el cielorraso.

No le dije nada. No creo que tuviera ganas de hablarme.

\* \* \*

—¿Qué puedo hacer? —le pregunté a Phil.

Me había deslizado por el pasillo hasta su casa mientras Ruth dormía.

—¿Y si ella lo vio de veras? —sugirió él—. ¿No es posible?

—Oh, sí, seguro. Y sabes qué otra cosa es posible también.

—Mira, ¿quieres bajar a ver al portero? ¿Quieres...?

—No —dije—. No podemos hacer nada.

—¿Vas a bajar al sótano con ella?

—Si insiste, sí —dije—. De otro modo, no.

—Oye, avísanos cuando bajen.

Le eché una mirada curiosa.

—No me digas que te estás contagiando —observé.

Él puso una cara extraña. Vi que se le estremecía la garganta.

—No... no se lo digas a nadie... —pidió. Echó una mirada a su alrededor, y luego se volvió hacia mí—. Marge me dijo lo mismo —confesó—. Dijo que el portero tiene tres ojos.

\* \* \*

Después de la cena bajé a buscar un poco de helado. Johnson andaba por ahí.

—Lo están haciendo trabajar de más —observé, mientras él caminaba a mi lado.

—Parece que va a haber problemas con las pandillas —explicó.

—Nunca he visto pandillas —dije, distraído.

—Las hay.

—Hum.

—¿Y su esposa?

—Bien —mentí.

—¿Sigues pensando que el edificio es una fachada para otras cosas? —rió.

Tragué saliva.

—No —respondí—. Se lo he sacado de la cabeza. Creo que me estuvo tomando el pelo.

Él asintió, y en la esquina nos separamos. Por alguna razón, no pude evitar que las manos me temblaran mientras volvía a casa. Y no dejaba de mirar por sobre mi hombro.

\* \* \*

—Es hora —dijo Ruth.

Con un gruñido, me volví sobre el costado. Ella me dio un codazo. Desperté algo confundido, y eché una automática mirada al reloj. Los números fosforescentes indicaban casi las cuatro.

—¿Quieres ir a esta hora? —pregunté soñoliento.

Hubo un silencio. Eso acabó de despertarme.

—Me voy —dijo ella, en voz baja.

Me senté. La miré en la penumbra, mientras el corazón empezaba a latir con un tamborileo demasiado fuerte. Sentía la boca y la garganta secas.

—Está bien —dije—. Espera a que me vista.

Ella ya estaba vestida. Mientras yo lo hacía, fue a la cocina a preparar un poco de café. No hacía ruido. Es decir, por el ruido se notaba que las manos no le temblaban. Al hablar denotaba también mucha lucidez. En cambio, el espejo del baño me mostró la cara de un marido preocupado. Me eché agua fría en los ojos y me peiné.

—Gracias —dije, tomando la taza de café que ella me ofrecía.

Y permanecí allí, de pie, nervioso ante mi propia mujer. Ella no tomó nada.

—¿Estás despierto? —preguntó.

Asentí. Entonces reparé en la linterna y la llave inglesa que había sobre la mesa de la cocina. Terminé el café.

—Bueno —dije—. Acabemos con esto.

Sentí su mano sobre mi brazo.

—Espero que tú... —empezó. Pero volvió el rostro.

—¿Qué?

—Nada —dijo—. Mejor nos vamos.

Salimos al pasillo. La casa estaba totalmente silenciosa y quieta. Ya estábamos a mitad de camino hacia el ascensor cuando recordé la promesa que hiciera a Phil.

—No podemos esperar —dijo Ruth, cuando le conté—. Pronto será de día.

—Espera un segundo, a ver si están levantados —dije.

No respondió. Se detuvo ante el ascensor, mientras yo cruzaba el pasillo y llamaba suavemente a la puerta de nuestros amigos. No hubo respuesta. Levanté la vista hacia el ascensor.

Ruth se había ido.

Sentí que el corazón me daba un vuelco. Aunque estaba seguro de que no había nada en el sótano, aquello me asustaba.

—Ruth —murmuré y me dirigí hacia las escaleras.

—¡Espera un segundo! —dijo Phil en voz alta, desde la puerta.

—¡No puedo! —respondí, iniciando el descenso.

Cuando llegué al sótano, la puerta del ascensor estaba abierta y su luz se proyectaba al exterior. Estaba vacío. Busqué algún interruptor para encender la luz,

pero no lo había. Empecé a caminar como pude por el pasillo oscuro.

—¡Querida! —susurré ansioso—. Ruth, ¿dónde estás?

La encontré ante una puerta disimulada en la pared. Estaba abierta.

—Ahora dejarás de tratarme como si estuviera loca —dijo con frialdad.

Di un respingo y sentí que una mano me tocaba la mejilla. Era la mía. Ella estaba en lo cierto. Había varios escalones. Y el interior estaba iluminado. Escuché ruidos. Chasquidos metálicos y extraños zumbidos.

La tomé por la mano.

—Lo siento —le dije—. Lo siento.

Su mano se puso tensa en la mía.

—Está bien —dijo—. Ya no importa. Aquí hay algo muy raro.

Asentí. Enseguida, recordando que no podía ver mi ademán en la oscuridad, dije: “Sí”.

—Bajemos —dijo Ruth.

—No creo que sea prudente... —observé.

—Tenemos que averiguar —dijo ella, como si todo el problema nos correspondiera a nosotros.

—Pero debe haber alguien allí —dije.

—Echaremos un vistazo —ordenó.

Me llevó a rastras, y creo que yo me sentía demasiado avergonzado de mí mismo para resistirme. Empezamos a bajar. En ese momento se me ocurrió: si ella estaba en lo cierto con respecto a la puerta de las paredes y a las máquinas, debía tener razón también en lo del portero, y éste tendría...

Me sentí algo apartado de la realidad. Calle 7 Este, volví a decirme. Una casa de departamentos en la Calle 7 Este. Todo es real.

Pero no podía convencerme a mí mismo.

Nos detuvimos al final. Quedé absorto. Eran máquinas, sin duda. Máquinas fantásticas. Y mientras las miraba, comprendí de qué clase de máquinas se trataba. Yo también leía ciencia, y no precisamente la de ficción.

Me sentí aturdido. Es imposible adaptarse con rapidez a una cosa así. Desde una casa de departamentos me veía transportado a aquella... aquella central de energía, y me mareaba.

No sé cuánto tiempo pasamos allí. Pero de pronto comprendí que era necesario salir para informar de aquello.

—Vámonos —dije.

Nos dirigimos a los escalones. Mi cerebro trabajaba en sí como una máquina. Soltaba una idea tras otra, con furiosa celeridad. Todas eran ridículas, todas aceptables. Hasta la más absurda.

En ese momento, mientras cruzábamos el vestíbulo del sótano, vimos que el

portero venía hacia nosotros.

Estaba oscuro todavía, aunque asomaba ya el primer resplandor de la mañana. Así a Ruth, y ambos nos encogimos tras un pilar de piedra. Allí permanecimos, reteniendo el aliento, mientras escuchábamos el ruido seco de sus zapatos al acercarse.

Pasó junto a nosotros. Llevaba una linterna encendida, pero no la dirigió hacia los costados. Se dirigía directamente hacia la puerta abierta. Al llegar a la zona iluminada por la puerta, el hombre se detuvo. Nos daba la espalda, pues tenía el rostro vuelto hacia la escalera...

*Pero nos estaba mirando.*

Aquello me quitó el poco aliento que me restaba. Permanecí inmóvil, con la vista fija en aquel ojo situado en su nuca. Un ojo sin cara, pero con una sonrisa jugando en él. Una sonrisa cochina, segura de sí, pavorosa. Nos veía, y se sentía divertido, y no pensaba hacer nada al respecto.

Cruzó la puerta y ésta se cerró tras él; un segmento de la pared se deslizó hacia abajo, ocultándola a la vista.

Nosotros temblábamos.

—Lo viste —dijo Ruth, finalmente.

—Sí.

—Él sabe que hemos visto esas máquinas, pero no hizo nada.

Continuamos la conversación mientras subíamos en el ascensor.

—Quizá no haya nada de malo —dije—. Quizá...

Me interrumpí al recordar aquellas máquinas. Yo sabía bien de qué se trataba.

—¿Qué haremos? —preguntó ella.

La miré. Estaba asustada. La abracé, pero también yo estaba asustado.

—Será mejor que nos vayamos de aquí —dije—. Pronto.

—Pero no tenemos nada empacado... —dijo ella.

—Ahora lo haremos. Partiremos antes de la mañana. No creo que ellos...

—¿Ellos?

¿Por qué me había expresado así? *Ellos*. Sin embargo, tenía que ser todo un grupo. El portero no habría sido capaz de fabricar por sí solo todas aquellas máquinas.

Creo que fue el tercer ojo lo que coronó mi teoría. Y cuando entramos al departamento de Phil y Marge, les conté lo que pasaba. No creo que Ruth se haya sorprendido mucho. Indudablemente, ella también lo había pensado.

—Creo que la casa es un cohete espacial —dije.

Me miraron fijamente. Phil sonrió, pero enseguida comprendieron que no era una broma.

—¿Qué? —dijo Marge.

—Ya sé que suena absurdo... —dije, y aquello sonaba como algo dicho por mi esposa—. Pero esas máquinas son motores cohete. No sé cómo diablos los consiguieron, pero... —me encogí de hombros, derrotado por mi propia idea, y agregué—: Todo lo que puedo decirles es que son motores cohete.

—Eso no significará que esto es una... ¿una nave? —completó Phil, débilmente, cambiando de la negativa a la pregunta en mitad de la frase.

—Sí —dijo Ruth.

Me estremecí. Aquello parecía terminante. Últimamente, Ruth había dado en el clavo con demasiada frecuencia.

—Pero... —argumentó Marge, encogiéndose de hombros—. ¿Con qué objeto?

Ruth nos miró a todos y dijo:

—Yo lo sé.

—¿Qué, querida? —pregunté, aunque la respuesta me daba miedo.

—Ese portero —dijo—. No es humano. Ya lo sabemos. Ese tercer ojo significa que...

—Entonces... ¿es cierto que lo tiene? —preguntó Phil, incrédulo.

Asentí.

—Lo tiene. Lo he visto.

—¡Oh, Dios mío!

—Pero no es humano —repitió Ruth—. Humanoide, puede ser. Pero no es terrícola. Aunque lo parece, con excepción de ese ojo. Pero podría ser totalmente diferente, tanto que ha debido cambiar su forma. Se ha concedido ese ojo adicional sólo para espiarnos cuando no lo esperamos.

Phil se pasó una mano temblorosa por el pelo.

—Esto es una locura... —dijo.

Se dejó caer en una silla. Las muchachas hicieron lo mismo. Yo no. Me sentía intranquilo al permanecer en ese sitio. Hubiera preferido que todos tomáramos los sombreros para salir corriendo. Ellos, en cambio, no parecían sentirse en peligro inmediato. Finalmente decidí que no pasaría nada si esperábamos hasta la mañana. Entonces podría decírselo a Johnson, o algo por el estilo. En ese momento no podía ocurrir nada.

—Esto es una locura —repitió Phil.

—Yo vi las máquinas —dije—. Es cierto, están ahí. No puedes negarlo.

—Presten atención —dijo Ruth—. Probablemente sean extraterrestres.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Marge, irritada. Estaba bien asustada, según pude ver.

—Querida —contribuí débilmente—, has estado leyendo demasiadas revistas de ciencia ficción.

Apretando los labios, ella replicó:

—No vuelvas a empezar con eso. Me creíste loca cuando este lugar me resultó sospechoso. Y lo mismo pasó cuando te dije que había visto esas máquinas. Y lo mismo cuando te dije que el portero tenía tres ojos. Bueno, las tres veces tuve razón. Ahora, tenme un poco de fe.

Cerré la boca. Pero ella continuó:

—¿Y si vinieran de otro planeta? —preguntó, dirigiéndose a Marge—. Supongan que quieren llevarse algunos terráqueos para experimentar... para *observarnos*.

Se había enmendado rápidamente, tratando de tranquilizar no sé a quién. La idea de servir a la experimentación de esos porteros de tres ojos, provenientes de otro planeta, no tenía nada de agradable. Ruth prosiguió:

—¿Qué mejor manera de conseguir gente que construir un cohete espacial en forma de edificio, y alquilar los departamentos baratos, para llenarlos rápidamente de gente? —nos miró sin ceder un ápice—. Y después, esperar hasta cualquier mañana bien temprano, cuando todo el mundo duerme todavía, y... adiós, Tierra.

La cabeza me daba vueltas. Era una locura, pero ¿qué se podía decir? Por tres veces me había mostrado lúcidamente incrédulo. No podía volver a dudar. El riesgo no valía la pena. Y sentía en el fondo que ella estaba en lo cierto.

—Pero... ¡toda la casa! —decía Phil—. ¿Cómo podrían elevarla hasta... hasta el espacio?

—Si vienen de otro planeta, probablemente estén adelantados varios siglos con respecto a nosotros.

Phil empezó a replicar. Se interrumpió, y finalmente dijo:

—Pero no *parece* una nave.

—La casa podría ser sólo una cubierta sobre la nave —dijo—. Probablemente es así. Tal vez la nave en sí no incluye más que los dormitorios. Es todo lo que necesitan. Allí es donde estará todo el mundo en las primeras horas de la mañana, si...

—No —dijo Ruth—. No podrían *voltear* la cubierta sin atraer la atención.

Los cuatro quedamos en silencio, pensando aceleradamente en medio de una gruesa nube de confusión y de temores a medio cuajar. A medio cuajar, porque es imposible sentir un temor concreto por algo que ni siquiera se conoce.

—Presten atención —dijo Ruth.

Eso me hizo temblar. Habría querido decirle que callara todos sus horribles temores, porque... eran demasiado congruentes.

—Supongamos que éste es realmente un edificio —dijo—, y que la nave está en el exterior...

—Pero...

Marge estaba prácticamente perdida. Se sentía furiosa porque estaba perdida.

—No hay nada fuera —dijo—. ¡Eso es obvio!

—Esta gente puede estar muy avanzada en la ciencia —dijo Ruth—. Tal vez han logrado la invisibilidad de la materia.

Creo que todos saltamos al mismo tiempo.

—¡Vamos, nena! —dije.

—¿Es posible? —preguntó Ruth con firmeza.

—Es posible —suspiré—. Sólo posible.

Guardamos silencio. Luego, Ruth volvió a decir:

—Presten atención.

—No —corté—. Serás tú quien preste atención. Creo que nos estamos pasando de la raya con este tema. Pero lo cierto es que hay máquina en el sótano, y que nuestro portero tiene tres ojos. Sobre esa base, creo que hay razones suficientes para escapar. Ahora mismo.

En eso, todos estuvimos de acuerdo.

—Deberíamos decírselo a todos los del edificio —observó Ruth—. No podemos dejarlos aquí.

—Llevaría demasiado tiempo —objetó Marge.

—No, tenemos que hacerlo —dije—. Tu empacarás, tesoro, mientras yo les digo.

Me dirigí a la puerta y tomé el pomo. No giró.

Me asaltó una oleada de pánico. Lo tomé con fuerza y traté de girarlo. Por un momento combatí el temor, pensando que la puerta podía estar cerrada por dentro. Probé.

Estaba cerrada por fuera.

—¿Qué pasa? —preguntó Marge, con voz alterada.

—Cerrado —dije.

Marge ahogó una exclamación. Todos nos miramos, helados.

—Es verdad —dijo Ruth, horrorizada—. ¡Oh, Dios mío!, entonces todo es verdad...

Corrí hacia la ventana. En ese momento, todo empezó a vibrar, como si nos hubiese alcanzado un terremoto. La vajilla comenzó a repiquetear y a caer de los estantes. Oímos el ruido de una silla que caía de costado en la cocina.

—¿Qué pasa? —gritó otra vez Marge.

Empezó a lloriquear, y Phil la sujetó. Ruth corrió hacia mí; los dos permanecimos allí, paralizados, sintiendo que el piso se mecía bajo nuestros pies.

—¡Las máquinas! —gritó Ruth de pronto—. ¡Han puesto en funcionamiento los motores!

—Tendrán que calentarlos... —fue mi arriesgada suposición—. ¡Todavía podemos salir!

Solté a Ruth y tomé una silla. Por alguna razón, presentí que las ventanas también habían sido cerradas automáticamente.

Arrojé la silla contra los vidrios. Las vibraciones crecían.

—¡Rápido! —grité por sobre el ruido—. ¡Por la escalera de incendios! ¡Tal vez podamos escapar!

Impulsados por el pánico y el temor, Marge y Phil corrieron a pesar de las sacudidas del piso. Los saqué casi a empujones por el agujero de la ventana. Marge se rasgó la falda. Ruth se cortó los dedos. Yo salí el último y me clavé una daga de vidrio en la pierna. En la excitación ni siquiera me di cuenta.

Seguí empujándolos, y bajamos a toda prisa la escalera de incendios. A Marge se le atascó el talón de la chinela entre dos rejas, y perdió el calzado. Se tambaleó y estuvo a punto de caer por los escalones anaranjados; su rostro estaba pálido y contraído por el temor. Las pantuflas de Ruth sonaban detrás de Phil. Yo cerraba la marcha, azuzándolos frenéticamente.

Otras personas se asomaban a las ventanas. Arriba y abajo sonaba un ruido de vidrios rotos. Una pareja de ancianos atravesó gateando la ventana y empezó a bajar, demorándonos.

—¡Por qué no miran! —les gritó Marge, furiosa.

Nos echaron una mirada asustada por sobre el hombro.

Ruth se volvió a mirarme, pálida.

—¿Vienes? —preguntó rápidamente, con voz temblorosa.

—Aquí estoy —respondí, sin aliento.

Me sentía a punto de desmayarme sobre los escalones. Y éstos parecían no tener fin.

Hacia el final había una escalera de mano. La anciana cayó desde allí con un horrible golpe seco y gritó de dolor: se había torcido el tobillo. El esposo se arrojó, para ayudarla a levantarse. El edificio vibraba ya fuertemente. El polvo se desprendía de entre los ladrillos.

Uní mi voz a la de la multitud. Todos gritábamos lo mismo:

—¡Deprisa!

Vi que Phil se arrojaba. Luego atrapó a medias a Marge, que sollozaba de miedo. La oí decir: “¡Oh, gracias a Dios!”, al tocar el suelo; ambos echaron a correr hacia el callejón. Phil nos miró por sobre el hombro, pero Marge lo arrastraba.

—¡Déjame pasar adelante! —exclamé.

Ruth se hizo a un lado. Yo me descolgué por la escalera y me dejé caer, sintiendo una punzada en el empeine y un ligero dolor en los tobillos. Levanté la vista y extendí los brazos para recibir a Ruth.

Un hombre que la seguía trató de apartarla para saltar. Súbitamente disminuido por el miedo y la preocupación, grité como un animal furioso:

—¡Cuidado!

Si hubiese tenido un revólver, habría sido capaz de matarlo.

Ruth dejó bajar al hombre, que luchó por recuperar el equilibrio, respirando febrilmente, y echó a correr por el callejón. El edificio se sacudía y temblaba violentamente. El ruido de las máquinas ya lo llenaba todo.

—¡Ruth! —chillé.

Ella se arrojó. La tomé, y ambos recuperarnos el equilibrio. Mientras corríamos por el callejón, me sentí casi incapacitado para respirar. Tenía una punzada en el costado.

Al llegar a la calle vimos a Johnson, que iba y venía por entre la gente dispersa, tratando de que se agrupara.

—¡Aquí! —gritaba—. ¡Tengan calma!

Corrimos hacia él.

—¡Johnson! —le dije—. La nave es...

—¿Nave? —exclamó, incrédulo.

—¡El edificio es una nave espacial! ¡Es...!

El suelo se estremeció violentamente.

Johnson se volvió para atrapar a alguien que pasaba corriendo. Se me cortó la respiración; Ruth ahogó un grito y se llevó las manos a las mejillas.

Johnson seguía mirándonos con aquel tercer ojo. El que sonreía.

—No —dijo Ruth, espantada—. ¡No!

Y en ese momento el cielo, que empezaba a aclararse, se oscureció. Miré a mi alrededor. Las mujeres gritaban a todo pulmón, aterrorizadas. Miré en todas direcciones.

Unas paredes sólidas bloqueaban el sol.

—¡Oh, Dios mío! —dijo Ruth—. No podemos salir. *Es toda la manzana.*

Los cohetes se pusieron en marcha.

## EL VIAJERO

---

(*The Traveller*, 1954)

La nieve silenciosa descendía como una cortina blanca, mientras el profesor Paul Jairus cruzaba apresurado el arco penumbroso y el recinto desnudo de la Universidad de Fort.

Al caminar, la goma de sus zapatos iba levantando salpicaduras de nieve semiderretida. Alzó el cuello de su pesado sobretodo, casi hasta el ala del sombrero encasquetado. Volvió a meter las manos en los bolsillos, apretadas en puños de carne helada.

Caminaba a grandes pasos, tratando de evitar que el aguanieve le salpicara tobillos y pantalones. El vapor de su respiración brotaba en nubes de entre sus labios, al ritmo de su rápido paso. Por un momento levantó la vista hasta la alta fachada de granito del Centro de Ciencias Físicas, del otro lado del amplio recinto. Luego bajó su rostro empalidecido —para esquivar el viento cortante— y apretó el paso por el sendero curvo, hasta dejar atrás la hilera de esqueléticos árboles, cuyas ramas pendían negras y frágiles en el aire gélido.

El viento parecía tratar de impedirle el avance. Era como si Jairus luchara contra él. Pero aquello, por supuesto, era pura imaginación. El mero deseo de acabar con los preliminares los hacía parecer más engorrosos. En realidad, estaba ansioso. A pesar del interminable autoexamen, a pesar de toda su separación, se sentía excitado al pensar en lo que pronto presenciara. Sobre pasaba con mucho el frío del viento y la palidez de la nieve.

Y también la cautela de su mente.

Ya había dejado atrás la esquina del enorme edificio, y éste le sirvió de escudo contra el viento. Levantó los oscuros ojos. En los bolsillos, sus manos se abrieron y se cerraron con impaciencia: sintió el fuerte impulso de echar a correr, y tuvo que controlarse. Si lo veían demasiado excitado, quizá cambiaran de idea y no lo dejaran ir. Después de todo, tenían grandes responsabilidades.

Inspiró profundamente y dejó que el aire frío le inundara los pulmones. Una vez desaparecida la fascinación inicial, volvería a su acostumbrada racionalidad. Era el carácter único de la situación lo que perturbaba su equilibrio habitual; pero tanta ansiedad resultaba ridícula.

Atravesó la puerta vaivén del edificio, y estuvo a punto de suspirar de placer al sentirse envuelto por el aire tibio. Se quitó el sombrero y sacudió las gotas en el suelo de mármol. Luego se desabotonó el abrigo, mientras caminaba hacia la derecha por el largo corredor. La goma de sus zapatos chirriaba contra el suelo.

La idea le acicateaba: ¡pensar que todo empezaría en menos de media hora! Meneó la cabeza, al calcular la inexplicable importancia de aquello... *No importa, se dijo; contrólate, eso es todo. Necesitarás mucho control sobre ti para resistir el asedio del falso sentimentalismo.*

Hacia el final del pasillo se detuvo frente a una puerta de madera clara y vidrio opaco. Recorrió con la vista el letrero impreso en ella antes de entrar: Dr. Phillips. Dr. Randall. Un espacio en blanco, borrado hacía poco. Y debajo, en nítidas letras rojas, la palabra: *Cronotransposición.*

\* \* \*

—Bueno, ha comprendido bien, ¿verdad? —dijo el doctor Phillips, con voz apremiante—. No debe hacer nada que pueda afectar al medio, de un modo u otro.

Jairus asintió.

—Tenemos que destacar muy bien ese aspecto —dijo el doctor Randall, desde su asiento—. Es el punto esencial. Cualquier intervención física sobre el medio podría ser fatal para usted mismo. Y... —hizo un ademán, concluyendo—:... para nuestro programa.

—Lo comprendo perfectamente —dijo Jairus—. Pueden confiar en mi discreción.

Randall asintió con un solo movimiento de cabeza. Levantó las manos y entrelazó los dedos en un gesto nervioso.

—Supongo que usted sabe lo que pasó con Wade —dijo.

—He oído rumores —replicó Jairus—, pero nada concreto.

—El profesor Wade se perdió en la última transposición —explicó sobriamente el doctor Phillips—. La cámara regresó sin él. Debemos suponer que ha muerto.

—Eso fue a principios de septiembre —agregó Randall—. Nos ha llevado casi dos meses convencer a la Junta para efectuar una nueva prueba. Si fallamos esta vez..., será el fin.

—Comprendo, sí —dijo Jairus.

—Espero que así sea, profesor, espero que así sea —intervino el doctor Phillips—. Hay muchas cosas en juego.

—Bien, no lo afligiremos más —observó Randall, con una sonrisa cansada—. Usted sabrá también que mucha gente daría la vida por ver lo que usted va a ver.

—Lo sé —respondió Jairus.

Y pensó: *También sé que hay mucha gente imbécil.*

—¿Vamos, entonces? —preguntó Randall.

Los tres hombres se dirigieron hacia el Laboratorio de Instrumental y Equipos: sus pasos resonaron en el pasillo. Jairus mantenía las manos en los bolsillos de la chaqueta; no habló sino para responder brevemente a las preguntas que los dos

científicos le hacían. Randall iba hablándole sobre la pantalla de tiempo.

—Hemos descartado la cámara; era un vehículo demasiado peligroso para viajar —decía—. Usted viajará en una pantalla energética circular, que lo hará invisible a quienes vea. Usted *puede* quebrar esa pantalla, pero creemos haberle declarado bien los peligros que eso entraña.

—Por favor —insistió Phillips—, manténgase dentro de los límites de la pantalla. *Debe* comprenderlo bien.

—Sí —dijo Jairus—, lo entiendo.

—Como precaución adicional —agregó Randall—, se comunicará con nosotros mediante un micrófono colgado contra su pecho. Así nos mantendremos informados de cuanto vea. Y además, si usted siente cualquier intranquilidad, si intuye cualquier peligro... sólo necesita comunicárnoslo, y lo traeremos de regreso inmediatamente. De cualquier modo su... *visita*, digamos, no excederá los sesenta minutos.

Una hora, pensó Jairus. Tiempo más que suficiente para disipar las falacias de los siglos.

—Con una salud como la suya, con su educación y sus antecedentes —decía Randall—, no tendrá ninguna dificultad.

—Hay algo que me intriga —dijo Jairus—. ¿Por qué razón eligieron este acontecimiento en particular, en vez de cualquier otro?

Randall se encogió de hombros.

—Tal vez porque se acerca Navidad —dijo.

Tonterías sentimentales, pensó Jairus.

Franquearon las pesadas puertas metálicas del Laboratorio de Instrumental y Equipos; allí, Jairus pudo ver que varios graduados se movían en torno a una plataforma metálica ubicada sobre barras de conducción dispuestas como traviesas. Los estudiantes, vestidos con guardapolvos blancos, estaban armando y ajustando una especie de focos de color, todos dirigidos hacia un solo punto de la plataforma.

Phillips entró al cuarto de control, y Randall condujo a Jairus hacia la plataforma, para presentarlo a los estudiantes. Por último verificó el estado de la plataforma y de las luces, mientras Jairus esperaba..., nervioso a pesar de su autodomínio, sacudido el delgado cuerpo por los latidos de su corazón.

*Atención*, se dijo, *nada de dejarse afectar por la emotividad*. Bueno, eso está mejor. Esto es excitante, por cierto, pero sólo como hazaña científica, no lo olvides. Lo extraordinario es la visita en sí, y no el instante que voy a visitar. Muchos años de estudio lo han puesto en claro. No es nada.

Seguía repitiéndose aquellos conceptos mientras esperaba sobre la plataforma, con las manos temblorosas, en tanto el laboratorio desaparecía como si lo borrarán. El corazón le latía violentamente, y no pudo acallararlo con palabras racionales. Palabras que insistían: no es nada, nada. Es sólo una ejecución, sólo una ejecución, sólo una...

—Estoy en el Gólgota.

»Son cerca de las nueve de la mañana. El cielo está despejado, brilla el sol. Este sitio, la llamada Colina de la Calavera, es un promontorio desnudo, sin vegetación, que dista unos seiscientos metros de las murallas de Jerusalén. La colina está ubicada al noroeste de la ciudad, en una llanura alta y desigual, que se extiende entre las murallas y los dos valles de Kedron y Hinnom.

»Es un sitio muy deprimente..., algo así como un baldío descuidado en nuestras ciudades modernas. Desde donde estoy puedo ver basuras y deshechos, y hasta excrementos de animales. Algunos perros están escarbando la basura. Deprimente de veras.

»La colina está desierta, con excepción de dos soldados romanos. Están colocando los maderos verticales en el suelo; los hincan a mazazos en los agujeros que han cavado. En los alrededores se ven algunas personas que vienen subiendo la colina. En apariencia, quieren conseguir una buena ubicación para presenciar la ejecución. Esa clase de gente parece haber existido siempre.

»Aquí hace calor. Puede sentirlo a través de la pantalla. Y también el olor. Es muy repulsivo. Hay grandes moscas, y vuelan a través de la pantalla energética sin obstáculo alguno. Supongo que eso ocurrirá también con las personas...

—CORRECTO, PROFESOR.

—Un momento. Puedo ver una nube de polvo. Una procesión se dirige hacia aquí. De diez a quince soldados, diría yo. Y tres hombres. Dos de ellos, bastante corpulentos, van a la cabeza. Detrás viene un... Es *Él*. Es... ¡Oh!, el polvo lo oculta.

»Los dos soldados han terminado de erguir los maderos. Se están colocando las corazas. Ahora se abrochan las espaldas. Alguien les pregunta cuánto falta, y el soldado responde que muy poco. Ahora...

—¿ALGÚN PROBLEMA?

—No, no, estoy observando, nada más. Lo siento, debería seguir hablando. Es difícil recordarlo. Bueno, *aparentemente*, la leyenda sobre Simón de Cirene es auténtica. El hombre de la retaguardia..., *Él*, ha caído de rodillas. Esos maderos... deben pesar casi noventa kilos. El hombre no puede levantarse. Los soldados le están pegando. No puede levantarse. Parece demasiado débil. Algunos otros soldados obligan a un transeúnte a levantar el madero de sus hombros. El hombre se pone de pie. Sigue tras Simón. Supongo que es Simón de Cirene..., pero no puedo probarlo, por supuesto.

»Ahora la procesión está bastante próxima. Puedo ver a los dos ladrones. Son hombres corpulentos, de brazos velludos, y visten túnicas largas y muy sucias. No parecen tener dificultades con su carga. Más aún, uno de ellos está riendo, según

creo. Sí, así es. Acaba de decir algo a uno de los soldados y éste rió también.

»Están casi aquí. Puedo... puedo ver a Jesús.

»Está inclinado, pero calculo que es bastante alto; debe medir más de un metro ochenta. Pero es muy delgado. Es obvio que ha estado ayunando. Tiene el rostro y las manos casi blancos, por el polvo. Va tropezando. El polvo en sus pulmones le ha hecho toser. También su túnica está sucia. Y manchada. Aparentemente... le han arrojado estiércol.

»Su cara no denota expresión alguna. Muy estólida. Los ojos parecen carecer de vida. Mira hacia adelante en tanto avanza. Tiene la barba enredada, sin peinar, y lo mismo el pelo. Parece ya medio muerto. En realidad, tiene un aspecto... bastante común. Sí, Él...

—¿PROFESOR JAIRUS?

—Ya están aquí. Estoy a unos siete metros de los maderos. Veo a los tres hombres con bastante claridad. Veo inclusive las heridas que tiene Jesús en la cabeza. También esta vez se trata de suposiciones, pero esas heridas pueden haber sido causadas por una corona de espinas. No hay seguridad. Las lastimaduras aún sangran. Tiene las sienes y los cabellos cubiertos de sangre seca. Una gota le corre por la mejilla izquierda. Su aspecto es muy malo. Me pregunto si este hombre sabe cómo es la muerte de la crucifixión. Le están arrancando las ropas.

»También están quitando la ropa a los dos... ladrones, supongo que son. Lo mismo podrían ser asesinos, no hay forma de saberlo. De cualquier modo, les están quitando las ropas. Ya están desnudos. Es flaco, ¡mi Dios, qué flaco! ¿Qué clase de fe absurda es la que recomienda la inanición a los hombres?

»Perdonen ustedes mis comentarios, señores. Suelo hacerlos sin pensar. Tengo opiniones bastante definidas sobre este momento y este lugar. Jesús está muy demacrado. Sin embargo, es musculoso. Bastante bien plantado. Con un poco más de carne, su aspecto sería... excelente. Ahora le veo mejor el rostro. Es... bastante atractivo. Sí, bajo circunstancias ideales este hombre podría ser muy hermoso. Así podría explicarse su magnetismo sobre la gente, su aparente... *aura* de presencia sobrenatural.

—¿QUÉ OCURRE, PROFESOR?

—Los soldados están obligando a los tres hombres a tenderse de espaldas. Les estiran los brazos a lo largo del travesaño. ¿Van a atarlos, o...? Les pusieron... Quiero decir, les están poniendo... ¡Uh! ¡Buen Dios! ¿Oyen ustedes el ruido? ¡Oh, mi Dios! ¡Les atraviesan las palmas! ¡Qué práctica horrible! Estos pueblos antiguos tenían costumbres espantosas.

»Este asunto de la crucifixión es algo horripilante. Un hombre de fuerte constitución puede durar tres o cuatro días, si sobrevive a pesar de la circulación dificultosa, los dolores de cabeza, el hambre, los penosos calambres, la hemorragia y

el síncope cardíaco. Morirán por hambre o por sed, probablemente por sed.

»Espero que no practiquen esa forma brutal de matar a una persona mediante golpes de mazo. La historia no dice nada al respecto en este caso, pero... ¿quién puede saberlo? Excepto... se me acaba de ocurrir..., excepto yo.

—¿QUE OCURRE?

—Los están levantando. Los soldados los izan con los travesaños. Los ladrones se levantan a saltos, para evitar que se les desgarran las palmas. Aúllan de cólera y de dolor. Él no puede levantarse. Lo... ¡Oh, Dios, lo levantan tirando de sus manos clavadas! Tiene el rostro blanco, pero no grita. Tiene los labios apretados, sin color. Se niega a gritar. Este hombre es un fanático.

—¿HAY MUCHA GENTE ALLÍ, PROFESOR?

—No, no hay nadie. Los soldados mantienen a la gente apartada. Hay unas cuantas personas, pero a más de quince metros. Varios hombres, también algunas mujeres. Veo a tres juntas. Podrían ser las que mencionan Marcos y Matías.

»Pero nadie más. Ninguno de los hombres parece ser Juan. Ninguna de las mujeres parece la madre de Jesús. Y reconocería sin lugar a dudas a María Magdalena. No hay más que esas tres mujeres. Y a ninguna de las tres parece importarle mucho esto. El resto, aparentemente, ha venido a ver el... el espectáculo. ¡Buen Dios, qué falseada y oscura nos ha llegado esta escena, con tantos adornos piadosos! Apenas si... si puedo expresar lo *opaco* que resulta esto, algo común y ordinario. No quiero decir que sea común matar a un hombre de esta manera, pero... Bueno, ¿dónde están los portentos, los signos, los milagros?

*Tonterías bíblicas*, pensó para sí.

—¿QUÉ ESTA OCURRIENDO, JAIRUS?

—Bueno, lo han levantado. La cruz, naturalmente, no es en absoluto como la representan los ritos religiosos. En realidad, es una estructura de madera, baja, en forma de T. El larguero estaba ya erguido, como he dicho, y el travesaño fue puesto en su extremo, clavado y ligado. Los pies de estos tres hombres están a pocos centímetros del suelo; es lo mismo que si estuviera a un metro o dos.

»Hablando de pies, no se los han clavado al palo; están ligados, solamente. Y entre las piernas tienen una clavija, una cuña. Eso les sostiene el cuerpo. En realidad, suponía que tendrían una también bajo los pies, pero en ese aspecto estaba equivocado.

»Sin embargo, es... estrafalaria, la forma en que la gente de nuestra época cree ciertas cosas; por ejemplo, que un hombre de unos... ¡oh!, por lo menos setenta y cinco kilos, pueda colgar de una cruz sostenido sólo por clavos en las manos y en los pies. Se atribuye a la carne humana mucha más resistencia de la que posee.

»Ahora los soldados están...

—¿QUE PUEDE DECIRNOS DEL TITULO INSCRIPTO, PROFESOR?

—¡Oh, sí! Sí. Bueno, existe, y está escrito en tres idiomas, por lo que veo. En griego. En hebreo y en latín. Déjenme ver... Ehm... Jesús de... Nazareth. Rey... Rey de los Judíos. Esa es la inscripción completa. ¿La anotaron? Jesús de Nazareth, Rey de los Judíos. Por lo visto, Juan tenía alguna información de primera mano sobre la crucifixión. Aunque no esté aquí, como decía.

»¡Ah, sí! Los soldados alcanzan una bebida a Jesús. Supongo que es el soporífero para provocar la estupefacción, que según se cree preparaban las mujeres de Jerusalén para todos estos criminales condenados... ¡Ah! Lo rechaza. El soldado está enojado. Se vuelve, como si quisiera golpear a Jesús, pero cambia de idea.

»Los otros dos hombres están bebiendo el vino y la mirra que los soldados les llevan a la boca. Se lamen los labios. Uno de ellos dice algo. No pude oír todo, pero capté la palabra “bueno”. Ambos se están lamiendo los labios.

»Uno de ellos, según parece, pide la bebida que Jesús rechazó. No se la dan. Se vuelve y se burla de Jesús por no aceptarla. Habla con tanta rapidez que no puedo entenderle. Creo que, de cualquier modo, debe estar medio ebrio por el terror. La bebida lo dejará pronto insensible. Esa será su liberación. Jesús prefiere no tenerla. Es su privilegio como mártir voluntario.

—¿QUE DECÍA ANTES SOBRE LOS SOLDADOS, PROFESOR?

—¿Los soldados? ¡Oh! Oh, sí. Están jugándose las ropas a los dados. No hace falta decirles que no veo ninguna túnica sin remiendos. Las tres son túnicas vulgares, con zurcidos bien visibles. Bien, eso parece completar los detalles básicos. Los tres están arriba. Ahora quiero estudiar un poco a Jesús. ¿Puedo acercarme?

—HÁGALO, SI LO DESEA. PERO PONGA TODO EL CUIDADO POSIBLE PARA NO SALIR DE LA PANTALLA ENERGÉTICA.

—Tendré cuidado. Me estoy adelantando. Ahora estoy a tres metros. Dos y medio, dos... aquí estaré bien. No creo que me convenga acercarme más.

—¿ESTÁ TODO BIEN?

—Bastante..., bastante bien. Estoy... hum..., estoy un poco nervioso, nada más. Después de todo, éste es Jesús. Casi me parece posible que él pueda... Bueno, eso sería absurdo. Con qué poder se aferran las supersticiones a la mente...

»Sí, es bastante joven. Anda por la treintena, me parece. Como dije antes, bien alimentado y en buena salud podría ser muy atractivo. Podría justificarse que se lo tomara por algún intermediario mesiánico. Es de piel clara. Está sucia, por supuesto, pero... es clara. Tiene la boca bastante ancha, labios llenos. Un perfil neto. La nariz no es ganchuda. Parece casi... ¡oh!, no sé... griega, se podría decir. Es realmente hermoso. Sí. Es un hombre muy hermoso.

»Los ojos son...

—¿PROFESOR?

—Bueno, al menos quedan justificadas las teorías según las cuales las

descripciones posteriores de la crucifixión se basaron casi primordialmente en profecías. Obviamente, poco de lo que la Biblia transcribe se basa en datos concretos. No están ni Juan, ni la madre de Jesús, ni María Magdalena, ni otros que deberían estar aquí, según la creencia. No he oído que Jesús pronuncie palabra alguna. Nadie se ha burlado de él excepto ese ladrón, y sólo fue porque se enfureció al ver que no le daban el segundo vaso de vino drogado. Y no hay signo alguno.

»No, creo que podemos afirmar, sin temor a equivocarnos, que los últimos cronistas, con el propósito de dar validez a las antiguas predicciones de los Salmos, igualaron los testimonios sobre la crucifixión con el Antiguo Testamento. Esos salmos, el 22, el 31, el 38 y desde el 69 en adelante, sumados a la imaginación cristiana, convirtieron la crucifixión en algo... bastante diferente de lo que realmente fue. De lo que *es*, puesto que estoy aquí.

»Yo... Oh...

—¿QUÉ OCURRE, PROFESOR?

—Recién... *habló*. Habló. Dijo... *Eloi*. Dijo «Dios», en su propio idioma. Tiene el rostro blanco y sumido. Los pliegues del dolor... Su cara es tan... tan suave... Aún en este momento de terrible dolor, él... Sin duda por efectos de la autohipnosis, muy factible, dados su agotamiento y su fervor emocional... Seguramente este pobre diab..., hombre, debe sentir alguna especie de... violento éxtasis de dolor. Tal vez ni siquiera sienta dolor alguno. Tal vez su metabolismo acelerado, el exacerbado flujo de adrenalina, impidan toda sensación. Es perfectamente factible.

»Sus ojos son... sus ojos están...

—¿HAY ALGUNA SEÑAL DE DESÓRDENES NATURALES, PROFESOR JAIRUS?

—Supongo que ustedes... se refieren al terremoto mencionado, o al obscurecimiento de los cielos, o a las tumbas que se abrieron, o a tantas otras cosas citadas por la Biblia y otras fuentes. No, temo que no.

»El cielo no está oscuro. El sol sigue siendo brillante y fuerte. La tierra está firme como la roca. Las crónicas fallan un poco. Por lo visto, los autores no se sintieron satisfechos con esto, y decidieron agregar importancia religiosa a un momento que no la tenía. La mano de Dios, y todas esas tonterías.

»Eso me enfurece, realmente. ¿Acaso este momento no es suficiente en sí? ¿No es lo bastante violento y terrible para...? ¡Oh, esa maldita pedantería de...!

—¿PROFESOR, ESTA USTED BIEN? ¿ESTA USTED BIEN? ¿SE SIENTE MAL?

—Estoy... estoy bien, gracias.

—¿QUÉ OCURRE? ¿PROFESOR?

—Esos ojos. Esos ojos... ¡Dios mío, son tan... tan *dolientes*! Como los de un padre que se viera castigado por sus propios hijos. Y que, sin embargo, siguiera

amándolos. ¡Y aquellos a quienes ama lo atacan, lo azotan, lo golpean, lo clavan, lo humillan! ¿No hay...?

—PROFESOR...

—Estoy, estoy bien. Bastante... bastante bien. Sólo que... esto es desesperante. Este hombre no ha hecho nada y... ¡Oh, mi Dios, se le ha posado una mosca en los labios! ¡Sal de ahí!

—¿QUE PASA, PROFESOR JAIRUS? ¿ESTA USTED...?

—Le están dando algo de beber. Debe estar terriblemente sediento. El sol está muy fuerte. Yo mismo tengo sed. Un soldado acaba de mojar una esponja en un cubo de *posca*, esa bebida de vinagre y agua que toman los soldados. Ahora pone la esponja en una caña rota que ha recogido del suelo. Lleva la esponja a la boca de Jesús.

»Él... chupa la esponja. Sus labios tiemblan. Debe tener un sabor horrible: amargo y caliente. ¡Dios! ¿Por qué no le dan algo que pueda beber, un poco de agua fresca? ¿No tienen la menor compasión por...?

—PROFESOR, SERÁ MEJOR QUE SE PREPARE PARA REGRESAR. LLEVA CASI CUARENTA MINUTOS ALLÍ; YA HA CUMPLIDO SU MISIÓN.

—No, no me lleven de regreso, todavía no. Un momento, sólo un ratito más. Estoy bien. Les juro que estoy bien. Pero déjenme... permanecer aquí, con Él. No me lleven, ahora no, *por favor*.

—PROFESOR JAIRUS.

—Sus ojos, sus ojos..., ¡sus ojos! ¡Oh, Dios del cielo, me está mirando! ¡Me ve! ¡Estoy seguro de que me ve! ¡Me ve!

—LO TRAEREMOS DE REGRESO.

—No, todavía no. Voy a... Tengo que... Yo...

—NO SALGA DE LA PANTALLA.

—¿Salir de la pantalla? Sí, tal vez pueda... podría...

—VA A REGRESAR AHORA.

—¡No! ¡No, si tratan de llevarme saldré de la pantalla! ¡La atravesaré! ¡Juro que lo haré! ¡No me toquen!

—BASTA, PROFESOR.

—¡Tengo que detenerlos! ¡Tengo que detenerlos! Estoy aquí, puedo salvarlo... ¡Claro que puedo! ¿Porqué no traerlo a la pantalla conmigo, y llevármelo de aquí?

—JAIRUS, SEA RAZONABLE...

—¿Por qué no, maldición, por qué no? ¡No voy a quedarme aquí mientras lo asesinan! Es demasiado bueno, demasiado suave... Yo puedo salvarlo, ¡puedo hacerlo!

—JAIRUS, USTED YA HA CUMPLIDO CON SU MISIÓN. ¡AHORA DEJE QUE ÉL CUMPLA CON LA SUYA!

—¡No!

—CIERREN LA PANTALLA.

—¿Qué? ¿Qué están haciendo?

—TENDREMOS QUE CORRER EL RIESGO DE TRAERLO DE REGRESO EN LOS POCOS SEGUNDOS QUE LA PANTALLA PERMANEZCA CERRADA.

—¡Déjenme salir! ¡Déjenme salir, por el amor de Dios!

—¡APRISA!

—¡No! ¡Basta, basta! ¡No me lleven! ¡No! ¡MIREN!

Lo sacaron a la rastra de la plataforma, mientras se agitaba frenéticamente. Lo llevaron a la oficina, lo acostaron en una camilla y el doctor Randall le clavó una jeringa en el brazo.

\* \* \*

Media hora después, el profesor Jairus estaba lo bastante tranquilo como para beber un vaso de coñac. Estaba sentado en una gran silla de cuero, fija hacia adelante la mirada de sus ojos vacuos. Su mente no había regresado junto con el cuerpo; estaba aún allá, en una colina solitaria por los alrededores de Jerusalén.

Podría haberles contado muchas cosas, proporcionar detalles que apoyaran a la historia. Podría haber descrito las ropas que viera en el Gólgota, las palabras que allí se dijeron, el episodio en su cruda y brutal integridad. Todo eso pudo haberles dicho. Especialmente que, al llevarlo de regreso con tal celeridad, habían provocado el fenómeno que la Biblia relata: el temblor de tierra, las rocas hendidas.

Nada de eso les dijo. Sólo les dijo que deseaba volver a su casa.

\* \* \*

Se puso el abrigo, el sombrero y las colchas, y salió a la tiniebla gris de la tarde. La goma de sus zapatos crujió en la nieve dura; clavó la vista en la cortina blanca que caía suavemente.

*Lo otro no es tan importante*, pensaba. Cierto o falso, no importaba. La transformación del agua en vino, los leprosos curados, los enfermos restaurados, el caminar sobre el agua, el regreso de la tumba..., nada de todo eso importaba. Los hombres que buscan la esperanza en los milagros físicos no son sino pueriles soñadores, que jamás podrían salvar el mundo.

Un hombre había dado su vida por las cosas en las cuales creía. Eso, en sí, era ya milagro suficiente.

Era la víspera de Navidad. Un buen momento para encontrar la fe.

## EL TERCERO A PARTIR DEL SOL

---

*(Third From the Sun, 1950)*

Abrió los ojos cinco segundos antes de que sonara el reloj. Se despertó súbitamente, sin el menor esfuerzo. Ya en plena conciencia, con toda frialdad, estiró la mano izquierda en la oscuridad para apagar la alarma; la campanilla vibró un segundo aún, antes de ahogarse.

Su esposa, tendida junto a él, le tocó el brazo. Él le preguntó:

—¿Has dormido?

—No. ¿Y tú?

—Algo —respondió él—. No mucho.

Ella guardó silencio por algunos segundos. Sin embargo, el marido podía oír las contracciones de su garganta; la sentía temblar. Sabía de antemano lo que estaba por decir.

—¿Nos vamos de veras?

Él cambió de posición en la cama y aspiró profundamente.

—Sí —respondió, y los dedos se apretaron con más fuerza en torno a su brazo.

—¿Qué hora es?

—Alrededor de las cinco.

—Será mejor que nos preparemos.

—Sí, será mejor.

Pero ninguno de los dos se movió.

—¿Estás seguro de que podremos entrar en la nave sin que nadie nos vea? —preguntó la mujer.

—Creerán que es otro vuelo de prueba. No habrá nadie que controle.

Ella no hizo más comentarios, pero se estrechó contra su marido. Tenía la piel muy fría.

—Tengo miedo —declaró.

Él le tomó una mano y se la oprimió con firmeza.

—No debes sentirte así. No corremos peligro.

—Me preocupan los niños.

—No corremos peligro —insistió él.

La mujer, con mucha suavidad, le besó la mano.

—Está bien —aceptó.

Ambos se incorporaron en la oscuridad. Él la oyó levantarse. El camisón se deslizó hasta el suelo con un susurro, sin que ella lo levantara; permanecía inmóvil, estremecida por el aire frío de la mañana.

—¿Estás seguro de que no necesitaremos nada más? —preguntó.

—No, nada. En la nave tenemos todas las provisiones necesarias. De todos modos...

—¿Qué?

—No podemos llevar nada cuando pasemos ante el puesto de guardia. Debemos fingir que tú y los chicos vais a verme partir.

Mientras ella comenzaba a vestirse, el marido apartó las cobijas y se levantó. Cruzó el cuarto por el helado suelo para buscar sus prendas en el ropero.

—Voy a despertar a los niños —dijo la mujer.

Le respondió con un gruñido mientras sacaba la cabeza de entre la ropa. Ella se detuvo en la puerta.

—¿Qué?

—¿Y si al guardia le parece extraño que los vecinos vayan también a despedirte?

—Tendremos que correr ese riesgo —contestó él, hundido en la cama, mientras buscaba a tientas los cordones de sus zapatos—. Es preciso que vengan con nosotros.

Hubo un suspiro.

—Todo parece tan frío, tan calculado...

La silueta femenina se perfilaba en el umbral de la puerta. Él se irguió para verla.

—¿Qué remedio nos queda? —preguntó, con vehemencia—. No podemos permitir que nuestros hijos procreen entre sí.

—No —exclamó ella—. Sólo que...

—¿Sólo qué?

—Nada, querido, perdóname.

Cerró la puerta tras de sí y sus pasos se perdieron por el corredor. Se abrió la puerta del otro dormitorio. Él oyó las voces de sus dos hijos, y una sonrisa inexpresiva le estiró los labios. *Como si fueran a una fiesta*, pensó.

Se puso los zapatos. Al menos, los niños ignoraban lo que ocurría. Para ellos se trataba sólo de acompañarlo hasta la pista; creían que al regreso podrían contar todos los detalles a sus compañeros de escuela. Ignoraban que no habría regreso.

Terminó de ajustarse los zapatos y se levantó. Se dirigió hasta el tocador, arrastrando los pies, para encender la luz. La situación era extraña: un hombre de aspecto completamente común, planeando algo semejante.

Frío. Calculador. Las palabras de su mujer le repercutían en la mente. Bien, no había otra salida. En pocos años, tal vez antes de lo que se creía, el planeta entero volaría en una explosión enceguedora. Aquella era la única solución; escapar con un pequeño grupo y comenzar de nuevo en otro planeta.

—No hay otra salida —se repitió, contemplándose en el espejo.

Echó una larga mirada en torno al dormitorio, despidiéndose de toda aquella etapa de su vida. Apagar la lámpara fue como apagar una luz en su conciencia. Al salir,

cerró la puerta con suavidad, y acarició con los dedos el gastado picaporte.

Sus dos hijos, varón y mujer, descendían por la rampa, hablando en misteriosos susurros. No pudo menos que menear la cabeza, divertido.

Su esposa lo estaba esperando. Bajaron juntos, tomados de la mano.

—Ya no tengo miedo, querido —afirmó ella—. Todo saldrá bien.

—Seguro. Sin duda.

Se sentó a desayunar junto a los niños. La mujer les sirvió el jugo de frutas y fue a buscar lo demás.

—Ayuda a mamá, querida —dijo a la niña.

Mientras ésta se levantaba, el hermanito comentó:

—Falta poco, ¿no, papito? Muy poquito, ¿no?

—Tranquilo —le advirtió—. Recuerda lo que te dije. Si hablas de esto con alguien no podré llevarte.

Un plato se estrelló contra el suelo. Él levantó la vista: su mujer tenía los ojos fijos en él y le temblaban los labios. Apartó la mirada, y se inclinó para recoger los fragmentos del plato. Levantó sólo algunos trozos, con mano vacilante; luego los dejó caer otra vez. Volvió a incorporarse y empujó todo con el pie hacia la pared.

—Qué importa —comentó, nerviosa—. Qué importa que la casa esté limpia o no.

Los hijos la miraron, sorprendidos.

—¿Qué sucede? —inquirió la niña.

—Nada, querida, nada —repuso ella—. Estoy nerviosa, nada más. Vuelve a la mesa y toma tu jugo. Tenemos que desayunar deprisa; pronto llegarán los vecinos.

—Papá —preguntó el varón—, ¿por qué vienen los vecinos con nosotros?

—Porque quieren —respondió él, vagamente—. No pienses más en ello. Y no hables tanto.

La habitación quedó tranquila. La mujer entró con la comida y la dejó sobre la mesa. Sólo sus pasos quebraron el silencio.

Los niños se miraban entre sí, para echar luego una ojeada al padre. Éste mantenía la vista fija en su plato. La comida le parecía insulsa y espesa; podía sentir las palpitations del corazón contra sus costillas. *El último día*, se dijo. *Este es el último día*.

—Será mejor que comas —dijo a la esposa.

Ella se sentó y tomó los cubiertos, dispuesta a obedecer. En ese momento sonó el timbre de la puerta. Sus dedos nerviosos vacilaron y el cubierto cayó al suelo con un tintineo. El marido lo levantó rápidamente y cubrió con su mano la de su mujer.

—No te preocupes, querida —dijo—. No te preocupes.

Y se volvió hacia los niños, ordenando:

—Vayan a abrir la puerta.

—¿Los dos?

—Sí, los dos.

—Pero...

—Hagan lo que les digo.

Ambos abandonaron morosamente las sillas y salieron del cuarto, sin quitar la vista de sus padres. Cuando hubieron desaparecido por la puerta corrediza, él se volvió hacia su mujer. Estaba pálida y tensa, con los labios fuertemente apretados.

—Por favor, querida —trató de explicarle—. No los llevaría si no tuviese la seguridad de que estaremos a salvo. Sabes que he volado muchas veces en esa nave. Y tengo bien decidido el sitio adonde vamos. No habrá problemas. Créeme, no habrá problemas.

Ella le tomó la mano y apoyó allí su mejilla, cerrando los ojos. Unas lágrimas enormes se filtraron entre los párpados y rodaron por el rostro.

—No es eso lo que me preocupa —explicó ella—. Es... este asunto de irnos, y no volver más. Hemos pasado toda la vida aquí. No es lo mismo que mudarse. No podremos volver. Jamás.

—Escucha, querida —insistió él, en un tono apremiante que revelaba su tensión—. Sabes tan bien como yo que dentro de pocos años habrá otra guerra, y que será terrible. No quedará nada en pie. Tenemos que irnos. Por nuestros hijos, por nosotros mismos...

Hizo una pausa, para medir el efecto de sus propias palabras.

—Por el futuro de la misma vida —concluyó, sin convicción.

Enseguida se arrepintió. A esa hora temprana, y después del prosaico desayuno, ese tipo de disquisiciones no sonaba convincente... aunque fueran verdaderas.

—No tengas miedo —repitió—. Todo saldrá bien.

Ella le apretó la mano.

—Lo sé —afirmó con suavidad—. Lo sé.

Unos pasos se aproximaron. Él le alcanzó un pañuelo de papel. Apresuradamente, la mujer se enjugó las mejillas.

Se abrió la puerta y entró el matrimonio vecino con sus hijos. Los niños no podían contener la agitación.

—Buenos días —saludó el vecino.

Las mujeres se dirigieron hacia la ventana, y empezaron a hablar en voz baja. Los niños, sin alejarse, se movían constantemente, mirándose entre ellos con ansiedad.

—¿Ya desayunaron? —preguntó él.

—Sí —respondió el vecino—. ¿No te parece mejor que salgamos?

—Creo que sí.

Dejaron los platos sobre la mesa. La mujer subió a buscar abrigo para toda la familia.

Mientras los demás se dirigían al coche, él y su esposa permanecieron unos

momentos en el porche.

—¿Cerramos la puerta? —preguntó él.

La mujer se pasó una mano por el pelo y esbozó una sonrisa desolada, encogiéndose de hombros.

—¿Importa, acaso? —respondió, dándole la espalda.

Él cerró la puerta y la siguió por el sendero.

—Era bonita, la casa —murmuró ella.

—No pienses más en eso.

Ambos volvieron la espalda al hogar y subieron al coche.

—¿Cerraron con llave? —preguntó el vecino.

—Sí.

—Nosotros también. Íbamos a dejar abierto, pero tuvimos que volver a cerrar.

Avanzaron por las calles tranquilas. Los bordes del cielo empezaron a enrojecer. La vecina iba en el asiento trasero con los cuatro chicos. Junto a él viajaban su esposa y el vecino.

—Va a ser un hermoso día —afirmó éste último.

—Tal vez.

—¿Se lo han dicho a los niños? —preguntó el hombre, en voz baja.

—Por supuesto que no.

—Yo tampoco, yo tampoco —aseguró el vecino—. Preguntaba, nada más.

—¡Oh!

Por un rato avanzaron en silencio. El vecino preguntó:

—¿No tienen a veces la sensación de estar... huyendo?

—No —respondió él, apretando los labios—. No.

—Creo que es mejor no hablar del asunto —comentó apresuradamente el otro.

—Es lo mejor.

Mientras se acercaban al puesto de guardia, en la entrada, él se volvió hacia los de atrás.

—Ya saben —les dijo—. Ustedes, ni una palabra.

El guardia, soñoliento, no prestó mucha atención. Le reconoció enseguida, pues él era el principal piloto de prueba de la nave último modelo. Y eso bastaba. El piloto dijo que su familia quería verlo despegar. Estaba muy bien. El guardia les permitió acercarse a la plataforma de la nave.

El coche se detuvo junto a las enormes columnas. Todos descendieron y alzaron la vista. Muy por encima de ellos, la gran nave metálica apuntaba hacia el cielo, empezando a reflejar en su vértice el resplandor de la mañana.

—Vamos —ordenó él—. ¡Aprisa!

Mientras todos trepaban rápidamente al ascensor de la nave, él se detuvo por un momento y miró hacia atrás. El puesto de guardia parecía abandonado. Echó una

mirada a su alrededor, tratando de grabarlo todo en su memoria. Se inclinó para recoger un puñado de tierra y se lo guardó en el bolsillo.

—Adiós —susurró.

Y corrió hacia el ascensor.

Las puertas se cerraron ante ellos. El cubículo ascendió en silencio; sólo se oían el zumbido del motor y algunas tosecitas nerviosas de los niños. Él los contempló por un instante. *Llevarlos así, tan pequeños, pensó, sin que puedan ayudar...*

Cerró los ojos. Su mujer lo tomó del brazo. Ambos se miraron, y ella sonrió.

—Todo está bien —susurró.

El ascensor se detuvo con un estremecimiento. Las puertas se abrieron, deslizándose, y todos salieron. Él vaciló un instante. Empezaba a aclarar.

—Rápido —urgió el piloto a los demás.

Todos treparon por la plataforma cubierta, y entraron por la angosta portezuela que se abría al costado de la nave. Cuando le llegó el turno, volvió a vacilar. Sentía la necesidad de decir alguna frase adecuada a las circunstancias.

Pero no pudo. Tomó impulso para entrar y cerró bien la puerta tras de sí, murmurando algo al hacer girar el volante con que se ajustaba.

—Listo —anunció—. Vamos, todos.

El eco multiplicó todos aquellos pasos a través de las escaleras y las plataformas metálicas. Finalmente llegaron al cuarto de control.

Los niños corrieron hacia los ojos de buey, para mirar al exterior. La inmensa altura los dejó boquiabiertos. Las dos madres, detrás de ellos, miraban hacia abajo con ojos asustados.

Él se acercó al grupo.

—¡Qué alto! —dijo su hijita.

—¡Qué alto! —repitió él, acariciándole suavemente la cabeza.

Se volvió bruscamente para dirigirse hacia el panel de instrumentos. Allí permaneció, vacilante. Alguien se le acercó por detrás. Era su mujer.

—¿No te parece que debemos decírselo a los niños? Así sabrán que es la última mirada.

—Hazlo —replicó—; puedes decírselo.

Pero los pasos de su mujer no se alejaron. Se volvió, y ella lo besó en la mejilla. Entonces fue a hablar con los niños.

Él accionó el interruptor. En las ocultas entrañas de la nave, una chispa encendió el combustible. Un chorro de gas concentrado surgió de los eyectores. Los mamparos empezaron a temblar.

Oyó el llanto de su hija y trató de no escuchar. Extendió una mano temblorosa hacia la palanca. Súbitamente, se volvió a mirarlos. Todos tenían los ojos fijos en él. Entonces asió con firmeza la palanca y la movió.

La nave se estremeció por un momento y se deslizó enseguida por la suave plataforma inclinada para remontarse a velocidad creciente. El viento silbaba a su paso. Los chicos volvieron a dirigirse hacia los ojos de buey.

—Adiós —dijeron—. ¡Adiós!

Agotado, se dejó caer sobre el panel de controles. Por el rabillo del ojo vio que el vecino se sentaba a su lado.

—¿Sabes con exactitud adónde vamos?

—Está allí, en ese mapa —respondió él.

El vecino echó un vistazo al diagrama y alzó las cejas.

—Es otro sistema solar —observó.

—Correcto. Allí la atmósfera es parecida a la nuestra. No tendremos problemas.

—No podemos fallar —dijo el vecino.

Asintió con un gesto, y se volvió para mirar a la otra familia. Todos seguían mirando por las portillas.

—¿Cómo dice? —preguntó al vecino.

—Preguntaba cuál de todos esos planetas es el que has escogido.

Él se inclinó sobre el mapa y señaló un punto.

—Ese pequeño que está allí —dijo—. Cerca de aquella luna.

—¿Éste? ¿El tercero a partir del sol?

—Precisamente —respondió—. Ése. El tercero a partir del sol.

# Notas

[1] Charles Hoy Fort, escritor norteamericano investigador de hechos extraños que propiciaba la creación de una nueva ciencia sin prejuicios, en la que éstos tuvieran cabida. <<

[2] Loolie confunde el apellido de Mary Martin (conocida actriz norteamericana) con *martian*, en inglés marciano o marciana. (N. de las t.) <<

[3] Supuestamente, se refiere a Clark Gable. <<